

ARMAS Y LETRAS



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



— DIRECTOR-GERENTE —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

AÑO I NUM. 10
OCTUBRE, 1920

LA MEJOR MOTOCICLETA

*De sport y Guerra
es la
Harley-Davidson*

Exposición y venta:

J. A. de LANDALUCE

Marqués del Riscal, 7.



M. Clavero

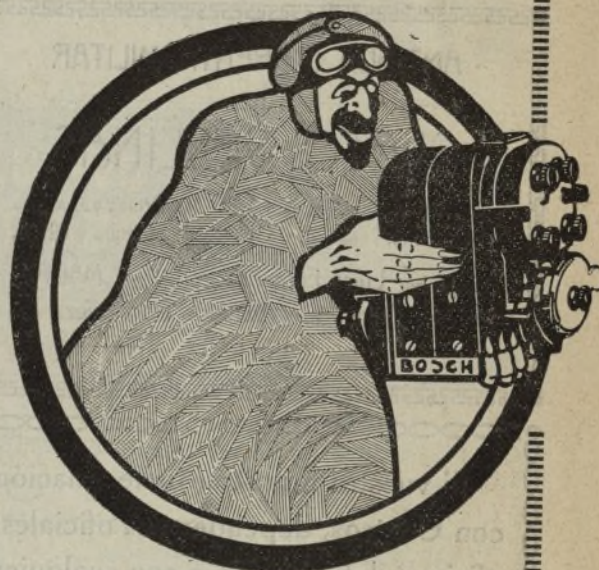




REPRESENTANTES
PARA ESPAÑA DE LAS
RUEDAS METÁLICAS

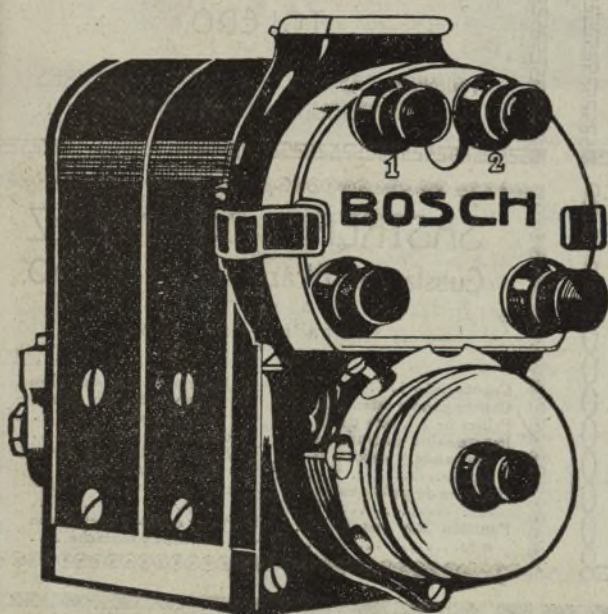
— RUDCE —
WIHTWORTH

TENEMOS EXISTENCIAS DE TO-
— DAS MEDIDAS Y TIPOS —
PIDANSE PRESUPUESTOS



REPRESENTANTES
DE LA MAGNETO
BOSCH

LEGÍTIMA ALEMANA DE STUTT-
GARD. * COMPLETO STOCK DE
TODOS LOS TIPOS Y BUJÍAS DE
— TODOS LOS PASOS —



ACCESORIOS EN
— GENERAL —
PARA AUTOS, MOTOS Y
— AVIACIÓN —

REINA, 39 Y 41
M A D R I D

*Pujol, Comabella
y Compañía*



SASTRERIA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

Esteban Peñate Larena - Avellaneda.

Especialista en las enfermedades de la boca y dientes. :: Ex interno de Clínica de la Facultad de Medicina.
Odontólogo del Ejército y profesor odontólogo del Hospital militar de Carabanchel.
Carrera de San Jerónimo, 45 y 47, tercero izqda. :: CONSULTA: de 10 a 1 y de 3 a 7. :: (Hay ascensor.)

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. * * * Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - - MADRID
Zalleres: Zutor, 1, y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

JOAQUIN ARCAL

SASTRE DE LA
ACADEMIA DE INFANTERIA

:: :: TOLEDO :: ::

PRIMERA CASA EN UNIFORMES MILITARES
:: :: ESPECIALIDAD EN GUERRERAS :: ::

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LE-TRAS y verá prosperar su negocio.** Pida tarifas y presupuestos.

SASTRERIA DOMINGUEZ
Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.		Pts.
Capote paño 1.ª.....	150	Uniforme kaki de estambre o gabardina con pantalón y calzón.....	150
Capota paño o estambre..	210	Idem id. de dril, con id....	70
Pelliza de 1.ª, rizo de id.	120	Volver pelliza con todos los avios y dorados.....	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada.....	225	Idem guerrera con id. id. e idem.....	50
Guerrera de paño o estambre.....	120	Poner cuello y vueltas con estrellas y soutache.....	17
Pantalón Rey con franja seda.....	60		

Pedro Andion y Compañía.

Lonas para toldos y cortinas. Lencería, cuties y terlices para colchones. Saquerio para envase de lanas y cereales. Cordelería y tramillas. Vutes para enfardaje.

IMPERIAL, 8 y 16.

Zeléfono M-1.487.

No hay soldado valiente si tiene

CALLOS

EL UNGÜENTO MAGICO

PRECIO: 1,50; por correo, 2 ptas.

En todas las farmacias. - Farmacia PUERTO. - Plaza de San Ildefonso, 4. - MADRID

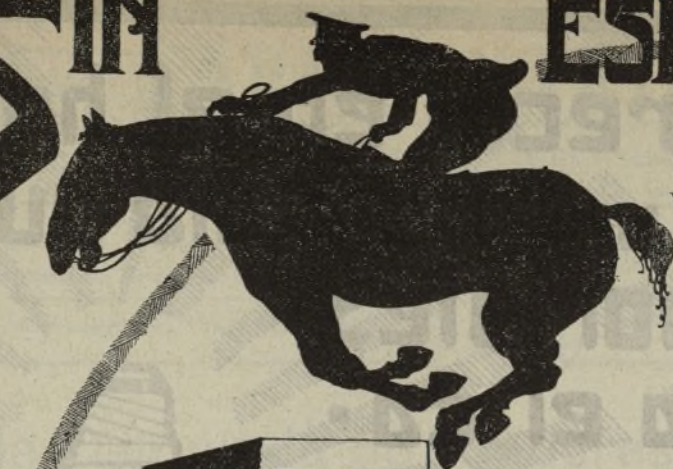
Antes y después de las marchas y del sport dese un masaje de

EMBROCACION AMERICANA

y será incansable, será campeón.

El reuma y todo dolor desaparecen.

SIN ESFUERZO



vence todo obs-
táculo un caballo
sometido al cui-
dado de los pro-
ductos **MATA**

USAR

**RESOLUTIVO ROJO MATA
CICATRIZANTE VELOX
ANTICOLICO F. MATA**

M. Châlous

ES HACER ADQUIRIR
FUERZA - RESISTENCIA - VIRILIDAD

LOS TIROLESSES



MANZANO Y GÓMEZ

Constructores de vestuarios para el Ejército.

CASA CENTRAL: GRAVINA, 20
MADRID. - TELÉFONO 3.013 - M.

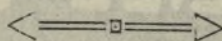
SUCURSAL: SAN FRANCISCO, 32
SEGOVIA

Se remiten modelos libres de gastos a las Juntas económicas que lo soliciten.



SASTRERIA MILITAR NEIRA

Cervantes, 3 y 5.



SEGOVIA

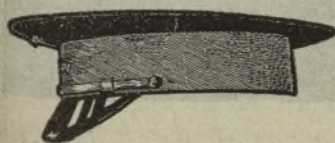


MINGOTE H.^{nos}

Sastrería militar y paisano.

MAYOR, 88, entresuelo.

Frente a Capitanía General.--MADRID



GORRAS DE UNIFORME

ÚLTIMOS MODELOS EN GORRAS, ROSES Y CHACOTS

F. VILLAVEVERDE

Calle Mayor, 39.

MADRID

Envíos a provincias.

...y apareció en el ho-
rizonte una estrella que
a los mortales
indicaba el ca-
mino



de la
perpétua claridad....

ZARGON
TIPO ½ VATIO

Fabrica: Corles 397
Barcelona

LOS TIROLESES

Año I	<h1 style="margin: 0;">ARMAS Y LETRAS</h1> <p style="margin: 0;">REVISTA MENSUAL ILUSTRADA</p>	Núm. 10
Redacción y Administración: Mayor, 86 Apartado de Correos núm. 886. - MADRID Administrador: José Valero de Bernabé.	Número suelto: 1,50 peseta.	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: 1,25 pts. al mes. :: Extranjero: 12 pts. semestre. Director: Vicente Valero de Bernabé.

De la Olimpiada de Amberes.

Oros son triunfos.

En Bruselas todos los días llueve algo.

Un inglés amigo mío definía al belga diciendo que era *animal salvaje con paraguas*. Cierro en cuanto a lo del paraguas; en lo demás no hay pueblo en el mundo que en cultura les supere, a pesar del Congo.

Un compañero mío de aquí, algo exagerado, como buen hijo de Jaén, dice que *el sol se lo llevaron los alemanes*.

He salido en el directo para Burg-Leopold (Flandes).

En un terreno tan llano como este debe salir muy barato el kilómetro de vía férrea. No hay túneles, no hay grandes viaductos, desmontes, terraplenes ni gasto alguno de remoción de tierras. Sobre el terreno natural colocan los carriles, encima ponen al tren en la dirección necesaria, el jefe hace sonar el silbato... y *voilà tout*: el tren sale disparado.

Además, que ellos se lo hacen todo: carriles, coches, máquinas, telégrafo, puentes, plataformas, en fin... todo.

Por Lieja se habla bastante el walón, que cuenta con la antipatía del resto del país.

Un grupo de exploradores llevaba algunas banderas, una de ellas tenía pintado un gallo con corona real y debajo estas palabras: «Nunca cantaré en walón.»

Así como el francés y el flamenco son idiomas oficiales, el walón no es admitido y sí despreciado.

El flamenco es un *cruce* de neerlandés y alemán.

En Flandes, en el país de los

flamencos, no puede ponerse un sol que no ha salido.

Está nublado en dos ocasiones: cuando hace viento y cuando no le hace.

Llegamos al campamento de Beverloo. En él está lo que llaman Campo de tiro. Un arsenal de varios kilómetros y... nada más.

Sin un techo que de la lluvia defienda; sin una silla en que descansar; sin una mesa para poner armas y cartuchos; sin otro pavimento que la movediza arena del Sahara ni otro techo que las nubes.

¿Cómo nos hacen tirar aquí teniendo Bruselas la más hermosa galería de tiro de Europa?—Por rivalidades entre los Municipios de Amberes y Bruselas. «Riñen los burros y pagan los arrieros», que decimos en Castilla. Aquí dirían, si tal nos sucediese..., «cosas de España».

—Con nosotros se ha cometido un abuso haciéndonos tirar aquí, a ocho kilómetros del poblado, sin medio alguno de locomoción (los yanquis llevaron cinco autos), a la intemperie de un clima lluvioso... No podían haberlo organizado peor.

Eso sí, discursos no faltaron, donde siempre andaban a vueltas con la *patrie* y la *victoire*; pero en el campamento no había comida, en la aldea no había coches y la galería de tiro estaba sin galería.

Los equipos, los 260 tiradores, todos hombres de cuarenta años para arriba. Antes, el tirador no está hecho y sus tiradas no son iguales. El único equipo donde había un joven de veinticinco

años era el nuestro, y pronto nos convencimos de que la emoción hace presa fácilmente en el tirador joven, en perjuicio de la tirada.

Tiradores que asombran el día de la prueba conducen al desastre el día que *se escribe en limpio*. Falta el aplomo de los años.

Si alguna duda cupiese, aquí se disipó. Ganan los primeros premios los equipos que más tiempo y dinero gastan en la preparación. Es axioma.

Los norteamericanos, ganadores de todos los primeros premios menos uno, traían una preparación de seis años y se habían gastado MÁS DE MEDIO MILLÓN DE DÓLARES.

En España no se cree esto. Es verdad que tampoco pasan de cuatro docenas las personas que entienden de tiro y concursos.

Los suecos y los finlandeses, con sus andares de pingüinos y sangre de horchata, son los más a propósito para el tiro de pistola; pero todos fuimos arrollados por el torrente de oro yanqui y por la formidable preparación lograda en fuerza de gastar oro; porque armas, cartuchos y tiempo, a fuerza de oro fueron adquiridos...

«... Aquí tiene usted, señor Smith, 36.000 cartuchos para que gaste usted 50 por la mañana y otros 50 por la tarde, cada día del año. Estas son las armas, y para el año que viene lo mismo...» Y así con todos, dedicando cada tirador a una sola arma y seleccionando después entre 14.000 tiradores.

En 1913, en el concurso internacional de Bayona, lo hicieron tan mal, que, avergonzados, se retiraron a la mitad del concierto, diciendo:

«Nos retiramos porque comprendemos no venimos preparados. Cuando vengamos a otro concurso, ya será con preparación y podremos alternar con ustedes.»

Siete años después, en Beverloo, se llevaron hasta los clavos, dejando asombrados a los 17 equipos restantes.

OROS SON TRIUNFOS.

A. Vázquez de Aldana.

Siendo muchas las quejas que recibimos por el extravío de números que no llegan a su destino, agradeceremos a nuestros suscriptores nos tengan al corriente de las faltas que observen para subsanarlas inmediatamente por nuestra parte, sin perjuicio de las reclamaciones que por ello hagamos cerca de quien corresponda.

del comedor, y regresó al poco rato trayendo una botella, la mitad de cuyo contenido vertió en el vaso Membrillera.

Este sintió en el estómago algo parecido al baile de una docena de trompos.

Recapitó un segundo, y viendo que le era imposible retroceder, alargó la mano y, heroicamente, sublimemente, sacrificándose en aras de su dignidad, apoyó en los labios el borde del vaso y apuró su contenido.

Con titánico esfuerzo de voluntad dominó las bascas que la repugnante bebida le producían, y volviéndose hacia el señor catalán, le sonrió gallardamente.

*

Esfumase en la lejanía la costa española. Rompe la inquieta superficie del mar la cortante proa del barco, y quédase el agua, que la hélice bate, arremolinada y blanquecina. En lontananza se difumina la costa africana.

El barco cabecea levemente y avanza a buena marcha, lanzando bocanadas de humo, que el leve vientecillo arrebata y esparce. Jadean las máquinas, haciendo esfuerzos, que vencen la resistencia de la flotante mole, lazo de unión entre las tierras hermanas que el Estrecho separa.

Los pasajeros permanecen sobre cubierta.

Cirilo se pasea por ella. Profundas ojeras circundan sus ojos, y una palidez marcadísima es dueña de toda su cara.

La mezcla del agua de Carabaña y de la cena le produjo la anterior noche un grave trastorno en el estómago.

El, que suele marchar airoso y con la cabeza erguida, anda cabizbajo y encogido.

En uno de sus paseos, para no tropezar con una bota de aceite que había debajo de un bote, tropezó con la bota del pie izquierdo en un bote vacío de pimientos y pegó un bote.

Miró en todas direcciones para ver si alguien se había percatado de su tropezón, y al ver que nadie se había apercebido, se apoyó en la borda, entregándose a sus reflexiones.

Cada vez que recuerdo cuanto me ha sucedido desde que puse el pie en el tren—pensaba—, me ahoga la cólera... ¡Todo por no hacer caso de mi madre, que pretendía prepararme la cena en una cestita!... Es indudable que si acepto tal idea no hubie-

Aventuras de Membrillera.

CAPÍTULO VI

En el que Cirilo hace de tripas corazón, para no quedar por embustero, y en el que vería, si las hubiese, las aves marinas con rumbo hacia allá.

Lo primero que hizo Cirilo al bajar del tren en Algeciras fué poner un telegrama a sus padres en estos términos:

«Llegué Algeciras. Viaje felicísimo.»

¡Lo de viaje felicísimo—pensaba dirigiéndose a la fonda—es un cuento esférico!... Pero ¿qué necesidad tengo de disgustar a mis padres contando les los innumerables percances que me han ocurrido desde que salí de Madrid?

Después de lavarse bajó al comedor y tomó asiento en el sitio que un camarero le designó en la mesa redonda.

Desdoblando la servilleta dirigió una mirada alrededor de la mesa. Saludó a un coronel de Infantería que divisó en una de las cabeceras y, carraspeando, cogió una aceituna.

Estaba saboreándola y empezaba el camarero a servir la sopa, cuando sintió que uno de sus colaterales le tocó ligeramente en el brazo.

Al volverse reconoció al señor catalán con quien había cenado en el tren la noche anterior.

—Hara sí que estará usted contento, porque aquí podrá tomar el agua de Carabaña—dijo aquél, sonriendo.

Al oír esto, Cirilo sintió una sensación parecida a la que experimentaría un individuo que, chorreando sudor, recibiese una ducha de agua helada.

—Sí—murmuró, haciendo una mueca que pretendía pasar por sonrisa—. ¡Contentísimo!...

¡Cochina suerte!—pensó, rebotándole el corazón con angustiosa celeridad—. ¡Mire usted que es fatalidad el haberme vuelto a topar con este tío!... Y

¿qué remedio me queda si no es el de pedir el agua y, si desgraciadamente la hay, beberme un vaso?... ¡Vaya un aperitivo! ¡Sólo de pensarlo se me sube el estómago a la nuez!

Membrillera tuvo tentaciones de cantar de plano y decirle al señor catalán la verdad; es decir, que ni él tenía por costumbre purgarse antes de las comidas ni quería hacer ensayos de tal naturaleza; pero la vergüenza de tener que quedar como un embustero le hizo arrojar de su imaginación idea tan contraria a su manera de ser.

Quedábale la esperanza de que en la fonda no tuviesen tan aborrecida el agua, y aferrábase a ella como el naufrago al pedazo de madera.

A medida que el camarero iba aproximándose, Cirilo sentía aumentar el sudor frío que le dominaba.

Cuando le tocó el turno de ser servido, interrumpiendo con un ademán la marcha del cucharón lleno de sopa hacia su plato, lanzó la pregunta con tono vacilante.

—¿Tienen agua de Carabaña?

—Sí, señor—dijo el camarero, restituyendo el cucharón a la sopera.

—Pues haga el favor de servirme un vaso.

Por muy bajo que fué el tono en que Cirilo hizo la petición, oyéronla las personas próximas a él, las cuales lo miraron llenas de extrañeza.

Por un momento estuvo Membrillera dispuesto a decir a los que lo miraban aquello de «que era una costumbre inveterada»; pero pensando que el peor día podía toparse con cualquiera de ellas y verse en análogo apuro, no abrió los labios.

Cuando el camarero terminó de servir la sopa a las tres o cuatro personas que faltaban, salió

se ido a cenar al vagón-fonda, ni pedido agua de Carabaña, porque para cenar con más libertad me hubiese metido en uno de los departamentos que iban vacíos, en cuyo caso me hubiera evitado que la señora de marras me suplicase le bajase la maleta... ¡Y claro está que tampoco me hubiese visto obligado a beber la nauseabunda agua!... ¡También el señor catalán fué oportuno viniendo a parar al mismo hotel que yo!...

¡Debi haber sospechado que nada bueno podía esperar de él cuando vi que a la espalda la llamaba esquina (1), a los niños canalla, y a lo sucio bruto, sin contar que se comió toda mi ración de aceitunas!

Sinesio Darnell.

(Continuad.)

(1) En catalán esquina.

UNA BROMA PESADA

(CUENTO)

Se veían todas las noches en el parque de espectáculos. Ella en la segunda fila y él en la primera; eran ambas butacas testigos presenciales de algo que a primera vista parecía incomprendible y hasta inverosímil, pero que en realidad representaba toda una etapa de sensaciones verdaderamente sorprendentes.

Sin saber por qué, ni comprender el punto de origen de tal efecto, había nacido en entrambos personajes de esta historia una simpatía singular que mutuamente se la comunicaban.

Pero, no obstante, márcadamente se dejaba notar que del lado femenino existía mayor interés por conservar y profundizar el grado de amistad, que se hallaba en el período embrionario...

A hurtadillas de su señora mamá, que frisaba en las cuarenta invernadas, Margarita, pletórica de belleza y encantos, asombraba a la juventud masculina, que a su alrededor se ufanaba en proclamar lo bien empleados que aparecían en su figurita los diez y nueve abri-les...

Luis, cuyo nombre responde al varón a quien se alude más adelante, representaba más edad, y en su carácter, modales, distinción y porte reflejábanse a la inteligencia puesta al buen servicio de la cultura.

Cuando presentamos al lector a estos dos jóvenes, hállese el simpático teatrillo del amplio parque de espectáculos, enclau-

vado en la plaza principal de una bella ciudad africana, con su telón levantado; arriba, luciendo sus encantos, con excesivo descoco, dos *danseuses* de moda, dos bailarinas de esas que, a todas horas, aparecen ante los ojos de los espectadores para despertar deseos dormidos...

—¡Qué procacidad! Me disgusta este espectáculo, la verdad; quisiera más alejarme que seguir aquí.

—Para luego es tarde.

Y salieron a la calle. La joven, prototipo de la mujer británica, atraía hacia sí las miradas de todos al levantarse. En su rostro, nacarado y con ribetes de terciopelo, aumentó la hermosura con ligeros botones de fuego, surgidos al impulso de la exclamación proferida al ver a las bailarinas; la fuerza de Natura depositó en aquellos instantes todo su poderío en Margarita, colmándola de alicientes, que hacían doblemente agradable su presencia.

Ella, sin hacer caso de los murmullos de admiración que se escapaban de los labios, sentíase orgullosa y satisfecha al llevar a su lado a Luis, quien había demostrado su identificación absoluta con el modo de pensar de la gentil señorita al responder tan concretamente a la objeción puesta a aquella escena de *libertad* censurable.

Y salieron del parque, marchando en silencio, paso corto y como queriendo recoger el espíritu para meditar lo que ha-

bía acontecido momentos antes...

Desde aquel día, bien pudo decirse que las puertas de una bella mansión de amor se abrieron de par en par para el joven que conocemos, siendo ya su nombre acogido entre la familia de Margarita como uno más de los favorecidos por su amistad.

A diario, y durante las veladas de sesión *vermouth*, pasaban ambos jóvenes ratos deliciosos, a juzgar por la jovialidad empleada en el curso de las conversaciones; mas después que habían transcurrido unos cuatro meses desde el instante que hemos recogido, una noche, cuando apenas los ojos azules de la damita, color cielo, dispersaron sus rayos sobre una blanca hoja de periódico, experimentó tal sacudida todo el angelical cuerpo, que casi quedó inanimado, como inerte...

¿Qué era? ¿Cuál la causa que motivaba semejante estado de ánimo?

Muda la razón parecía; mas, en efecto, justificada y mucho, estaba. El periódico que había producido una conmoción tan notable en el espíritu de esta linda flor de Britania, echaba a volar la especie de que el notable periodista Luis H... había pedido la mano de una de aquellas *ninfas* del tablado que hicieron a Margarita abandonar el parque de espectáculos...

No acertaba a explicarse aquello. Su inocencia, rayana en lo insospechada, no acertaba a dar a aquella noticia otra interpretación que la desprendida de la lectura simple y sencilla de las líneas donde aparecía.

Hizo un esfuerzo para recoger energías. Se incorporó sobre su incedora de rosa vivo, y... temblorosa, y no pudiendo detener el llanto, volvió a recoger entre sus marfileños y finos dedos el diario que tanto daño había producido en su corazón. Releyó mil veces la gacetilla; pero no sacaba otra impresión distinta a la recibida. Aquello era cierto, no cabía duda. El golpe dado a su sensibilidad de mujer había sido rotundo, categórico.

Pensó, meditó. Quiso disuadir de su fantástica imaginación la sombra del engaño que de repente le amenazaba y hería; pero no lo consiguió; era más fuerte la nota real que tocaba, que todas las suposiciones que quería, deseaba mantener.

Pasaron unos minutos largos. Después, haciendo un esfuerzo enérgico, violento, cogió un pliego de papel de cartas, enlutado y escribió:

A la mañana siguiente, los periódicos publicaban un suelto que decía así:

«Una broma pesada. — En un periódico de la noche se dió ayer la noticia de que un conocido y culto periodista de la localidad había pedido la mano de una bailarina que hace poco estuvo en Melilla, trabajando en un teatro de verano.

Como el aludido compañero se hallaba en relaciones amorosas con una bellísima señorita de la aristocracia, la broma, que no respondía a otro fin la gacilla, ha dado lugar a un serio disgusto entre los futuros cónyuges, hasta el punto de que se habla de un suicidio...»

El teatrito de la ciudad no ha vuelto a ser testigo de aquel venturoso idilio. Una sombra trágica vela la misteriosa desaparición de la damita rubia. El amante, loco de dolor, desapareció de la ciudad y nadie sabe de su paradero.

Teodoro Goñi de Ayala.

DEL REGLAMENTO ALEMÁN

LOS NUEVOS MODOS DE COMBATE DE LA INFANTERÍA

Terminada la lucha del Somme, en enero de 1917, se dió a las tropas alemanas el nuevo reglamento. Este reglamento extendió a todos el uso de las granadas de mano, se introdujo la ametralladora ligera y el casco, y como elementos complementarios se agregó a las tropas lanzaminas ligeros, lanzallamas y lanzagranadas. Como ayuda en ataques especialmente difíciles y como enseñanza para el resto de las tropas se adiestraron «batallones de ataque» especiales, que, en parte o en total, se les armó con las armas auxiliares de la Infantería (ametralladoras, lanzacamas y cañones de Infantería.)

La mayor novedad del nuevo modo de combatir son los grupos de ataque. Se hallaban constituidos por un oficial y seis u ocho hombres, que deben preceder a la Infantería en los sitios con obstáculos, abrirles la marcha, sobrepasar las trincheras y tomar muros de ametralladoras y «block-haus». El sistema de la lucha de trincheras, debe ser practicado en los campos de instrucción por estos grupos de ataque. Y la cooperación de los elementos auxiliares debía sustituir a una preparación de artillería que no siempre satisfacía.

A la Infantería que ataca se le deben incorporar de un modo muy efectivo tropas de ametralladoras, como también a las «colas» que después se lancen para la conquista de puntos de apoyo, flaqueos y tener dominadas las ametralladoras enemigas.

En la defensa, la ametralladora ligera constituye el elemento principal del ataque defensivo, mientras que la ametralladora pesada encuentra su empleo principal a retaguardia de la primera línea, dejando en ésta solamente el número de ellas necesario para realizar un fuego de barrera o perturbación.

En las escuelas de instrucción considéranse como indispensables los lanzagranadas y los lanzaminas. El lanzaminas pesado, que reservábase en un principio para la guerra de sitio, y sin haberse perfeccionado lo suficiente empezó a usarse en la guerra de trincheras hasta que la industria concluyó los tres tipos de lanzaminas ligeros, pesados y medios (7,6, 17 y 24 centímetros), dotándose al Ejército de una gran cantidad.

Al principio no se determinó si debían ser servidos por los Ingenieros, que los habían organizado, si por la Artillería, de la que tácitamente estaban subordinados para completar la acción de su fuego curvo a las cortas distancias o si, finalmente, debía disponer de ellos la Infantería, ya que debía obrar en estrecha unión con ella; pero

después, al cristalizar la guerra de posiciones, recibió cada batallón de Infantería cuatro lanzaminas ligeros (m. de 4,5 kilogramos, de 300 a 1.211 metros), que en la defensa debían emplearse para fuegos de barrera y en el ataque contra trincheras y ametralladoras.

Luego los lanzaminas de los batallones se unificaron en los regimientos para facilitar su instrucción y empleo, estableciéndose en compañías que constaban de nueve lanzaminas ligeros y tres medios.

Estos aparatos se modificaron con cureñas para el tiro rasantemente lo que les hizo aptos para su empleo contra tanques. Se dispuso, además, de batallones especiales de lanzaminas de montaña.

El origen de los coroneles honorarios.

Dícese, aunque no hay quien atestigüe la veracidad del aserto, que la costumbre adoptada por ciertos Soberanos de conferir títulos de coronel a los Monarcas que van a hacerles una visita, data de los tiempos de Federico el Grande y que su origen es el siguiente:

Federico no disponía de gran cantidad de dinero y debía considerables sumas a todos los comerciantes de su país, principalmente a su sastre. A este último se le ocurrió la siguiente artimaña para cobrar. Pidió una audiencia al Rey, y cuando se la concedió, le dirigió las siguientes palabras: «Su Majestad no me negará que me debe una gran cantidad de dinero; pero estoy demasiado agradecido al honor que V. M. me hace, y sólo quiero aventurar una idea sobre los medios de indemnizarme sin que a V. M. le cueste nada. Muchos Soberanos, Grandes Duques y Principes reinantes vienen a visitar al más ilustre guerrero de la tierra. Todos ellos se sentirán muy dichosos de poseer algún título honorífico que pudiera unirles al poderoso Rey de Prusia, y yo me encargaría de hacerles los uniformes.

Y cuéntase que Federico aceptó la proposición y el sastre quedó pagado con creses.

ARMAS Y LETRAS

FIUME E ITALIA

LAS AVENTURAS DE UN POETA GUERRERO

El 12 de septiembre se cumplió el aniversario de la epopéyica aventura del poeta guerrero Gabriel D'Annunzio, que, sin temor a concitar las iras de los aliados sobre su patria, se apoderó de la ciudad húngara de Fiume, en la que todos habían puesto amorosamente los ojos, y especialmente Italia, que aspira a ser la dueña absoluta del Adriático.

La empresa fué acogida con gran simpatía por el pueblo italiano, y aunque el Gobierno exteriorizó su disgusto, y hasta envió fuerzas de mar y tierra para bloquear a Fiume, este bloqueo ha sido más ilusorio que real, puesto que no ha impedido que los fiumeses se relacionen con los del exterior, ni que los actos de D'Annunzio hayan pasado inadvertidos.

De todos es bien conocida la labor de D'Annunzio como poeta y como guerrero, que sus bellas obras literarias han sido traducidas a todos los idiomas, y durante la guerra todos los periódicos han detallado las genialidades del gran escritor, siendo una de las más resonantes el vuelo que la escuadrilla de aeroplanos—la «Serenísima»—, mandada por D'Annunzio, realizó en pleno día, desafiando las ráfagas de la artillería enemiga y los ataques de los aviadores austriacos, llegando hasta Viena; y en vez de arrojar bombas dejaron caer millares y millares de manifiestos dirigidos al pueblo vienés. Los niños y las mujeres de la ciudad tuvieron la grata sorpresa de recibir de manos del gran poeta, no la muerte, sino un himno a la libertad y a la civilización de los pueblos.

Con la ocupación de Fiume, D'Annunzio coronó su popularidad mundial, de la que siempre ha sido gran devoto, cultivándola con obsesante deseo.

La guerra europea ha sido un trágico estudio de geografía que ha sacado del ostracismo en que vivían multitud de pueblos desconocidos, entre los que se encuentra Fiume, antigua ciudad romana,



El poeta D'Annunzio, comandante de Fiume, proclama, en un bello discurso, la independencia de la ciudad conquistada.

llamada entonces Tersática, destruída por Carlo magno, y que cuando surgió de sus cenizas fué bautizada con su nombre actual. Situada a orillas del Adriático, al fondo del golfo de Quarnero o Carnaro, en la desembocadura del río Fiumara, perteneció al reino trinitario de Croacia, Eslavonia y Dalmacia, que fué absorbido por Hungría en sus ansias de asomarse al Adriático para con-

vertirse en nación marítima y dar fácil salida a su comercio.

Fiume se compone de dos ciudades: la vieja y la nueva. La primera ocupa la parte alta, y sus calles, estrechas y sombrías, con edificios mezquinos, ofrecen un gran contraste con la ciudad nueva, construida en la playa, por la belleza de sus edificaciones y la amplitud de sus calles y plazas.

A pesar de los dos siglos cumplidos que Fiume forma parte integrante de la corona de Hungría, la población está constituida en su mayor parte por italianos y croatas, y únicamente están representados los húngaros por el elemento oficial.

Así, no puede extrañar que el recibimiento que los fiumeses hicieron a D'Annunzio fuera clamoroso y delirante. Montado en brioso corcel, a la cabeza de su pequeño ejército, tropas regulares que hicieron defección a su país, recorrió triunfalmente las calles de Fiume hasta el palacio del gobernador, y desde uno de los balcones proclamó, ante la apiñada multitud, que la ciudad quedaba anexionada a Italia.

Ha pasado un año, durante el cual D'Annunzio ha dado muestras de una fe ardiente y de una firmeza inquebrantable, y aunque su aventura ha sido calificada como una genialidad más del poeta, rebosante de idealismos nacionales y de sueños épicos, él continúa la labor emprendida sin que nadie le estorbe. Para dar muestras de su independencia ha fabricado sellos para la correspondencia, y la bandera de Fiume ondea a todas horas en el palacio del gobernador; bandera emblemática en la que, sobre el tafetán granate, se destacan, bordadas en oro, una serpiente que se muerde la cola—símbolo de eternidad—, las siete estrellas de la Osa mayor—constelación de septiembre—y una banda con la divisa *¿Quienes contra nosotros?* Termina la enseña en tres puntas: la de la izquierda lleva los colores de Italia: verde, blanco y rojo, y la opuesta, longitudinalmente, los colores de la ciudad: amaranto, amarillo vivo y azul ultramar.

El día 8 de septiembre, todo el pueblo fué convocado por los periódicos, por las campanas del Municipio y por las sirenas de los barcos, y en masa acudió presto al palacio del comandante, sitio de la reunión.

El poeta, rodeado de su Estado Mayor, se asomó al balcón principal del palacio, destacándose

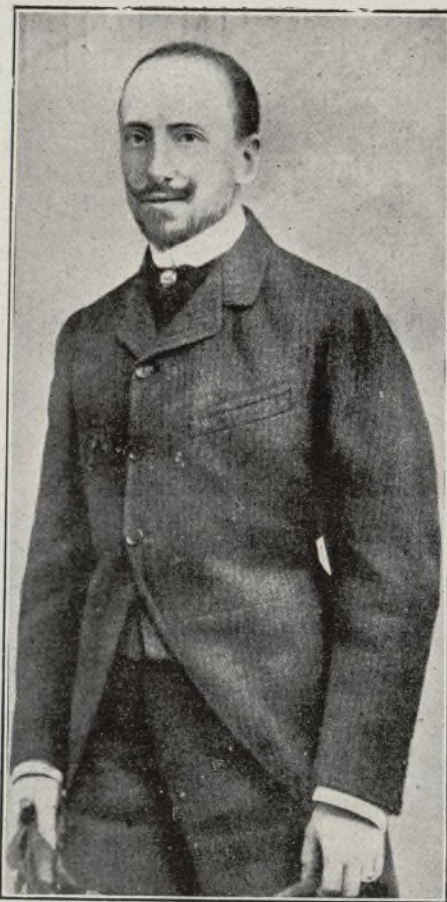
su delgada silueta, elegante, ligeramente inclinada a la derecha, y con voz vibrante, enérgica, articulando cada palabra, cada sílaba, se dirigió al pueblo, recordándole las antiguas y constantes vejaciones sufridas, y expuso la necesidad ineludible de proclamar la independencia de la ciudad, explicando que esta proclamación no era mas que un medio de afirmar de nuevo la firme voluntad, el deseo constante de que la ciudad sea anexionada a Italia. Un entusiasmo indescriptible acogió

el discurso de D'Annunzio, y la ebria muchedumbre, agrupada frente al palacio del gobernador, proclamó solemnemente la Regencia de Quarnero, y con tanta seriedad lo han llevado a cabo, que inmediatamente se nombró una Delegación que se ha instalado ya en París.

Como remate al fausto suceso septembrino, el día 12, a fin de conmemorar la ocupación de la ciudad—«La mañana de Ronche», como se la conoce en Fiume—, se celebró una grandiosa ceremonia militar.

Gabriel D'Annunzio, seguido de sus *arditti*, siguió la misma ruta que el año anterior, y por la avenida de Víctor Manuel se dirigió a la plaza del Dante, donde pasó revista a los 6.000 hombres que componen la guarnición, heterogénea mezcla de las distintas Armas del Ejército italiano, que en su exaltación siguieron a D'Annunzio. Ante éste desfilaron después alpinos, *arditti*, bersaglieri, como Infantería; la Caballería, a continuación; de seguida, la Artillería y los autos-ametralladoras; un grupo de fiumeses civiles, de todas edades, que forman la Guardia nacional, y las Delegaciones dalmatas, que fueron saludadas con calurosas manifestaciones de júbilo, mientras la villa, empavesada como en los días más solemnes, no cesaba de lanzar vítores y los gritos característicos: ¡Eiá! ¡Eiá! ¡Alalá!

No se contentó D'Annunzio, cuando hizo su entrada en Fiume—que en su lirismo poético calificó de «santa»—, en componer epitalamios por sus bodas con los fiumeses, sino que envió emisarios que abogaran para que la ocupación fuera reconocida, y una Misión marchó a París. A su vez, otra Delegación francesa fué poco después a Fiume, y su presidente, M. Felipe d'Estailleur-Chantereine, relata su viaje a Fiume y su entrevista con Gabriel D'Annunzio en la siguiente forma:



D'Annunzio, antes de ser guerrero, era un atildado señor cuya figura y gesto difieren bastante de la del que, al frente de los *arditti*, conquistó Fiume.

Llegamos a Milán; sin descansar pasamos a Venecia y a Trieste, y atravesando diagonalmente la península de Istria, arribamos a Mattuglia, donde quedan detenidos los viajeros que van a Fiume sin pasaportes, que sólo los concede el Gobierno italiano a contadísimos fiumeses, para que puedan atravesar las líneas del bloqueo.

Esperábamos encontrar en la estación de Mattuglia un emisario de D'Annunzio que nos facilitara el paso de la frontera de cualquier modo; pero no vimos ni acudieron a nosotros mas que oficiales del Ejército regular, que insistentemente nos preguntaron si íbamos a Fiume, contestando nosotros que nuestro viaje terminaba en Abbazia.

Nuestras miradas seguían inquisitivamente dirigiéndose a todos lados, y, ¡nada!, nos vimos forzados a seguir nuestro camino y llegar, sin ganas, a Abbazia, en donde las tropas eran numerosas, diciéndonos que estábamos en la zona del bloqueo.

Preguntamos por un hotel y nos indican el único habitable y abierto a aquellas horas. Ya en él, un camarero nos guía a nuestras habitaciones; pero al pasar por delante de la puerta de un comedor, vemos una mesa que invita a yantar, puesta y adornada con unas minúsculas banderitas italianas, e inquirimos de nuestro conductor para quién es aquel servicio tan coquetonamente dispuesto.

—¡Para su excelencia!—nos dice.

—Pero ¿qué excelencia?—preguntamos curiosos.

—¿Qué excelencia ha de ser?—responde el mozo, admirado de nuestra ignorancia—. ¡El general Badoglio!

—¡Sólo nos faltaba este encuentro!—musité.

En mi fuero interno sentía vehementes deseos de hablar con el Petain del Ejército italiano; pero no dejaba de reconocer que las circunstancias eran muy delicadas para todos. Sin embargo, tuve que dirigirme a él para que nos concediera la autorización necesaria para atravesar las líneas del blo-



La bandera de Fiume es toda de color granate. En su centro se destacan, bordados en oro, una serpiente que se muerde la cola—símbolo de eternidad—, las siete estrellas de la Osa mayor—constelación de septiembre—y una banda con la divisa «¿Quiénes contra nosotros?». Termina en tres puntas, de las cuales la de la izquierda lleva los colores de Italia, y la de la derecha, los de la ciudad.

queo. No convencieron al general las razones que le expuse, negándose a darnos su autorización y contentándose con decirme: «Buscad y encontrareis...» Buscamos por todos lados, y como la causa de Fiume cuenta con muchos partidarios, hallamos lo que deseábamos; y un martes por la noche dos

ragazzi cargaron nuestro equipaje en un carrito de mano, los seguimos de dos en dos para no despertar sospechas, y atravesamos la ciudad, rebotando de tropas, hasta una pequeña verja que se abrió ante nosotros, y apagando el ruido de nuestras pisadas, nos dirigimos a la costa.

Sólo nos quedaba atravesar un muro y alcanzar una barca que se divisaba en la orilla; pero un gesto de nuestros compañeros nos inmovilizó. Un indiscreto rayo de luna hace brillar el cañón de un fusil; comprendemos; es una patrulla que hace su recorrido. Los pasos se alejan; salimos de nuestro escondite y la barca, como atraída por nuestras miradas, avanza a la orilla y,



En la barrera que separa a Italia del territorio de Fiume conversan amigablemente los soldados de ambos Ejércitos.

amorosa, nos recoge en su seno. Navegamos un corto trecho y descubrimos una gran mole negruzca que se extiende ante nuestra vista. Unos cuantos golpes de remo y atracamos en la tierra italiana, entre todas, que así la ha llamado el poeta.

Frente a nosotros está el hotel de Europa. Dos oficiales y un paisano se acercan, y después de corteses palabras de bienvenida, nos dicen que el comandante, que acaba de asistir a un banquete ofrecido por el Cuerpo de Ingenieros, en uno de los salones del hotel, tendrá una gran satisfacción en recibirnos en seguida.

Cruzamos el breve espacio, y sin tiempo para pensar cómo seríamos recibidos, nos encontramos en el comedor.

Una larga mesa en forma de herradura, a la que están sentados gran número de oficiales, es lo primero que aprecia mi vista; después me fijo en un hombre delgado, de viva y penetrante mirada, ligeramente inclinado a la derecha, que me atrae; es D'Annunzio. Se levanta y todos le imitan. Avanzamos hacia él, y antes de llegar a su lado, alza su copa, y dirigiéndose a nosotros, con voz potente y clara, pensando las palabras que va a pronunciar, dice: «¡Por Francia, por la verdadera Francia, que nuestros amigos representan aquí; por ellos y por el Ejército francés, el más valeroso del mundo!» ¡Eiá, eiá, eiá! ¡Alalá!

Y el antiguo grito de bélico entusiasmo, contes-

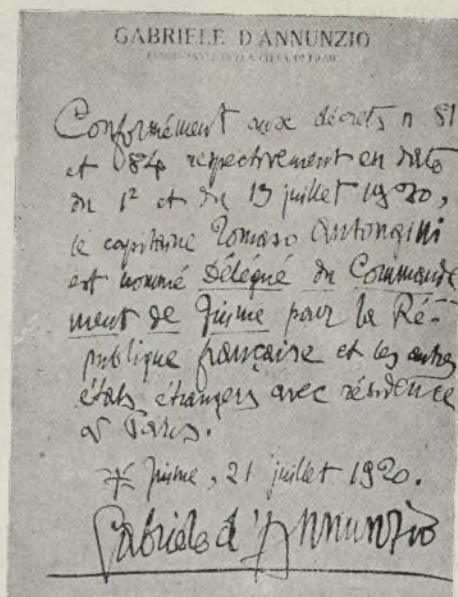
que telas de brillantes tonos, con adornos de oro, destacándose en los muebles y cortinajes los colores amaranto, amarillo y azul de Fiume, combinados con los del estandarte de Zara, azul celeste con tres cabezas de león, bordadas en oro, y con algunas banderolas de los regimientos adictos al poeta. Se levanta de su mesa, en la que por espacio de dos meses y medio ha trabajado catorce o diez y seis horas diarias, y acude a recibirnos con la misma cordialidad y afecto que la vispera.

Su palabra es fluida, atrayente, conociendo todos los resortes para subyugar a su auditorio, usando a veces esa fina ironía que nosotros los franceses empleamos con bastante frecuencia. Nos propone una visita a Zara y a Dalmacia, que aceptamos, y nos invita a su mesa. Antes de terminar la entrevista con este gran poeta soldado, que admira el mundo, cuya admiración no trata de disimular, nos vuelve a repetir su gratitud por nuestra venida y por la misión que se nos ha encomendado.

Al día siguiente, galantemente invitados por D'Annunzio, asistimos a la fiesta de Santa Bárbara y al bautismo, bastante pagano, de dos

baterías de artillería de campaña.

Cuando llegamos, las tropas se encuentran ya formadas en la anchurosa plaza del Dante, rodeada de una muchedumbre entusiasta. El coman-



D'Annunzio, como cualquier otro jefe de Estado, nombra sus representantes en París. Los decretos son de puño y letra del poeta.



Fiume ha editado unos sellos simbólicos cuyas figuras hablan de lazos rotos, martirios y venganzas.

tado por todos los comensales, retumba en los ámbitos del salón.

A las once de la mañana subimos al palacio del gobernador, gran edificio sin estilo ni traza, que hasta hace poco fué la residencia del magiar húngaro que regía los destinos de Fiume.

Nos pasan al despacho de D'Annunzio, vasto salón cuyas paredes no tienen más ornamentación

dante pasa revista a su guarnición y después se verifica la ceremonia, rompiendo una botella de vino en la cola de la cureña de una de las piezas. Entonces avanza un artillero, que se coloca delante de su jefe, y dirigiéndose a él, a sus camaradas y al pueblo, pronuncia un fogoso discurso lleno de exaltaciones patrióticas. Grandes aplausos y vítores premian la peroración del soldado.

Le contesta el poeta en tonos elevados, y todo su discurso es para afirmar, con la energía que le

caracteriza, que su único empeño es que Fiume sea de Italia. Las palabras del comandante son acogidas con delirante entusiasmo.

Nuestra estancia en Fiume ha terminado, y al despedirnos del comandante D'Annunzio me dice: «No sé si volveréis; quizá... En todo caso, tened siempre presente que nuestra gratitud es infinita y pensad que, trabajando allá en París por la causa de Fiume, trabajaréis por Francia, a la que amamos y de la que no debemos estar separados...»

Burlamos otra vez el bloqueo, bloqueo benévolo con los sitiados, y para probarlo contaremos un hecho que lo demuestra:

Un batallón alpino fué enviado desde Italia a Abbazia para aumentar las tropas bloqueadoras, y por una peregrina casualidad, todo el batallón dormía en el tren que lo conducía. En Mattuglia, para no turbar este sueño reparador, los maquinistas lanzaron a todo vapor la máquina y por la noche se encontraron inopinadamente en Fiume.

=====

COSAS DE MARRUECOS

Una boda en Quebdana.

Mohamed-ben-Handú, joven moro, fornido, *rara avis* entre los de su raza por sus ralos cabellos rubios y tez blanca, aunque tostada por el sol africano, abrasador e inclemente, habitaba con su familia en una *jaima* de los llanos del Garet, y en uno de sus frecuentes viajes, como traficante, quedó deslumbrado a la vista de Rahma, joven mora quebdanie que, por sus ojos, más negros que su cabellera, que lo era endrina, y por su tipo, rico en seductores encantos, no negaba la leyendaria y a veces utópica creencia de las bellezas huríes.

Como es inveterada costumbre entre los hijos del Islam, Mohamed-ben-Handú no perdió tiempo alguno en para él extraños cortejos ni en acaso infructuosas plegarias al poderoso Al-lah para conseguir que Rahma, la elegida, fijase en él el fuego de sus miradas. Así, que reunió como le fué dable—quizá malvendiendo a otros nómadas algunas cabezas de ganado—cerca de un centenar de duros y partióse al punto a Quebdana, donde presto se entendió con el viejo padre de la hermosa. Unos noventa duros fueron, aproximadamente, el precio estipulado.

De esta guisa, ni más ni menos que si se tratara de canija *funa* o huesudo borrego, quedó concertada la unión entre Rahma, la bella, y Mohamed-ben-Handú, el nómada.

Pese, no obstante, a estos rápidos procedimientos preliminares, es costumbre entre los cabilenos, para festejar tales acontecimientos, que haya en abundancia algazara y regocijo.

Y húbolos, asimismo, fastuosos el día señalado. Corrióse la pólvora, colgáronse multicolores trapos deshilachados en los quicios de las fermentidas ventanas de la choza-vivienda, y no faltaron buenos guisos de corderos, ni la sabrosa manteca, ni mucho menos el *alcuz-cuz* y el aromoso té con la indispensable hierbabuena.

En la misma estación, el comandante, que fué avisado, les dirigió la palabra, dejándolos en libertad de volver a las líneas regulares, y todos rehusaron.

Ha pasado un año y nada se ha resuelto. Fiume sigue en poder de D'Annunzio, o lo que es lo mismo, en poder de Italia. Giolitti, el político flexible, que con astucia se esfuerza en corregir, en beneficio de Italia, algunas lagunas de la triste paz wilsoniana, se ha entrevistado con Millerand y en la nota que dieron con motivo de esta entrevista sólo dicen que verían con gusto la pronta resolución de los problemas del Adriático de una manera que ponga a salvo las aspiraciones italianas.

La flamante Yugo-eslavia será, sin duda, la encargada de satisfacer estas aspiraciones.

Jose Juan Morales

Y mientras en una pequeña planicie, bordeada de chumberas, danzaban, al son de chirimías y panderos, dos o tres parejas de astosos mendigos argelinos, el resto de la concurrencia esperaba ansiosa e inquieta la prueba del sacrificio.

Pero entonces, en aquella sazón, la fiesta y el holgorio hubo de trocarse pronto en salvaje gritería de protesta. A los atónitos ojos de los quebdanies había aparecido, mostrada por el novio, la última vestidura de Rahma, limpia, blanca, impoluta, exenta de las rojas flores que habían de ser pública ostentación de su pureza.

Rahma era, pues, impura.

Sin manifestaciones violentas que exigiesen reparación por el engaño sufrido, con filosófica resignación, pero desilusionado y afligido, restituyó al poder del anciano padre a la infeliz mora, mediante la devolución de las noventa monedas entregadas.

Y antes de que los grupos pudieran disolverse por completo, unas voces, gritos guturales que recordaban los hurras celtas, anunciaron la presencia de un moro corpulento, de rostro cetrino y curtida piel, que, jadeante, habló.

Aquel moro, arrogante y bello, con esa varonil y salvaje belleza de los berberiscos montaraces, ofrecía cien duros por la ex virgen, confesándose autor del prematuro sacrificio.

Y de nuevo corrióse la pólvora, quizá con más entusiasmo que antes de la revelación. Y hubo más guiso de cordero, tal vez más sabroso, y el *alcuz-cuz* tornó a endulzar los paladares de todos, y hasta antojóseles que el padre sol brillaba con más intensidad, que las chirimías y panderos sonaban con armonías desusadas, porque allá, en el lugar esperado de todos los deleites, Mahoma sonreía al noble proceder del montaraz berberisco...

Pablo Gago Alonso.



LA MANO MISTERIOSA

(CUENTO)

Sacrilego amor había impulsado al bizarro y apuesto capitán D. Ramiro de Villabona a escalar las tapias del convento de Santa Clara. Nuevo Tenorio, habían sido muchas las empresas amorosas a que había dado cima sin temor alguno, en noches tenebrosas como aquella, con verdadero riesgo de morir a manos de padres, esposos o hermanos, que, recelosos del agravio que a su honra se infería, vigilaban para sorprender y castigar de muerte al ofensor. Con heroica bravura había alardeado de su desprecio de la vida una y mil veces en los campos de batalla de la hermosa Italia, luchando contra los austriacos bajo las banderas de Felipe V el Animoso. Al asaltar ahora el convento, dentro del cual contaba con inteligencias que le había facilitado su repleta bolsa entre los servidores de las monjas, solamente era posible que tropezase con el demandadero o el hortelano, que huirían despavoridos al verle. La contingencia de topar, al ganar de nuevo la angosta callejuela, con alguna ronda, no podía intimidar a quien por diversión ahuyentaba a palos y estocadas y ponía en fuga rondas de alguaciles, cual si fuesen bandadas de viles grajos.

Y, sin embargo, al hallarse aquella noche dentro del huerto de la santa casa de las vírgenes del Señor había sentido escalofríos y vagos temores, a los que, avergonzado de tal debilidad, se había sobrepuesto con decisivo esfuerzo de energía. Tal vez los sentimientos religiosos, que no había ex-

tirpado por completo de su corazón su temeraria vida de libertinaje y desenfreno, habían sobresaltado por un momento su dormida conciencia. Fué un relámpago fugaz en las densas tinieblas que a ésta envolvían. Con una llave que venal demandadero le había facilitado abrió la puerta que conducía al claustro y cuyos cerrojos había descorrido oportunamente traidora mano. Franca la entrada, aun vaciló un instante, y después penetró bruscamente en el sagrado recinto, perdiéndose en las sombras del claustro.

Unas cuatro horas permaneció el capitán dentro del convento, transcurridas las cuales apareció un momento a horcadas sobre las tapias del huerto, inclinó el cuerpo hacia éste para recoger la escala de seda que le había servido para el escalamiento, afirmó de nuevo sus garfios en las junturas de las tejas que formaba el lomo de la tapia, la suspendió hacia el callejón, descendió por ella rápidamente y, después de recogerla, echó a andar con precipitados pasos.

Notó entonces que el farolillo que alumbraba la sagrada efigie de Nuestro Señor Crucificado, que bajo un cobertizo de tablas estaba adosado a la pared de una casa contigua al convento, se había apagado. ¿Por qué le impresionó hecho tan insignificante y perfectamente justificado por el fuerte viento que encallejonado zumbaba? ¿Acaso de continuar encendido hubiera bastado tan mortecina luz a disipar las densas tinieblas en que la

noche envolvía los alrededores del templo? ¿No era pueril su naciente temor de afrontar obscuridad tan grande, que le hacía el efecto de un negro muro de inmenso espesor que le cerrase el paso?

Al dar la vuelta a la esquina y entrar en la plaza a que daba la fachada de la iglesia, sus ojos, anhelantes de luz, se fijaron en otro farolillo de aceite que iluminaba débilmente un grupo escultórico de la Anunciación de la Virgen, que había en un nicho sobre la puerta principal. Tan tenue era el resplandor, que dejaba en penumbra, más imponente que la obscuridad misma, la gran puerta de madera, reforzada por grandes clavos de hierro, que cerraba el templo.

Despavorido el capitán, tan grande fué el temblor que estremeció todo su cuerpo, que tuvo que apoyarse en la pared para no caer en tierra; de aquella puerta se destacaba una larga y blanca mano que le llamaba moviéndose lentamente de vez en cuando. Y lo sorprendente era que no se divisaba cuerpo alguno a que pudiera pertenecer aquella mano.

Volvió a agitarse ésta. No había la menor duda de que le llamaba. ¿Por qué tembló de nuevo el capitán? ¿Fué por efecto de violenta corriente de aire o por miedo?

Si acaso fué por miedo, trató de dominarlo, y con voz sonora, aunque algo trémula, preguntó:

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Para qué me llamas?

No obtuvo respuesta. Únicamente el zumbido del viento interrumpió el silencio, y de nuevo la mano misteriosa volvió a llamarle.

—¿Te burlas de mí?—dijo airado Ramiro de Villabona—. Hasta ahora nadie lo hizo impunemente.

Y, desenvainando la espada, quiso arremeter contra el silencioso burlón, pero las piernas se negaron a obedecerle.

Dejó caer la espada al suelo y echó mano a las pistolas; con una de ellas apuntó e hizo fuego.

La mano misteriosa se movió otra vez lo mismo que antes. Al capitán le pareció que la bala la había agujereado; sin embargo, continuaba llamándole.

El pavor del capitán subió de punto. Tiritaba como si estuviese aterido de frío, y los dientes le castañeteaban fuertemente. Sacando fuerzas de flaqueza arrojó la pistola con que había hecho fuego, cogió del cinto la otra y, con cuanto determinimiento le permitió su estado de ánimo, apuntó y disparó.

Le pareció notar que la segunda bala había agujereado también la mano. Esta siguió moviéndose como si le dijera: «Ven, ven.»

Su terror llegó al colmo y, perdido el sentido, cayó desplomado en tierra como un cuerpo muerto.

Y muerto le encontraron al día siguiente, sin que al reconocerle se hallara en su cuerpo la más insignificante lesión.

Cerca de él recogieron del suelo la espada y sus dos pistolas descargadas. La puerta de la iglesia estaba atravesada por dos balazos. Las balas habían atravesado también un papel manuscrito y fijado con obleas a la puerta, en que se anunciaba una novena que se estaba celebrando por aquellos días en el templo.

Despegadas todas las obleas de la parte superior, el papel estaba casi por completo desprendido, y las ráfagas del aire le movían pausadamente.

Francisco Martín Arrúe.

Pasa la Bandera.

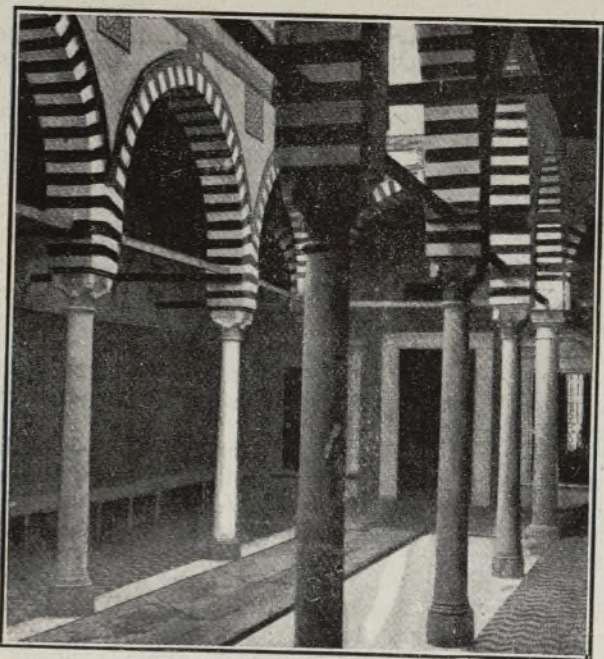
Las cornetas han lanzado alegres sonos,
y en la extensa perspectiva iluminada
ha surgido la Bandera desplegada
como emblema de gloriosas tradiciones.

Escoltada por valientes campeones,
como faro luminoso destacada,
va avanzando cual ardiente llamarada
que enardece los hispanos corazones.

Van los héroes desfilando emocionados
ante España, que contempla a sus soldados,
mientras teje la Leyenda una guirnalda

que ha de ser la recompensa merecida
para aquellos que juraron dar su vida
defendiendo la Bandera roja y gualda...

Juanita Zamora.



CRÓNICAS DE TETUÁN

UNA AUDIENCIA DEL JALIFA

cual alhaja diplomática de los palacios de Fez. Es un anciano arrogante, alto y erguido como jaque mozalbete, con blanca cabellera que le cuelga en largos rizos bajo los vuelos del turbante. Le acompaña Ben Aus, que ostenta el título de *kaid mexuar* o introductor de embajadores, y a derecha e izquierda se acomodan, en el suelo, los flamantes *secretarios*, que se apellidan Ganamia, Zuak, Aragón y Setti. Todos se han puesto de pie y nos reciben muy finos, muy pulidos, muy almibarados. Nosotros, dando a nuestros rostros la expresión más amable que sabemos encontrar, doblamos las manos que nos alargan, y después, imitando sus ademanes, las llevamos con toda seriedad al pecho o bien besamos, complacidos, las yemas de nuestros propios dedos...

*

Siguiendo la atlética figura del viejo Visir, hemos entrado en un ancho corredor, adornado torpemente con barato mosaico catalán. Este mosaico, deslavazado y basto, con que han querido

AL lado de la plaza de España y separado de ella por el arco del Mexuar, está el palacio del Jalifa.

El tal palacio tiene un aspecto particular y triste. Con sus muros amazacotados y sombríos evoca este edificio la bélica leyenda de los bizarros *Muyodhidin*, defensores celosos de la fe musulmana en tiempos pasados de anárquicas revueltas. Este patio y aquellas graderías, ahora tranquilos y propicios, embebieron tal vez la roja mancha de humanas ejecuciones. Quizá los *moros de rey*, que hoy se alinean a nuestro paso y respetuosos saludan, descienden de los antiguos servidores de los Príncipes terribles... Quizá los alfanjes y sables encorvados que penden de sus cinturas recuerden en la mella de sus filos sacrificios inenarrables...

Hoy no pueden temerse terroríficas escenas en las cámaras historiadas, ni en los amplísimos patios, ni en los oscuros corredores. Ocupa el palacio un Príncipe de sangre real, que, en norma de paz, representa al Imperio. *Muley-el-Mehedi*, primo hermano de *Abb-el-Aziz*, el Sultán destrozado, y de *Muley Xusef*, el Soberano actual, ejerce lindamente sus funciones de Jalifa.

¡Oh, las etiquetas de las Cortes orientales! Antes de acercarnos al Príncipe tendremos que hacer nuestro saludo y acabarnos en sonrisas y muecas de cortesía ante los nobles dignatarios de este palacio, estupendos personajes de amplio turbante y finas vestiduras albas...

Así hemos llegado hasta la venerable asamblea, que se reúne allá en escondida estancia, al extremo de un pasillo desguarnecido y sucio.

Preside Mohamed Ben Azuz, el gran Visir, hombre de la confianza del Jalifa, que le trajo



sustituir los famosos *aliceres* producto de la ciudad, estropea la típica belleza del quintañón edificio, haciendo con su intromisión burdos los trabajos, feos los pavimentos, anodinos y sin gracia los frisos y los zócalos. ¡Quisiera mejor los restos maltrechos de la indígena cerámica, mostrando en sus rotos el rancio de su alcuernia, fueran más bellos los adornos de azulejos tetuanes, viejos e incompletos, que así terminados y cubiertos con tan vulgar mercancía!

El secretario de la Residencia, que nos acompaña me indica, al pasar, las especiales etiquetas del recibimiento. El Jalifa estará en una cámara abierta, sobre el gran patio... Tendremos que hacer tres reverencias... La primera, en el borde de la galería... Otra, cuando lleguemos al lado del surtidor que en el centro del patio se halla... La tercera, ya junto al Príncipe, en el instante que se indique... Esperaremos la presentación y... ¡Pero he aquí que ya nos hallamos en el patio!... Veo la cámara... Allí está el Jalifa... ¡Venga la primera reverencia!... Con la precipitación temo que me haya salido un poquito desigual...

La segunda y tercera han sido más protocolarias y profundas... Creo que ahora me he lucido... Pero este lucimiento no me impedirá que observe disimuladamente los ademanes del Príncipe...

Muley-el-Mehedi ha preparado, indudablemente, para este acto la más fina de sus sonrisas. Y esta sonrisa la ha estereotipado inmutable en su semblante, porque sonriendo estaba cuando entramos en el patio, sonriendo le he visto al terminar las reverencias, sonriendo nos ha estrechado suavemente la mano, y aun ahora, que no dice nada, sonríe, sonríe siempre...

En otra ocasión he hablado del Príncipe moro. Fué, si mal no recuerdo, cuando traté de narrar su salida semanal para la oración de los viernes. No he de rectificar el ligero juicio que entonces hice acerca de su posible carácter e inclinaciones.

Pero antes de seguir adelante quiero daros cuenta del sitio especial donde la recepción se verifica. Es un patio espléndido y hermoso, formado por una galería de blancas arcadas, en cuyo centro se eleva un raro surtidor de pétreo tazo. Los arcos, agrupados de tres en tres, tienen ojivas con trazado en herradura, y sobre ella se extiende un amplio piso de antiguos azulejos. Arriba, otra galería semejante, con más finos sostenes, y para remate, un labrado de madera finamente tocado con lindos arabescos y finos atauriques. Encima se ven las tejas vidriadas sobre una pequeña cornisa de grabados canecillos. Si no fuera por la fea balastrada de la galería superior y los modernos azulejos, que se repiten en el zócalo de las paredes y de las columnas, sería bello, muy bello este patio extraordinario.

En el fondo del lado principal está la cámara donde recibe el Jalifa. He de confesar que la tal cámara me ha parecido de una extremada pobreza, sobre todo si se la compara con las lu-

josas estancias de que son tan ufanos los notables tetuanes. Carece de los ricos tapices de Damasco que en otras partes he visto, y no adornan sus paredes aquellos historiados *haitis* de ricas sederías. Todo el adorno consiste en cuatro butacones de gutapercha a ambos lados del trono, que está formado—no te sonrías, lector—por un viejo sofá de tres cuerpos, espléndidamente tapizado de amarillo...

Hechas las presentaciones, el intérprete se ha colocado de pie a la derecha del Jalifa; enfrente, y también de pie, hánse establecido el Visir y Ben Aus; nosotros, accediendo a la amable invitación de Su Alteza, nos hemos acomodado en los amplios butacones...

Antes de pronunciar cualquier otra palabra, el Príncipe ha preguntado por nuestro Rey...

Es indudable que nuestro Monarca, por su juventud y bizarría, es admirado extraordinariamente por los moros. El Jalifa ha querido saber quién de nosotros es el último que lo ha visto, y queda complacido con las noticias que le damos.

Después ha tocado el turno a nuestras respectivas familias... Buenas, a Dios gracias... Todos buenos... El Jalifa es muy amable...

Luego... luego han empezado, ayudados por el traductor, toda esa serie de discursos protocolarios que repiten muchas veces los buenos deseos que a ambas partes animan para el logro de los comunes intereses del protectorado. Yo no he entendido palabra de lo que dicen; pero me hace el mismo efecto que esas rancias palabras de cortesía que entorpecen el menor ofrecimiento... *Está bien empleado... Mejor lo estaría... No cabe mejoría...* ¡Señores! ¡Por Mahoma!...

Mientras hablan, he observado a mi sabor al Jalifa y a su primer ministro. Tiene el Jalifa la faz redonda y bonachona, es de color cetrino y un ligero bigote recortado sombrea su labio superior; sus ojos, un poco pálidos, un poco tristes, expresan mansedumbre y dulzura, con una mezcla singular de gozoso contento e inexplicable nostalgia...

La vida del Jalifa... No quisiera pecar de indiscreto al hablar de su Imperial Alteza... Dejando a un lado otras cosas, os confiaré—si me prometéis no divulgarlo—que el Príncipe moro ama la música y los deportes, que toca el piano y sabe arrancar del violín bellos motivos que recuerdan trozos oídos a las músicas de los regimientos cuando acuden a la plaza, que le gusta hacer una fotografía y... le agrada, de un modo extraordinario, ver remontarse las cometas por encima de sus azoteas...

Ya sé que tenéis en los labios la inquieta coñezón de una pícara pregunta... Pero es inútil que me la hagáis... No seré yo quien os diga si son tres o son diez las beldades misteriosas guardadas en su harén, ni si ellas son muy jóvenes o extraordinariamente viejas, aunque esto último tengo la seguridad de que no habías de creerme...

Y prosigo mi narración... En tales cosas pen-

saba yo durante una larga disertación que nos ha hecho el noble Gran Visir. Ben Azuz—aun sin poderle entender lo que dice—resulta un extraordinario orador. Habla solemnemente, con grandes ademanes, llevando con frecuencia las manos al pecho y a los labios, doblando el cuerpo, moviendo la cabeza, que deja oscilar por bajo del turbante los largos mechones blancos... Es un personaje extraordinario que produce impresión profunda... Comienzo a pensar dónde he visto antes tan magnífica figura... ¡Ah, sí! ¡Es el Gran Visir legendario que acompaña a Haroum-el-Raschid en los grabados que ilustran las viejas narraciones de Oriente!...

Hemos pronunciado frases de agradecimiento que Tubáu se encarga de traducir y ampliar... La audiencia terminó y nos ponemos en pie... Empieza otra vez la fatigosa serie de reverencias... Una, a tres pasos del Jalifa... Otra, en el

centro del patio... La última, en el quicio de la arcada... Un paso más, y ha desaparecido de nuestra vista el amplio sofá amarillo y la dulce zona sonrisa del Príncipe bonachón...

En la puerta del palacio han formado nuevamente los servidores y moros de rey para hacernos su despedida... Cumpliendo las etiquetas, hemos de ir ahora a visitar, en sus respectivos domicilios, al bajá de Tetuán y altos dignatarios... Pero antes quiero salir a la calle para respirar tranquilamente el soplo confortador del aire, en plena independencia... ¡No quisiera ser Jalifa!...

Vicente Valero de Bernabé

LA REPETICIÓN

Al terminarse con la muerte de Carlos II el *Hechizado* la dinastía de la Casa de Austria, fué elegido rey de España un nieto del monarca francés Luis XIV, cuyo nieto reinó llamándose Felipe V, empezando en él la dinastía de la Casa de Borbón. Esto lo saben hasta los niños de la escuela, y si lo consignamos aquí es por si acaso lo leyera algún analfabeto, que diría Gedeón.

Corría y volaba el año 1707 cuando el rey elegido se encaminó desde París a España para tomar posesión de la corona, cetro, manto y demás. No hay que decir que le acompañaba una brillante comitiva... y *bebitiva*, pues en el pueblo en que caían al pasar, ¡ni la langosta! Bueno; pues al pasar por una aldea no muy lejana de París, salieron todos los vecinos, con el cura a la cabeza, a darle la bienvenida. El bueno del cura rural tomó la palabra y dijo:

—Señor... No quiero *echar* un discurso, porque resultaría pesado y molesto; así es que, en lugar del discurso, voy a *echar* una canción que compuse ayer mientras me limpiaba las hebillas de los zapatos, dedicada al nuevo rey de los españoles. Ahí va.

—Venga de ahí—repuso Felipe, que era muy filarmónico.

El cura cantó de este modo:

*Los vecinos de Chartres
sienten gran alegría al veros hoy aquí.
¡Oh, nieto del gran Luis! El cielo os acompaña.*

*Felipe de Borbón,
bón, bón
dichoso reinará,
rá, rá,
cien años en España.*

Encantado Felipe, le dijo al cura:

—¡Que se repita!

Repitió el cura su canción, que por cierto resultaba muy parecida a nuestros cuplés de ahora, y entonces el nuevo rey le entregó diez luises para los pobres.

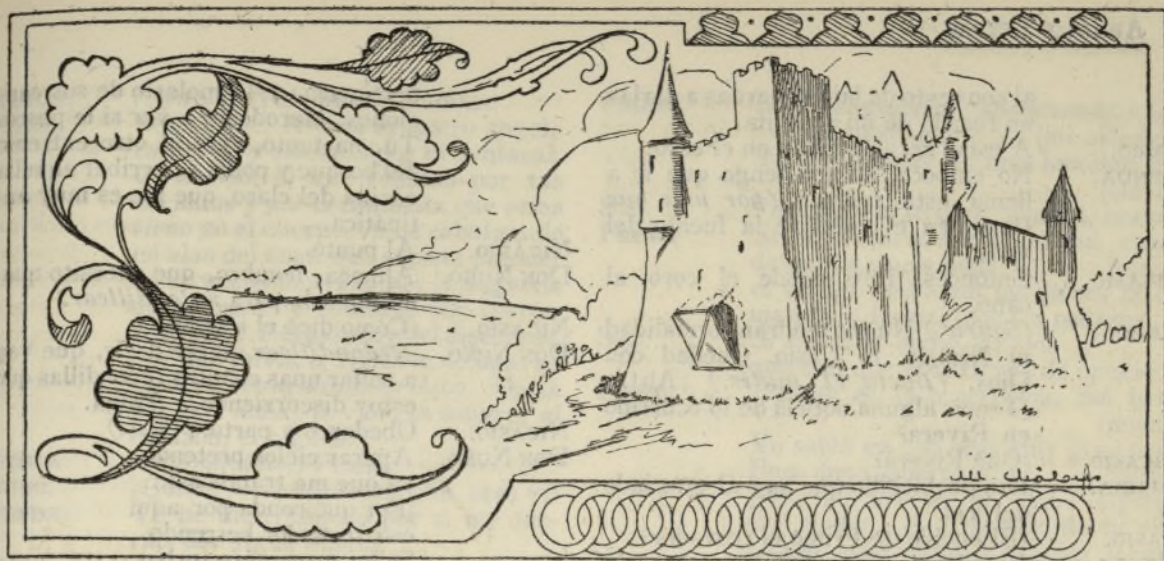
Y el cura, que era un vivo, replicó:

—¡Que se repita!

Admirado el rey del espontáneo ingenio del cura, le entregó otros diez luises... ¡*Et voila tout*! que decimos los franceses!

Antón Trijueque.

Para tributar por nuestra parte el debido homenaje a los que en el campo de honor han sacrificado su vida por la Patria en las últimas operaciones verificadas en Marruecos, rogamos a los compañeros que posean algún retrato de ellos nos lo envíen para su publicación.



AL PIE DEL CASTILLO

Astracánada en medio acto, original, en prosa y verso.

PERSONAJES

Sol. Dieciocho años y algunos meses
Menda. Dueña de compañía; cincuenta años.
Don Nuño. Padre de Sol; sesenta años y pico.
Primo. Trovador, al parecer; treinta años
Nicasio. Viejo servidor.
Casio. Servidor y picapedrero.

LA ACCIÓN EN EL SIGLO XII

Decoración: Castillo feudal de don Nuño, que ocupa todo el lateral izquierdo. A la derecha, bosque. Al fondo, monte bajo. Es por la mañana del día 4 de junio de 1148. Al levantarse el telón, *Nicasio* parte leña de un roble secular caído en el suelo. *Casio* pica una enorme piedra.

NICASIO. (*Canturrea mientras trabaja.*)
 No me mates
 no me mates,
 déjame vivir en paz...
CASIO. (*Canturrea mientras trabaja.*)
 Agua que no has de beber
 déjala correr,
 déjala, déjala.
NICASIO. Vaya una mañanita. Hay que ver
 cómo pica el sol.
CASIO. Pica más que yo, que estoy pica que
 te pica esta piedra.
NICASIO. Pues yo estoy ya harto de hacer el
 refrán.
CASIO. ¿Cómo?
NICASIO. Que estoy haciendo leña del árbol
 caído.
CASIO. Hay que obedecer a nuestro amo
 común.

NICASIO. Insultos, no.
CASIO. No le insulto. Si acaso, *mormuro*
 algo.
NICASIO. Para *mormurar*, Menda.
CASIO. ¿Vos?
NICASIO. Menda, la dueña de la señorita...
 Chist... Aquí viene.
MENDA. (*Sale del castillo. Lleva atado con*
una cadena un lebrél muy grande.)
 Casio... Nicasio. El cielo os guarde.
 Lo mismo digo.
NICASIO. Idem eadem. (*Dejan los dos de tra-*
bajar.)
MENDA. Bien se trabaja, compadres.
NICASIO. Regular. ¿Adónde vais a estas horas?
MENDA. Voy primeramente a la cabaña de
 Pero, el pechero, a cambiar este
 perro grande por dos perros chicos
 que está criando su perra. Luego iré

al convento de las Bernardas a darlas un recado de mi señorita.

CASIO. A estas horas estarán en el coro.

MENDA. No empece. Luego tengo que ir a llenar esta redoma (*por una que lleva*) en el caño de la fuente del valle.

NICASIO. Entonces, iréis desde el coro al caño...

MENDA. (*Sonríe.*) Nunca tendrán formalidad ni Nicasio, ni Casio. Quedad con Dios. (*Inicia el mutis.*) ¡Ah!... ¿Tenéis alguna noticia de lo ocurrido en Rivera?

NICASIO. ¿Qué Rivera?

MENDA. Ese pueblecillo que hay al otro lado del río.

CASIO. ¿El pueblo de Primo el trovador?

MENDA. El mismo. Creo que han quemado estos días a una bruja y se alborotaron los mesnaderos de los arrabales. Hubo sustos, carreras, cargas de la Guardia civil. ¿No lo habéis oído contar?

NICASIO. No. Sólo sé que ayer vino Primo de Rivera, pero no hablé con él.

MENDA. Pues si vino, no ha de tardar en rondar el castillo.

CASIO. Es un mozo terne, juncal, arrogante y valiente.

NICASIO. ¿Valiente, Primo?

MENDA. Sí, señor. Está loco por mi señorita. No vive ni sosiega pensando en ella. Le tiene Sol derretido.

CASIO. Y aunque sabe que el conde don Nuño en cuanto se le ponga a tiro le desarma un alón, no deja de venir por aquí exponiendo la pelleja.

MENDA. Creo que se dedica a la bebida. El alcohol le da fuerzas.

CASIO. Como que yo siempre he visto a Primo *alumbrar*.

NICASIO. Bueno, basta de charla. Nosotros a nuestro trabajo y Menda a lo suyo.

MENDA. Hasta luego. (*Vase.*)

CASIO. Un recadito a las monjas.

DON NUÑO. (*Sale del castillo llevando en la mano un espadón.*) Casio.

CASIO. (*Aparte.*) La sota de espadas. (*Al conde.*) Señor.

DON NUÑO. Llégate corriendo en *ca* de Melendo el forjador y que te componga en seguida mi espada. Tómalala.

CASIO. ¡Rediez! (*Cogiéndola.*) Tiene la hoja casi desprendida del puño.

DON NUÑO. Que la sujete bien. Hay que evitar la caída de la hoja. (*Vase Casio.*)

Oye, Nicasio, ¿has visto por estos andurriales a Primo el trovador?

NICASIO. Por mi fe, no le he visto; pero acaso, acaso, no tarde en venir a rondar y a cantar trovas románticas y cuplés picarescos poniendo los ojos en las almenas.

DON NUÑO. Al menos trataré de evitar su im-

pertinencia y lo molesto de sus canciones. Merodearé a ver si le pesco. Tú, en tanto, vete al otro extremo del bosque y ponte a derribar aquella encina del claro, que me es muy antipática.

NICASIO. Al punto.

DON NUÑO. Ahueca, hombre, que necesito quedarme solo para *redondillear*.

NICASIO. ¿Cómo dice el señor?

DON NUÑO. *Redondillear* quiere decir, que voy a soltar unas cuantas redondillas que estoy discurriendo... Alivia.

NICASIO. Obedezco y parto. (*Vase.*)

DON NUÑO. Apurar cielos pretendo ya que me tratáis así... ¿Por qué ronda por aquí ese trovador berrendo. Se ha *proponido* turbar la paz de aqueste castillo el muy necio... Si le pillo le tendré que reventar. ¿Se creerá el fatuo doncel forjándose una ilusión, que mi Sol, mi corazón, está chiflada por él? ¡Dado estoy a Barrabás!... ¡Querer su sangre plebeya confundirla con la de *eya*! ¡Piscis!... O sea *¡en jamás!* La vergüenza me arrebola pensando lo que él ansía. ¿Ella y él? Por vida mía prefiero ver a Sol, sola. Si ella, por su desventura, corresponde a su pasión, la mato sin remisión, yo mismo (*se golpea el pecho*), yo. [yo... ¡Este cura! Mas (*mira al foro*), ¿qué es lo que allí se ve? Un bulto viene hacia acá. Si será... si no será... [*el bosque.*] Por si es él, me esconderé. (*Vase por* Llega con Menda, por el foro.) Y qué, ¿cambiasteis el perro grande? Lo llevé, pero Pero me dijo que no tenía calderilla, y al venir, rompió el lebril la cadena y fué corriendo. Si es de ley él volverá. ¿Entráis en el castillo?

MENDA. No, que aguardo a Primo que viene hacia aquí. Con seguridad que me da un billete para mi señorita.

CASIO. ¿La hace regalos en metálico? ¿Quién fuera ella!

MENDA. Eres casi tonto, Casio.

CASIO. Bueno, voy adentro a entregar al amo su mandoble que acaban de componer. (*Entra en el castillo.*)

PRIMO. (*Sale por el foro, izquierda. Al llegar frente al castillo, suspira, mira hacia arriba y empieza a gemir con voz doliente.*) Sol... mi Sol...

MENDA. (Aparte.) Ya empieza a solfear.
PRIMO. Sol... Sol... Asoma tu rostro angelical, ideal y celestial por el ventanal. Contempla al que rendido por tus encantos y por la caminata que se ha tirao pa el cuerpo, viene cabalgando en alas del amor que supiste prender en su pecho lacerado por la angustia de quererte y adorarte sin correspondencia. Herald soy del dios Eros, que me envía a rendirte tributo de pleitesía donjuantenoriesca. Daría por ti el alma, la vida, la sangre, el corazón, el hígado...

MENDA. (Llamándole.) Primo.
PRIMO. ¿Quién? (Volviéndose.) ¡Ah, eres tú!
MENDA. Te he interrumpido por si me querías dar algún billete.

PRIMO. No tengo mas que plata.

MENDA. Guasón. Digo si me quieres dar alguna carta amorosa para mi señorita y yo se la entregaré siempre (zalame-
ra) que me des una pesetilla de señal.

PRIMO. De modo que por la señal...

MENDA. Te vas a persignar?

PRIMO. Acabaca. ¡Echame para acá a tu amita!

MENDA. (Viendo aparecer a Sol, que sale del castillo.)

¡Justamente ya está aquí.

PRIMO. ¡Oh, dicha!... Vete, Mendita.

MENDA. Ni una palabra más. (Vase al castillo.)

PRIMO. Hermosa castellana que al igual que al fulgor de la los campos iluminas [mañana, con esas tus pupilas cristalinas, mira a tu enamorado (Se arrodilla.) rendido ante tus plantas y postrado.

SOL. ¡Oh!, trovador gentil, arrogante cual un guardia civil, propietario de mágica garganta, no estés más de rodillas, no, levanta.

PRIMO. Sólo sé obedecer. (Se levanta.) De eres el dueño mío. [mi albedrío
Yo soy siempre tu más humilde es-

SOL. Permite que te diga: ¡Bravo, bravo!
PRIMO. Si me aplaudes es prueba cuasi de que te causa pena [plena
el ver que del amor los dulces lazos me van a derretir por tus pedazos.

SOL. Si eso te he dicho, ha sido que creí que eras Bravo de apellido.

PRIMO. Donosa es la ocurrencia. Sol her-

[mosa.
Yo sabía ya que eras muy graciosa. Pero dime, querube... [nube

¿Has mirado en tu dicha alguna que empañe el esplendor de tu pu-
¿Acaso te ha dolido la cabeza? [reza?

SOL. A veces sí me duele, sí, la indina.

PRIMO. Pues toma una [tableta deas-
pirina. (La da una.)

SOL. Muchas gra-
cias.

PRIMO. De nada, Sol [preciosa;
y hablemos, si [te place, de
otra cosa.

SOL. Puedes hacer-
lo así; te doy [licencia.

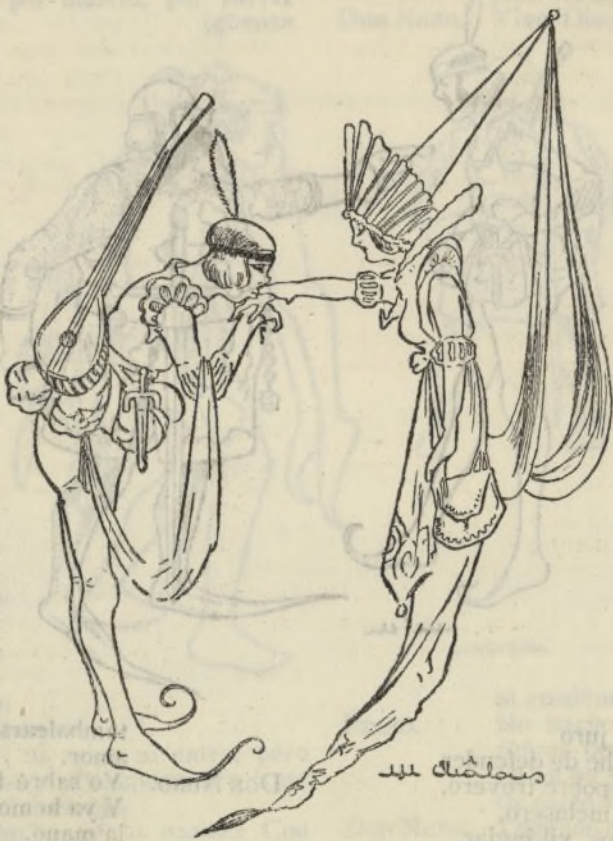
PRIMO. (Tosiendo para hacer voz.) Al ver-
me en tu pre-
sencia,
porque así
a Dios le
plugo,
enmudece mi
voz y me
atarugo;
mas te digo,
rindiéndote
tributo,
que te amo
[como un loco,

[como un bruto;
que eres tú para mí la dicha toda
y que anhelo con ansia nuestra boda.
Y yo, y te lo confieso con rubor,
sólo aspiro a ser dueña de tu amor.
Te lo juro, y no es jurar en vano.
En prueba de ello, ten mi blanca
[mano,
y perdona que bien mi amor no
[explique.

PRIMO. ¿Me dejas que te bese en el menique?

SOL. Te dejo si eso causa tu embeleso.

PRIMO. Pues toma el alma mía en este beso.
(La besa el menique.)



DON NUÑO. (*Aparece de pronto.*)
¡Miserables! ¿Qué es esto que aquí
¡La está besando un deo! [veo?
En pesar y en dolor mi odio se trueca.

SOL. (*Suplicante.*) Padre mío, perdón,
perdón.

DON NUÑO. ¡Ahueca!

SOL. Es que yo...

DON NUÑO. No rechistes, hija ingrata

PRIMO. (*Aparte.*)

Ha venido el papá a meter la pata.

DON NUÑO. En tu aposento mi justicia espera...
O enciértrate si no en la carbonera.

(*Vase Sol.*)

PRIMO. Este tío creará que tengo miedo,
y tengo más valor que don Tancredo.

DON NUÑO. (*Después de una bausa.*)

Solos que-

[damos

[los dos,

y te juro

[como

[hay Dios

que aun-

[que ya

[voy si-

[endo

[viejo,

necesito

[tu pe-

[llejo

y tus ri-

[ñones.

PRIMO. Sois vos

quien tie-

[ne fuer-

[za y po-

[der

y autori-

[dad para

[hacer

conmigo

[un casti-

[go duro,

y pues

[sois su

[padre, os juro

que no me he de defender

DON NUÑO. ¿No sabes, pobre trovero,

iluso, ruin, incluso,

harto de ajos, vil juglar,

cómo me voy a vengar?

PRIMO. Tranquilo su fallo espero.

DON NUÑO. Ahora va; y ya veremos si recibes

tranquilo mi fallo, vil escoria, mise-

nable hez. Haz el favor de escuchar-

me sin parpadear lo más mínimo.

Creiste en tu triunfo al ver que Sol

te amaba; pero el triunfo es mío

al haberos sorprendido *in fraganti*.

Y ya que tengo este triunfo, fallo y

acuerdo suprimirte del mundo de

los vivos

PRIMO. Sois muy condueño.

DON NUÑO. Pero mi venganza será felina, sa-



brosa, dulce como el azúcar refina-
da... Te voy a encerrar en el pasillo
de la torre del homenaje, un pasillo
lóbrego y lúgubre que hace un reco-
do, sin luz ni ventilación, y lo taparé
con tres tablas fuertemente sujetas.

PRIMO. Me escaparé.

DON NUÑO. ¡Infeliz! No te puedes escapar ni por
las tres tablas.

PRIMO. Entonces, ¡carambola!

DON NUÑO. ¿Cómo dices?

PRIMO. Carambola o caramba, que viene a
ser lo mismo. Total, una interjec-
ción.

DON NUÑO. Allí estarás sin comer, sin beber
y sin afeitarte hasta que caigas des-
fallecido, y cuando sólo te quede un

soplo leve, un

tenue soplo,

un soplillo de

vida, te haré

colgar de la

más alta al-

mena para que

sirvas de pasto

a los buitres.

PRIMO. Está bien.

Haced de mí lo

que queráis;

pero si en algo

estimáis las sú-

plicas de un

reo en capilla,

juradme que

descargaréis

contra mí todo

el peso de

vuestra cólera

y que no osa-

réis tocar ni un

solo cabello de

vuestra ino-

cente hija, que

no ha cometido

más delito que

adormecerse y

tambalearse con mis arrullos de
amor.

DON NUÑO. Yo sabré lo que tengo que hacer...

Y ya hemos hablado bastante. Dame

la mano.

PRIMO. ¿Os vais?

DON NUÑO. Dame la mano para atártela al codo

del otro brazo.

PRIMO. No es menester. Os aseguro que no

he de resistirme. Indicadme, pues,

dónde está ese pasillo macabro.

DON NUÑO. (*Viendo aparecer a Casio en la*

puerta.) Casio, conduce aquí al pollo

al pasillo de la torre y procura que

no abra el pico. Si cacarea, le rompes

un ala, que ahora iré yo a ponerle

las tablas de tapadera.

CASIO. Vamos adentro. (*Cogiendo a Primo*

de un brazo y haciendo mutis

Con él por la puerta del casti.o.)
Cayó un primo.

DON NUÑO. Es preciso que muera ese malvado;
es preciso que muera, sí, que muera.
Es mi pecho cual encendida hoguera
que me tiene de rabia áchicharrado.
Un trovador errante enamorado
de mi Sol, la del tallo de palmera.
Mejor quiero que esté siempre sol-

que unida a un vergonzante desdi-
chado.

De hacer un escarmiento tengo

tengo sed de venganza justiciera;
no temo que el perdón mi furia venza
y tendré una alegría loca, insana,
y he de bailar de gozo cuando muera,
por cursi, por morral, por sinver-
[Saliendo] [guenza.]

MENDA. (Saliendo del casti-
llo.) ¡Hay

DON NUÑO. ¿Qué?...
¿Qué hace
la seño-
rita?

MENDA. Acaba de meterse en la piscina del patio a tomar un baño.

DON NUÑO. Bueno,
pero ¿qué
hace?

MENDA. Nada...
Llegó a su
aposento
tan ali-
caída y
tan ner-
viosa, que
la di a res-
pirar sales.

DON NUÑO. ¿Y por qué sales?

MENDA. Yo, señor, ni salgo ni entro; pero estaba como para desmayarse y traté de evitar el desmayo.

NICASIO. *(Con el hacha en la mano.)* Con vuestra venia, señor. ¿Hay amoníaco en el castillo? *(A Menda.)*

MENDA. ¿Para qué?

NICASIO. Es que a la entrada del bosque hay un hombre con una papalina tremenda.

MENDA. Será la mía, que se me perdió *antier* mañana.

NICASIO. Si es una borrachera de esas de órdago.

DON NUÑO. ¿Y quién es el borracho?

NICASIO. Primo, el trovador.

DON NUÑO. Me parece que el de la papalina eres tú.

NICASIO. ¿Yo?

DON NUÑO. Naturalmente. Primo el trovador está encerrado en el castillo por orden mía.

NICASIO. (*Mirando con desconfianza a don Nuño.*) Señor, os juro que Primo el trovador está borrachito *perdido* en la linde del bosque. Acabo de verle con estos ojos.

MENDA. ¿Con cuáles?

NICASIO. Con estos dos. Estoy segurísimo, señor conde.

DON NUÑO. Bueno, si no lo estás tú, lo está Menda o lo estoy yo, o lo estamos todos. Entra en seguida, y entre Casio y tú bajad al condenado que le interroguemos.

NICASIO. (*Aparte.*) No entiendo una palabra, pero veremos lo que resulta. (*Mutis.*)

DON NUÑO. Vive Dios que este majagranzas de



CASIO. *(Aparece llevando a Primo sobre un hombro, como si fuese un costal.)* Señor, aquí está el condenado. *(Le suelta.)* Aparece Nicasio sin soltar el hacha. ¡Y cómo pesa

el condenado!

PRIMO. No hacía falta (*le da hipo*) tan (*hipo*) tantas precauciones (*hipo*). Di mi pa (*hipo*) palabra de no resistir (*hipo*). ¡Caray con el hipo!

DON NUÑO. Díganos quién es el condenado.

PRIMO. *(En un arranque.)* Soy el conde
(hipo) el conde *(más hipo)*.

DON NUÑO. El condenado, ya lo sabemos. Ven-
ga el nombre
PRIMO. Soy el conde (*hipo*).

DON NUÑO. ¡Y dale!

PRIMO. El conde don Bermudo.

DON NUÑO. (*Asombrado.*) ¿Vos? ¿No mentís?

PRIMO. Ve ahí mi tarjeta. (*Le da una.*) Soy el conde don Bernardo, el magnate entre los mag (*hipo*) magnates, el poderoso entre los (*hipo*) poderosos. Me enamoré loca (*hipo*) mente de vuestra hija doña Sol, y como tenta

referencias de que su carácter era espiritual, dulce, quise probarla.
 DON NUÑO. ¿Qué decís?
 PRIMO. Quise probarla disfrazándome de trovador para saber si me amaba por mi propia personita. Para ello rogué a Primo que me dejara sustituirle por unos días, dándole catorce pesetas de propina. Pensé que si (*hipo*) mi Sol (*hipo*) resol... (*hipo*).
 DON NUÑO. (*A Nicasio.*) ¡Córtale la cabeza con el hacha!
 PRIMO O BERMUDO. ¡Repeine! (*Dando un salto.*)
 DON NUÑO. (*Sonriente.*) Lo he dicho para que se os quitara el hipo con el susto.
 PRIMO BER. Gracias; sí que se me ha quitado radicalmente... Pues como iba diciendo, si mi Sol resolvía amarme creyendo que se trataba de un trovador de tres al cuarto, ¡cuarto, digo, cuánto no me amaría al saber que se

trataba del conde Bermudo, el más noble y poderoso y rico de la hidalga Castilla—aunque me esté mal el decirlo—, del omnipotente conde Bermudo, cuya estirpe es casi regia!
 DON NUÑO. Perdón, conde, si os tomé por Primo. Yo os concedo de buen grado la mano de mi hija. Venga vuestra mano.
 BERMUDO. ¿Para atarla al codo?
 DON NUÑO. Sois jocoso cual cumple a vuestra juventud. Vamos a ver a Sol y la comunicaremos la grata nueva. (*A Menda.*) Dila que se vista al punto. (*A Nicasio y Casio.*) Id delante a modo de séquito que precede. (*Entran los criados.*) Y nosotros tomaremos algo entretanto. Tomaremos un *vermú*, Bermudo.

Federico Reaño.

Cipriano Campillo.

Amor sublime.

Una caricia, un beso, una congoja,
 un suspiro, una voz;
 una mirada que de amor sonroja,
 y que bendice Dios.

De una madre la triste despedida
 al hijo que se va;
 el dulce «adiós» de la mujer querida
 que a ver no volverá.

Los ojos del soldado su bravura
 reflejan con afán;
 su pecho se desgarran, en la altura,
 fijos un punto están.

En ella ve la Patria que, amorosa,
 le llama con pasión,
 y una imagen, divina, y deliciosa,
 unge su corazón.

Con calor y entusiasmo que enajenan,
 con santo y patrio ardor,
 deja los brazos con que le encadenan
 los dueños de su amor.

Y al estridente y rápido silbido
 que el viento rasga ya,
 se oye el «adiós», apenas percibido,
 que el eco llevará.

En ese «adiós» se encierra una leyenda,
 refléjase un centenar;
 es el alma del Cid que en la contienda
 de nuevo ha de brillar;
 es la dulce canción de los cantares,
 es esplendente sol,
 es el lema de arrestos militares
 del soldado español.

II

En la lucha feroz y encarnizada
 es inmenso el valor,
 y abundante la sangre derramada
 con indecible honor.

El campo cubren cuerpos agueridos,
 la muerte cunde ya;
 mas en su noble ardor no son vencidos,
 ¡nadie desmayará!

¡Madre! ¡Dios! una voz grita anhelosa,
 ¡Viva Español, después;
 de un cuerpo el caer se escucha y, armoniosa,
 en su agonía se oye vigorosa,
 la expresión otra vez.

III

Una mujer que llora acongojada,
 un suspiro, una voz;
 un lamento de triste enamorada,
 en su amor, por la Patria, abandonada,
 tras martirio feroz.

De un hogar que feliz fué, sólo queda
 un eco, una visión;
 nada hay ya que a la vida tornar pueda
 la dicha y la ilusión.

IV

En noche que luceros tachonando
 de brillo el cielo van;
 dos mujeres muy tristes hay mirando,
 uno con todo afán;

y un pensamiento simultáneo abriga
 su mente con ardor:

Hay un Dios que es preciso que bendiga
 al patrio defensor.

Al que su vida rinde ante esa Madre
 tan bella y tan gentil,
 y nada, cual la estrella, hay en que encuadre
 su arrogancia viril.

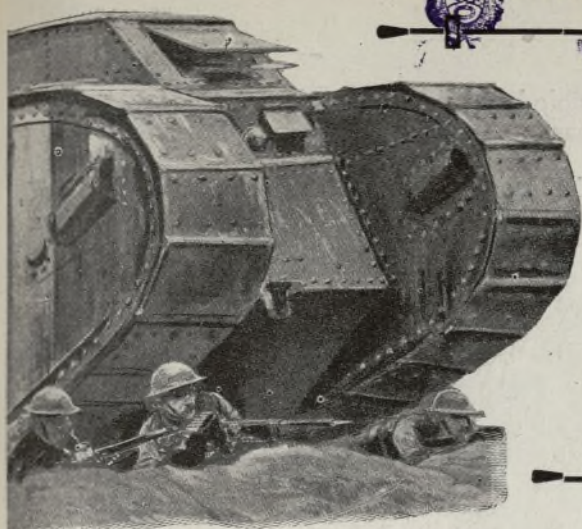
La Patria es el amor de los amores,
 el más divino amor;
 por eso de la estrella los fulgores
 son la Gloria y Honor.

Por eso, del soldado, sus amores
 el Cielo buscarán
 y en la estrella de dulces esplendores
 ellos lo encontrarán.

Que el morir por la Patria, al hombre eleva
 a la altura del Sol;

el que muere por ella, al morir lleva
 del honor la más noble y alta prueba
 en brillos de arrebol.

Eduardo de Santiago y Carrión



DIVULGACIONES MARCIALES

TANQUES Y CARROS

:: DE GUERRA ::

La guerra de trincheras, sosteniendo un contacto forzoso de los adversarios, ha modificado radicalmente los métodos de combate. Hasta tal punto, que si la guerra de maniobras no hubiera de resucitar, si el ejemplo de la última que ha conmovido al Mundo, perdura, y los ejércitos se hallan condenados fatalmente a renunciar a la lucha de movimiento, el arte de la guerra, víctima de cruel sacudida, caerá decrepito, avejentado y vergonzante, para dar con sus cenizas vida a un Fénix cauteloso, solapado y calculador: el nuevo arte, menospreciador de almas y engendro de cerebros calenturientos que convertirán en potencia de máquina perfecta lo que era impulso de corazón ardiente.

Es, de todas las armas combatientes, la Infantería la más atacada por ese arte «muy siglo XX».

El fusil de nuestros amores sufre rudos ataques de poderosos rivales que, disparados unos con hipócrita máscara de auxiliares generosos, y descubiertos y audaces otros, pretenden suplantarle. Bondadosamente se dice que complementan su acción, o descaradamente se afirma que la reemplazan por insuficiente. ¡Pobre fusil! Sus demolidores enemigos borrarán en él la historia gloriosa de la lucha de los hombres, substituyéndola por la exaltación de la

máquina moderna, del explosivo poderoso, del motor que arrolla... La guerra fué cerebro y corazón. Hoy es cerebro solamente.

La conquista de una trinchera, la destrucción y paso de una alambrada, todo lo que suponía el momento supremo del combate realizado en salto heroico que ofrecía la gloria, se consideraba empresa de infantes que a su fusil debían la llegada a ese sublime momento. Pero surgió el «carro de asalto»...

El 30 de julio de 1818, en la orden del día, el general Petain, al consagrar el triunfo del «tanque», saludaba a la nueva arma que debía su nacimiento y gloria a una defensa accesoria: la alambrada.

Cuando, pasado el ligero ensayo de guerra de movimiento, en 1914, Joffre impuso la trinchera



Los tanques en la guerra.—Un tanque alemán.

para contener el avance alemán, la alambrada ofreció el más terrible obstáculo. Declarado ineficaz el cañón para destruirla y considerado cruel, si no estéril, el sacrificio de la Infantería,

sible la revolución. Desde entonces, ya en franco camino hacia el éxito, se multiplicaron los ensayos. Varias Casas constructoras presentaron modelos aceptables, y, finalmente, Saint-Chamond, el Creusot y Renault vencieron, ofreciendo los modernos «tanques», cuya apoteosis gloriosa ocupó la atención de Francia desde julio a noviembre de 1918.

*

Es de notar, y la consecuencia es curiosa, que el «tanque», deudor de su existencia a la guerra de trincheras, se convierte, apenas nacido, en su más poderoso enemigo, puesto que disloca las líneas, destruye los puentes fortificados que se consideraban inviolables, y lanza a los adversarios a la guerra de movimiento. Y es que la finalidad del «tanque» se concreta en la ocu-

pación del terreno; y en lo que a ella respecta, la guerra de trincheras solo difiere de la de maniobras en su mayor densidad de personal y material. El paso de una a otra es, por tanto, fácil por obra del «tanque».

Transformada la lucha por la anulación de las fortificaciones, en maniobra, cabe preguntarse si el «tanque» debe retirarse cediendo el paso a su ejército. ¿Terminó la misión del «carro de asalto»? No. A su amparo, combate la Infantería; protegida por él realiza sus avances y hasta más eficazmente, encerrada en él, puede llegar sin



Carros de guerra franceses saliendo para tomar parte en un combate.

faltaba algo, se presentía la necesidad de un arma nueva.

La idea del «carro de asalto» germinó. M. Breton ideó un aparato para cortar alambradas que sería el avante de un automóvil blindado. M. Boirault presentaba en febrero de 1915 un invento ingenioso: tratábase de un exágono, formado por carriles articulados que no solo aplastaba las alambradas, sino que permitía salvar trincheras de dos metros. La dificultad de su transporte, montaje y protección le hacía inadmisibles.

Los ingenieros Turmel, Frot y Lafly proponen, en abril del mismo año, un rodillo compresor para el mismo objeto. Las experiencias revelaron su difícil aplicación y el invento, como su homónimo el «rodillo ruso», fracasó.

Se pensó entonces en los tractores agrícolas y hasta se idearon torpedos eléctricos que, desarrollando en su marcha un hilo conductor, llevaban a las alambradas y trincheras cientos de kilos de explosivos... El problema se resistía.

Monsieur Breton, después de estudiar inútilmente todos los modelos de tractores americanos, entrevió la solución en una de sus visitas a los Establecimientos Schneider. Ensayábase un nuevo «tractor-oruga» sistema Holt, modificado, para Artillería. El tenaz investigador hizo aplicarlo a su carro de asalto y las experiencias realizadas en diciembre de 1915 fueron tan satisfactorias que se llegó a considerar po-



A pesar de su grande estabilidad, el «tanque» puede volcarse y entonces queda como máquina inservible a disposición del enemigo.

pérdidas a la zona del asalto. Es la aurora de una nueva arma.

Tan poderoso elemento de combate sigue la ley fatal que obliga a su destrucción. Cuanto



más temible el arma empleada, tanto más necesario es su aniquilamiento. Y en inevitable avance de científicas conquistas, vese el hombre obligado, apenas vencido el obstáculo y resuelto el problema con ingeniosa creación, a idear el modo de destruir su invento. Hay que oponer a la del «tanque» otra fuerza poderosa, capaz de luchar con él y vencerle.

Por esta vez, el adversario es otro como de asalto, y he aquí el «tanque» enemigo de sí mismo. Elemento de eficaz ofensiva, obliga a los ejércitos a prevenirse contra su brutal agresión, empleando «tanques» más poderosos, más rápidos y con mayor blindaje. La artillería instalada en ellos, si ha de oponerse a la de asalto de los «tanques» enemigos, debe estar organizada para el tiro en marcha, con afustes que ofrezcan gran campo de tiro horizontal y sin olvidar que ha de

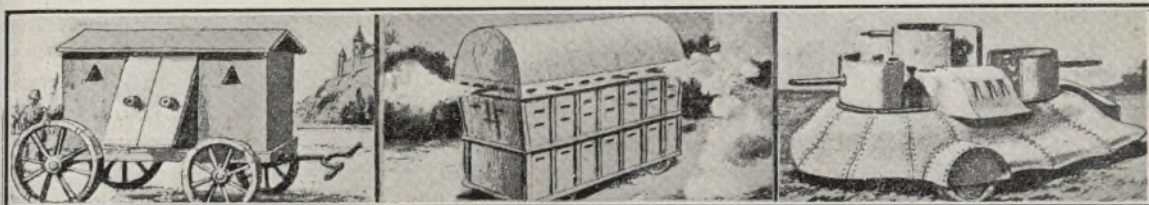
fusil, queda anulado. Y el fusil era el alma de la Infantería.

¿No sirve ya el fusil? ¿Quién lo derriba? El citado Reglamento francés contesta categóricamente: el arma automática. Ametralladora o fusil ametrallador, destronan al que fué leal amigo y compañero inseparable del infante, dejándole el modesto cometido de la defensa personal en los casos extremos.

¿Es posible esto? ¿Tan decisivo fué el triunfo del automatismo? ¿Venció la máquina en buena lid o flaqueó el corazón?

Atribúyese el imperio del alma automática a la defectuosa precisión del fuego de fusilería, realizado por tropa cuyo ánimo, deprimido inevitablemente por la lucha, no brinda la garantía y seguridad de un afuste inanimado.

Así había sido, aunque la afirmación parezca



Los «tanques» actuales tuvieron su origen en estas extrañas máquinas, que desde los primeros tiempos sedujeron a los hombres de guerra.

perforar planchas de blindaje de cinco centímetros de espesor, protección que, aproximadamente, tendrá el «tanque» asaltante. Acaso el cañón de 75 de campaña, con grandes velocidades iniciales, resuelva el problema.

*

¿Es el «tanque», en su estado actual o notablemente reducido y simplificado, la «coraza móvil» que el nuevo Reglamento francés presiente para los combates futuros de la Infantería como elemento indispensable y substitutivo de los viejos métodos? ¿Serán los grupos de infantes, encerrados en esa coraza y avanzando en grandes masas hasta el momento del «desembarco», las nuevas guerrillas que hasta hoy decidían la lucha? Si así es y los «tanques» no vacían sus entrañas hasta el instante preciso del cuerpo a cuerpo en choque previo de corazas, ¿qué misión se reserva al fusil?

Si la lucha es de masas de acero, de motores palpitantes de cañones que procuran destrozarse antes del encuentro, para nada sirve la Infantería encerrada en esas corazas. Si éstas no son elemento de combate, sino simple vehículo protector, deberán proseguir su avance hasta el choque; y el fusil entonces será «el mango de la bayoneta», según frase conocida...

En cualquier caso el fusil, nuestro querido

sospechosa por su radicalismo. Pero cuando ambos adversarios empleen análogos elementos de combate; cuando la guerra sea la lucha de máquinas, y ninguna de ellas encuentre la masa de hombres en donde sembrar la destrucción, ¿será la guerra de talleres? Entonces, la guerra ¿no será lucha de hombres? Porque destrozadas las máquinas en su choque brutal, los hombres en ellas encerrados, si sobreviven al choque ¿podrán luchar entre sí? ¿No será mayor la depresión de su ánimo al verse desamparados, perdida la máquina que era su fuerza? ¿Será entonces mayor que hoy la precisión de su tiro?

No; el fusil no morirá. La Infantería tendrá siempre en él su más poderoso aliado, su fiel compañero, la esencia de su vida. Ametralladoras, pesadas y ligeras, granadas de mano, lanzallamas, «tanques», todo, en fin, cuanto la fiebre devastadora que consume a los pueblos invente para su mútua destrucción, serán elementos que a la Infantería se ofrezcan para ampliar sus medios de combate, para perfeccionar su desarrollo y aumentar su poderosa influencia en la victoria.

C. Shaw & Vano



Cartas de un soldado

No aproveché el pasado mes mi habitual correo y eso te ha hecho creer, mi buen amigo Pedro, que había elegido nueva plaza en el tercio de extranjeros. Lejos de mi tal idea. Soy hombre un poco especial para estas cosas, y aunque me halagan en verdad los fundamentos de la constitución del Cuerpo, no me gusta nada su vestimenta. ¿Qué necesidad teníamos de copiar nada del Extranjero cuando tantas cosas típicas tenemos en nuestros uniformes? ¿No hubiera podido este nuevo tercio copiar algo de aquellos tercios flamantes, que con el brío de sus tizonas llevaron tan lejos el nombre de España?

Sabrás que nuestros compañeros del Ejército de Africa han entrado en Xexauen, la santa ciudad del islamismo. He de manifestarte mi disgusto al ver que a la gente no le importa un comino los resultados de nuestra actuación africana. Será quizá que andan todos preocupados con la disolución del Parlamento, pensando a quien han de dar su voto—que en esta ocasión vale verdaderamente pesetas—, o que conturba el alma nacional el que todavía no se haya presentado un digno sucesor de Joselito.

Dicen que los guardias de Seguridad y los de la benemérita van a ser aumentados sus sueldos. Si esta cuestión tratan los graves señores del Estado, yo les aconsejaría que, amoldándose a lo práctico de la vida, tuvieran en cuenta una cosa: Es el consignar también ciertos aumentos que correspondiesen a los de familia. Porque hoy ya no se verifica aquello de donde comen cuatro, comen cinco. Cada cubierto más, aunque sea de estaño, cuesta mucho dinero. Y es conveniente, para mantener la interior satisfacción, que no sea completamente una carga esa bendición de Dios, que se traduce en un envío extraordinario del ordinario de París.

Estamos de moda, no cabe duda. El tesón con que sostuvimos la neutralidad, ahora nos vale cierta admiración por parte de los mismos que antes nos censuraban. Han aprendido que no somos tan impersonados como nos creían, y además, que somos ricos en el concepto internacional. Así, han venido a reunirse en San Sebastián los de la Liga de las Naciones y ha sido elegido Madrid como lugar el más a propósito para la celebración del VII Congreso Postal. Es que, verdaderamente, en eso de manejar las cartas no hay en la actualidad quien nos gane en práctica a los gatunos habitantes de la villa y corte.

Ha salido para Chile una misión, a cuyo frente marcha el gran Francos Rodríguez. Lo hará muy bien, no me cabe duda. Además, él siente de una manera formidable estas cuestiones de la Raza. Aunque te creas lo contrario, es capaz de hacerte llorar si te habla un poco fuerte del amor de la madre y los hijos a través del Océano, de brazos abiertos y de regazos temblantes de emoción. A nuestro Rey lo representa el Infante D. Fernando. Marcha en el acorazado España, que ha embarcado para atender a los gastos de la representación, aproximadamente lo que nos ahorrarán los diputados y senadores en estos dos o tres meses de paro forzoso a que han sido castigados. No está, en verdad, mal aplicado el dinero.

Y nada más por hoy. Me marcho de maniobras, pues hemos de acabar el año demostrando nuestra buena instrucción en marchas, ataques y defensas. Hasta la próxima. Tuyo,

JUAN SOLDADO

De la vida de los animales

Como se caza un elefante



Es, sin duda alguna, el elefante uno de los animales más curiosos y de los que su vida despierta más interés. El corpulento animal, tan poderoso, tan noble y a veces tan astuto, es el primero que atrae la atención de los visitantes de los parques zoológicos.

La vida del elefante es extremadamente curiosa. He aquí cómo la describe Roosevelt, el ex presidente de los Estados Unidos, que, como es sabido, estuvo largo tiempo en Africa organizando cacerías de distintas clases de fieras.

«Los elefantes—dice—se encuentran a sus anchas en toda clase de terrenos. Trepan admirablemente bien, subiendo y bajando por sitios donde parece mentira que pueda manejarse semejante animalote. También frecuentan los pantanos y las ciénagas, y nadan en los más anchos ríos; pero, a veces, se quedan atascados. El patrón de un barco indígena me contó que una vez, a poca distancia de la orilla del Nilo, encontró tres elefantes hundidos en el fango, sin poder salir, aunque todavía vivos.

Cuando se les alarma o viajan, los elefantes recorren distancias enormes; no hay ningún otro animal que ande tanto como ellos.

En la región del Nilo, los rebaños de elefantes, como los de rinocerontes, van frecuentemente acompañados de bandadas de garzas blancas. A veces, se podía decir dónde estaban los grandes cuadrúpedos sin más que observar los grupos de garzas volando en círculo sobre los cañaverales, o posadas en los árboles. Donde el terreno está quemado o la hierba es corta, las aves marchan al lado de sus gigantes amigos, cogiendo los saltamontes que se levantan a las pisadas de las enormes patas. Tan pronto como los elefantes entran en cañaverales o entre hierbas altas, las garzas levantan el vuelo y se posan en sus lomos y cabezas. Con sus trompas, los elefantes podrían libertarse de sus huéspedes; pero todos ellos,

desde el más viejo al más chiquitín, parecen haber aceptado la situación como cosa natural.

La cara del elefante ofrece detalles de sumo interés. Como los elefantes van siempre en manadas, las cacerías tienen que ser organizadas con gran número de elementos y abarcando grandes extensiones de terreno.

Para organizar la cacería, constrúyese primero un gran corral en forma de embudo, cuyas paredes, hechas con troncos de árboles y bejuco, están inclinadas hacia adentro a fin de ofrecer mayor resistencia. El corral suele tener 120 metros cuadrados de superficie y está emplazado de modo que la parte estrecha del embudo, que es la que queda abierta, coincida con alguna senda frecuentada por los elefantes. Paralelas con la empalizada que hemos dicho, corren otras cuatro cercas más débiles, dos dentro y dos fuera de la grande y sujetas firmemente a los árboles, con objeto de que puedan aguantar mejor cualquier acometida de los elefantes cuando se encuentran encerrados.

Las vallas suplementarias están erizadas de pinchos, formados con cañas aguzadas en punta.

Por el exterior hay plataformas y chozas puestas en alto, fuera del alcance de los elefantes, destinadas a los vigilantes que han de dar guardia y que están armados de lanzas y de largos bambús rematados en punta; los elefantes, aun recién cogidos, tiene un santo respeto a cualquier arma puntiaguda que pueda herirles, y basta un palo con la punta aguzada para detenerlos cuando acometen.

La entrada del corral suele tener por un costado la ladera inaccesible de algún monte y por el otro se levanta una larga valla, hábilmente disimulada por la maleza, con objeto de que los elefantes se encajonan por aquel camino.

Cuando todo se halla dispuesto, los ojeadores salen en busca de la manada, a fin de descubrir dónde se halla, y, conseguido esto, empiezan su

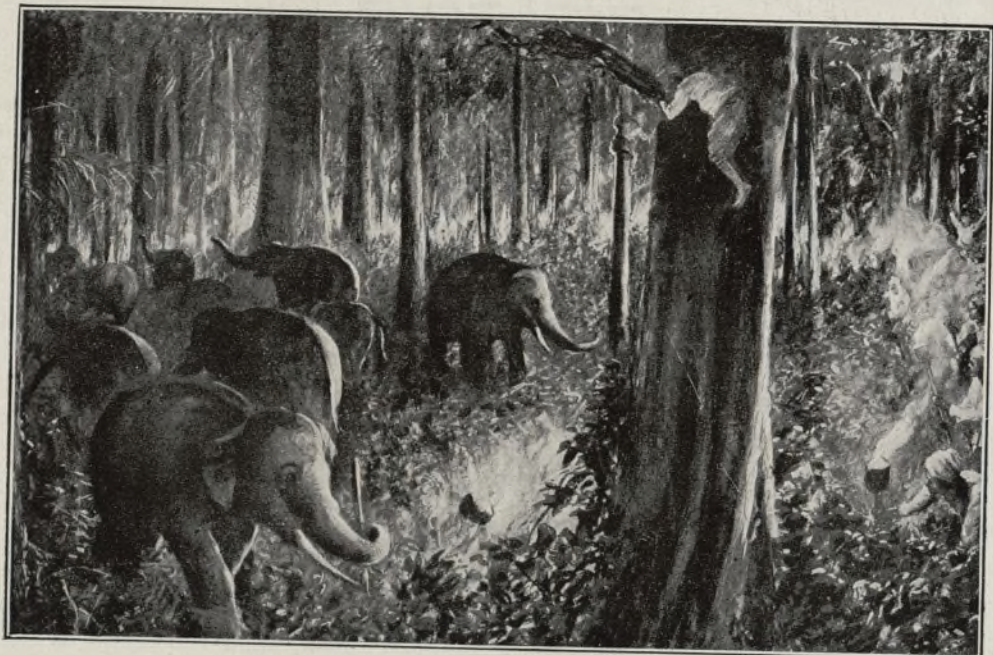
trabajo los batidores, que suelen ser 200 ó 300, y abarcar grandes extensiones de terreno. Si éstos desempeñan su misión con demasiado celo y gritan y alborotan exageradamente, ocurre a lo mejor que los elefantes se aterran hasta el punto de dispersarse en direcciones diversas y no ser ya posible darles caza en muchos días; pero si los batidores proceden debidamente, consiguen encaminar poco a poco la manada hacia el corral.

No se crea, sin embargo, que esta operación es fácil ni rápida. Suele durar dos o tres días, porque hay que construir el corral a larga distancia del sitio donde se encuentran a la sazón, a fin de no alarmarlos.

Al estar ya encajonados entre el monte y el

Los batidores huyen; pero los vigilantes apostados en una plataforma, sobre la cruz de algún árbol, cierran la entrada del corral por medio de puertas que manejan desde arriba con cuerdas y que otros vigilantes refuerzan a toda prisa con troncos, bejucos y tierra.

Los cautivos se enfurecen al verse encerrados; dan vueltas alrededor de la empalizada, y, por último, acaban por embestir contra ella. Los pinchazos que reciben, tanto de las espinas como de las lanzas de los vigilantes, tardan poco en convencerles de la inutilidad de sus esfuerzos. Por la noche, sin embargo, renuevan sus tentativas para derribar las vallas y escaparse, y si no fuera por la vigilancia de los indios, por las



Para obligar a los elefantes a meterse en el cercado que ha de conducirles a su prisión, se les acorrala con lanzas y hogueras.

vallado largo, algunos de los viejos suelen escaparse, y después de tratar de trepar por la ladera, vuelven camino atrás; entonces los ojeadores dispuestos a lo largo del camino, los asustan con hogueras y lanzas y los hacen volver otra vez al sendero.

Llegan, por último, a la angosta entrada del corral, y en aquel momento ojeadores y batidores arman gran jaleo a fin de precipitarlos dentro. El que hace de jefe de la manada vacila, sin embargo, al asomar la cabeza al corral, levanta la trampa en varias direcciones, como sospechando peligro. Pero los batidores le acosan, acaba por entrar, y entonces los demás le siguen sin vacilación. Rara vez, sin embargo, entran todos. Casi siempre hay algún macho más escamón que se entera perfectamente de lo que quieren hacer con él, y dando un gran trompazo, se lanza sobre los batidores, seguido de los que todavía no han entrado en el corral.

lanzas y por las antorchas, cuya luz les ofusca, no cabe duda de que lo conseguirían.

Durante tres días no se da a los elefantes más comida que la que encuentran dentro del corral, en el que se cuidó de no cortar ni un arbusto ni un árbol, a fin de no alarmar a la manada y evitar que entrara. El agua no falta, pues casi siempre el corral se construye en algún sitio por donde pasa un arroyo, porque sabido es que estos animales necesitan beber y bañarse más que comer.

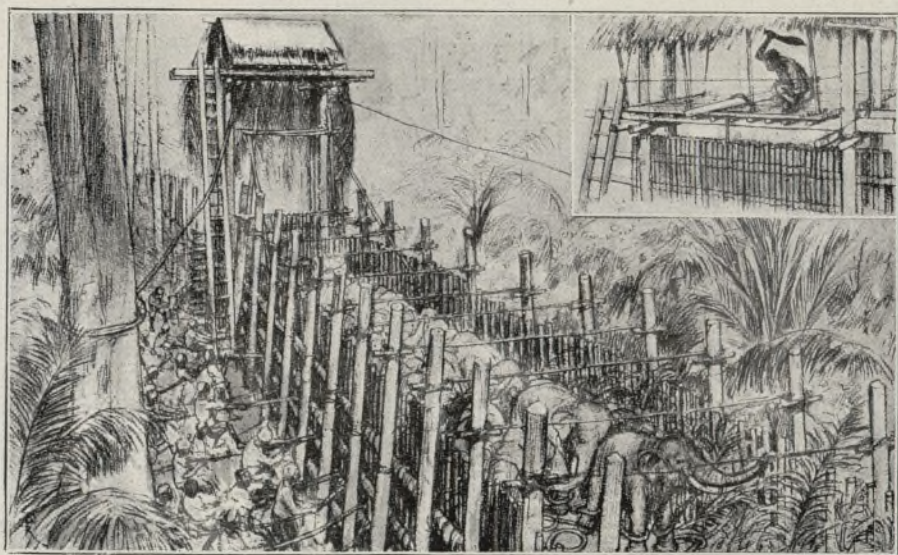
Al cabo de los tres días de ayuno, se ata a un grueso árbol una cuerda, a cuyo extremo hay un lazo corredizo que se tira al centro del corral. Dentro de la lazada se colocan unos cuantos plátanos. En seguida acude algún elefante a comerlos; pero en cuanto pone el pie dentro de la lazada, los indios tiran y le cogen la pata. El animal lucha; pero cuanto más forcejea, más oprime el lazo. Su furia es tremenda, y lucha,

lanzando aullidos de rabia, revolcándose por el suelo y tratando de romper la cuerda con la trompa, hasta que se queda exhausto y sin fuerza más que para lanzar gemidos.

Mientras esto sucede, se procura mantener en otro extremo del corral al resto de la manada. Luego se introducen unos cuantos animales domesticados, y con la protección de ellos, los indios logran atar las otras tres patas del cautivo a otros tantos árboles robustos: las delanteras se las atan de modo que avancen un poco más que de costumbre y espatarradas, a fin de que no puedan acometer. En tal disposición se le deja durante toda la noche, y a la mañana siguiente vuelven a entrar los elefantes mansos y se le ata otra cuerda fortísima, de bejuco teji-

Se principia por lavarlo y sobarlo casi continuamente durante el día y durante la noche, lo cual le ofende mucho al principio, tanto, que a veces es necesario atarle la trompa y la cola, porque con ambas pega latigazos. A los pocos días se va acostumbrando a la cautividad y agradeciendo el cuidado de los indios. Al mismo tiempo se procura darle comida muy abundante, que consiste en hojas y tallos de plátanos y retoños de caña. Se le llenan de heridas las patas a causa de las ataduras; el animal se las cura echándose en ellas con la trompa gran cantidad de barro; los indios le curan también con sus medicinas, y esto lo agradece mucho el elefante.

A los diez días de estar en los establos, se puede llevar al elefante a que se bañe al río, atán-



Los elefantes perseguidos tienen que meterse en una verdadera jaula formada con gruesos troncos, de donde saldrán individualmente para ser domados y adiestrados.

do, alrededor del cuello y otra alrededor del cuerpo, detrás de las patas delanteras, y, por último, otra en el nacimiento de la trompa, que se sujeta a la que le sirve de collar. La operación dura algunas horas, porque el animal se resiste violentamente, y a cada momento sus atormentadores tienen que refugiarse en los lomos o entre las patas de los elefantes mansos.

Al verse impotente el elefante, se echa al suelo y se niega a moverse; pero como no puede quedarse así toda la vida, llega un momento en que se decide a levantarse otra vez, y entonces se le ata a un elefante manso, el cual le va conduciendo hasta los establos al aire libre que se han levantado cerca de algún río y en los cuales ha de completarse la educación del cautivo; éste se resiste en el camino; pero cuando quiere resistir, los indios cogen la cuerda que lleva arrastrando y que tiene sujeta a los pies, y le atan a un árbol hasta que el animal vuelve a calmarse. La educación dura de uno a dos meses, según el carácter del elefante.

dole a otro elefante manso. Entonces se le monta por primera vez y se le enseña a comprender las palabras de mando, haciéndole entender el significado de ellas, tocándole en la cabeza con el gancho-pincho de hierro que usan los domadores.

Cuando ya está lo bastante domesticado para que se pueda prescindir del elefante manso, se le guía, montándole un indio y caminando otro de espaldas delante de él con una lanza y el pincho-gancho en la mano.

En la actualidad, en el Congo se trata de establecer, bajo la protección del Rey Alberto de Bélgica, un gran establecimiento de cría y educación de elefante, para evitar que se pierda la especie, cosa que era de temer con las cacerías crueles con que hasta ahora se les ha perseguido.

El elefante en el Congo es utilizado como animal de guerra, y de él se esperan buenos rendimientos para el laboreo de las tierras y arrastre de grandes pesos.

PÁGINAS DE ARTE

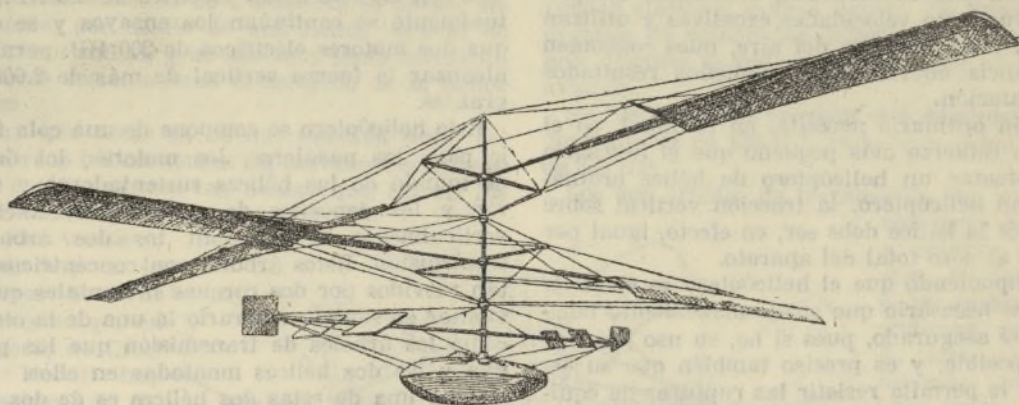


DE VUELTA DEL EJERCICIO

— Apunte, por S. Pumarola. —

DEL CAPÍTULO DE INVENTOS

LOS VUELOS DEL HELICÓPTERO



El helicóptero pretende revolucionar la aviación, permitiendo el vuelo en el sentido vertical. Vista del modelo sistema Crocker-Hewitt, con el que se han verificado notables experiencias.

Elevarse en el aire y mantenerse en él por medio de una sola fuerza sustentadora, desarrollada por una o varias hélices horizontales, es un antiguo sueño que sedujo a los inventores mucho antes de que se pensase en volar por medio de planos inclinados con la ayuda de una gran velocidad, como sucede con los actuales aeroplanos.

La solución del helicóptero, puesto que se llama así el aparato que puede mantenerse quieto en el aire por medio de hélices en movimiento, se presenta naciendo de principios más sencillos que los de los aviones corrientes. Ahora mismo, a pesar de los progresos extraordinarios que ha realizado la aviación en el transcurso de los últimos años, debemos reconocer que el helicóptero puede presentar en su aplicación tales ventajas prácticas sobre los actuales aparatos que, si se perfecciona convenientemente, ha de derrotarlos fácilmente. Es, por lo tanto, asunto de importancia y de interés sumo el examinar los modelos de helicópteros presentados por los inventores.

El mayor inconveniente de los aeroplanos está vencido en los helicópteros.

Los mayores obstáculos para que se vulgarice la aviación no consisten en la fragilidad de los aviones ni en la débil capacidad económica actual que se deriva en gastos de flete excesivos, puesto que esos son pequeños defectos que no existirán en el porvenir. El verdadero obstáculo, que aumenta a medida que los peligros de la guerra se alejan de nuestra imaginación, es el peligro inherente a los planos inclinados; es decir, la dificultad de elevarse y aterrizar; bien entendido que estas dificultades son fácilmente venci-

das por la habilidad de los pilotos, y el éxito, por lo tanto, está subordinado a su sangre fría y a sus cualidades profesionales. Todo el obstáculo reside en que los aviones necesitan para mantenerse en el aire y para gobernarse en él y equilibrar convenientemente su vuelo volar a velocidades peligrosas, a la vez para el organismo humano y para la resistencia del material utilizado. Como esta velocidad debe mantenerse en sus límites mínimos para poder efectuar las maniobras de despegue y aterrizaje, y es en el contacto con el suelo cuando suceden la mayor parte de los accidentes, bien sea por una falsa maniobra ejecutada por el piloto, o bien porque el avión se haya visto forzado a tomar tierra sin que el piloto haya podido escoger un terreno conveniente por causa de una *panne* súbita, niebla u obscuridad.

El helicóptero, por el contrario, debe gozar en principio de la facilidad de elevarse verticalmente del suelo, levantado, o mejor, absorbido por la potencia ascensional de sus hélices; permanecer inmóvil en el aire y aterrizar con velocidades de descenso tan reducidas como sea necesario. No serán precisos, por lo tanto, para volar esos terrenos llanos, grandes, aislados. El helicóptero suprimirá la última dependencia del aviador en lo que se refiere al suelo; dependencia que opera, bien pesadamente, sobre la aviación actual.

Las hélices actuales no sirven para el vuelo vertical.

Para realizar este sueño se han hecho inmensas tentativas desde hace varios años. Hasta ahora no ha dado ninguna los suficientes resultados para que sus promotores se hayan sentido con va-

lor de continuar sus indagaciones. Numerosas dificultades técnicas se obstinan, en efecto, en contrarrestar los planes tan ingeniosos de los inventores; la principal es que las hélices, por lo menos las que existen actualmente, no parecen adaptadas a la sustentación vertical; dan bastante mal rendimiento, son de débiles dimensiones o necesitan una construcción demasiado compleja, dan vueltas a velocidades excesivas y utilizan muy mal las reacciones del aire, pues consumen una potencia enorme para pequeños resultados de sustentación.

El avión ordinario necesita, en realidad, en el motor un esfuerzo más pequeño que el necesario para sustentar un helicóptero de hélice ordinaria. En un helicóptero, la tracción vertical sobre el árbol de la hélice debe ser, en efecto, igual por lo menos al peso total del aparato.

Pero suponiendo que el helicóptero se eleve en el aire, es necesario que su desplazamiento horizontal esté asegurado, pues si no, su uso práctico sería imposible, y es preciso también que su estabilidad le permita resistir las rupturas de equilibrio, etc.

A fines de la guerra, y a pesar de la victoriosa actuación de los aeroplanos, y a pesar también de los fracasos de los helicópteros y de la atmósfera de burla que rodea a sus adeptos, hay dos o tres proyectos en vías de realización, dos de los cuales estarán, en plazo breve, en estado de hacer los ensayos que permitan juzgarlos definitivamente.

Uno de los proyectos es el de Letourneur. Este inventor quería reemplazar los globos cautivos de observaciones, molestos, peligrosos y poco manejables, por pequeños helicópteros cautivos, compuestos de una hélice de palas grandes movidas por un motor eléctrico y provistos de una barquilla para el observador. La corriente necesaria para la hélice debía ser suministrada por el cable de retención.

Los otros proyectos pertenecen a ingenieros o sabios, que se han apoyado para sus teorías y sus pesquisas en los datos más modernos de la ciencia aerodinámica.

Vamos a tratar de darlos a conocer a nuestros lectores:

Un helicóptero moderno

Proyecto Crocker-Hewitt.—Este aparato está en construcción desde los comienzos de 1917, bajo la dirección de dos ingenieros muy conocidos en América por sus estudios aerodinámicos. Sus principales indagaciones han sido sobre la mejora del rendimiento de las hélices sustentadoras, abandonando las palas estrechas de las hélices corrientes y adoptando para esas palas la forma de las alas de un avión ordinario.

Habitualmente, las hélices tractoras de los aviones dan una fuerza de cuatro a cinco kilogramos por caballo; estos inventores no han querido intentar la construcción de un helicóptero sin estar

seguros de obtener un minimum de 10 kilogramos de fuerza sustentadora por caballo.

Al cabo de dos años de trabajos y esfuerzos casi alcanzaron el éxito, pues últimamente las alas sustentadoras, construidas en tamaño natural, han permitido alcanzar en los primeros ensayos una fuerza sustentadora vertical de 1.100 kilogramos con un solo motor eléctrico de 126 HP., y actualmente se continúan los ensayos y se espera que dos motores eléctricos de 200 HP. permitirán alcanzar la fuerza vertical de más de 2.000 kilogramos.

Este helicóptero se compone de una cola fuselaje para los pasajeros, los motores, los órganos de mando de las hélices sustentadoras y tractoras y los depósitos de combustible. Encima y verticalmente se levantan los dos árboles de transmisión. Estos árboles son concéntricos y están movidos por dos coronas horizontales que dan vueltas en sentido contrario la una de la otra, así como los árboles de transmisión que las prolongan y las dos hélices montadas en ellos.

Cada una de estas dos hélices es de dos palas. Largueros, nervios y cubiertas son metálicos, para evitar las deformaciones debidas a los cambios de temperatura.

La rigidez de todo el sistema está asegurada por numerosos cables metálicos que van fijos en los árboles de transmisión y dan vueltas con ellos.

El diámetro de las hélices es de 16 metros y están separadas por una distancia de 2,20 metros para que cada hélice pueda dar vueltas en un aire que no esté sensiblemente turbado por la otra hélice. Dado el gran diámetro de las hélices y su superficie, la velocidad de rotación es muy débil, y no pasará seguramente de 70 revoluciones por minuto. (Las hélices de aviones tienen 1.200 revoluciones por minuto.)

Haremos notar que las partes extremas de estas palas se mueven durante su rotación a una velocidad de 211 kilómetros por hora, a 70 vueltas, mientras que las partes centrales sólo trabajan a 46 kilómetros por hora, lo que hace una velocidad media de 128 kilómetros por hora.

El helicóptero tiene sus inconvenientes.

Examinemos ahora los inconvenientes del helicóptero:

En primer lugar, hay que pensar lo que será del helicóptero si le ocurre alguna *panne* al motor. El único recurso de los pasajeros será, para evitar aplastarse contra el suelo, lanzarse con un paracaídas desde ese bólide que caerá del cielo.

Además, va contra todas las tendencias modernas de la ciencia aeronáutica, puesto que el principal interés está en disminuir las dimensiones de los aparatos y sus complicaciones exteriores para que sea mayor la robustez de cada elemento y favorezca la penetración del aire, ya que el principal objeto del avión, así como del helicóptero, es proporcionar al hombre un medio rápido

de transporte, y el aparato Crocker no puede alcanzar más velocidad de 100 kilómetros por hora.

Tiene en contra también el que el helicóptero está formado por elementos ligeros y de grandes dimensiones que opondrían gran resistencia al avance, y aunque los constructores no han dado a conocer aún, de manera cierta, cómo piensan asegurar la velocidad de traslación, lo harán, seguramente, por medio de una hélice vertical de tracción horizontal, y no sabemos cómo resistirán las hélices sustentadoras el esfuerzo de la hélice tractora.

Y hay que tener en cuenta también cómo soportarán las hélices lentas las borrascas o tempestades, o simplemente las caídas que sufren los aviones cuando atraen esos vacíos de aire que hay en la atmósfera. Y otras muchas cosas que en el proyecto de Crocker y Hewitt hay que resolver aún para considerar práctico del todo el invento.

El Alérion va a revolucionar la ciencia de los aviadores.

Vamos ahora a examinar el proyecto de dos sabios franceses, Damblanc y Lacoïn. Su estudio ha sido efectuado durante muchos meses y ha pasado con éxito las pruebas de ensayo muy severas en Artes y Oficios, lo que ha motivado que el Servicio de Inventos francés haya comprado la patente del aparato, con ánimo de utilizarlo en la práctica.

Este helicóptero ha sido bautizado por sus inventores con el nombre de Alérion, y quiere ser hermano del que inventó Ader, el precursor de la aviación.

El Alérion, como todo helicóptero, utiliza la fuerza sustentadora producida por dos hélices horizontales; pero estas hélices son verdaderas superficies sustentadoras. Tienen movimiento de rotación, con objeto de obtener del aire las reacciones verticales necesarias, y puesto que como tales superficies trabajan en la suspensión del Alérion como las alas de los aeroplanos, sería posible utilizarlas para sostener el aparato en vuelo planeado cuando los motores tengan alguna avería.

El inventor, en este caso, ha querido conservar el mismo motor que sirve para el vuelo vertical y

para el horizontal, según la inclinación que dé a las superficies giratorias.

El Alérion está formado por un fuselaje destinado a llevar los pasajeros, los motores y los depósitos de combustible; este fuselaje es exactamente igual al que estamos acostumbrados a ver, y como él, está provisto de un tren de aterrizaje de ruedas elásticas y lleva detrás los timones y los órganos de estabilidad longitudinal, que funcionan durante el vuelo lo mismo que en todos los aviones.

Su fuerza motriz prevista está suministrada por dos motores de 130 HP. cada uno, o sea un total de 260 HP.

Los dos árboles de transmisión van unidos por una serie de árboles y piñones secundarios, de forma que si un motor se desembraga por causa de una *panne*, el segundo motor deberá mover las dos superficies, o bien: si los dos motores están parados, las dos superficies giran solidariamente la una con la otra, y esta rotación es causada por la velocidad de la caída.

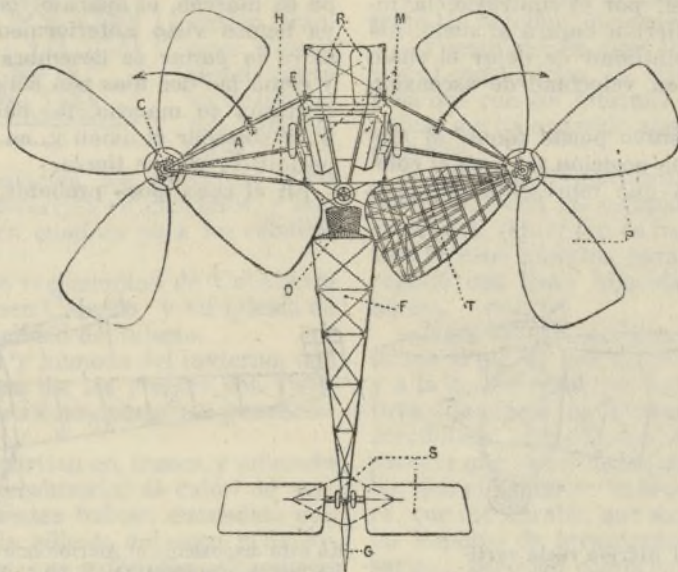
Las superficies turnantes están formadas por cuatro hojas simétricas, agrupadas alrededor de un eje vertical, como las cuatro hojas de un trébol. La superficie de cada pala es de cinco metros cúbicos, y el conjunto de aire de

rotación, de 40 metros cúbicos. Las dos superficies giran, naturalmente, en sentido contrario, con objeto de evitar la rotación del aparato.

El funcionamiento del Alérion se apoya en un principio completamente nuevo.

El funcionamiento del Alérion es muy curioso, y se apoya en un principio completamente nuevo. El piloto, gracias a un dispositivo acerca del cual no podemos dar ninguna indicación precisa, puede modificar no solamente el valor general de la incidencia de las palas, sino que puede—y esta es la innovación más curiosa—en un punto cualquiera de la circunferencia, barrida por las superficies giratorias, modificar a su placer la incidencia de cada pala en el preciso momento en que pasa por el lugar fijado durante su revolución.

Consideremos cuáles son los resultados del juego de esta incidencia variable o localizada.

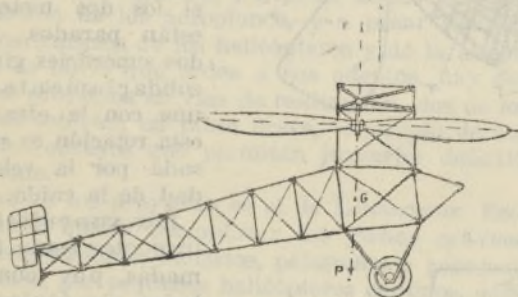


Vista del Alérion Damblanc-Lacoïn en el que se distinguen: A, árbol horizontal de transmisión.—C, soporte de las alas.—E, unión de los motores y de las alas.—F, fuselaje.—H, tirantes de sustentación.—M, motores.—O, asiento del piloto.—P, palas de las superficies giratorias.—G, dispositivos de mando.—R, depósitos.—S, estabilizadores.—T, armadura de la pala.

Si el piloto aumenta en la extremidad derecha de su avión y solamente en este punto la incidencia de cada pala, según van pasando, se producirá en este lugar una fuerza suplementaria dirigida hacia lo alto que tenderá a levantar esta extremidad del aparato.

Además, pudiendo modificar el piloto el conjunto de incidencias de todas las palas, obtiene cantidades de fuerza ascensionales correspondientes a los diversos grados de la incidencia. Puede, por ejemplo, utilizando 8° de incidencia, obtener una fuerza ascensional que equilibre exactamente el peso total del Alérion, que en estas condiciones se mantendrá en una altitud constante e inmóvil en el aire. Si el piloto pasa a 10° , el Alérion desarrollará una fuerza ascensional superior y se elevará verticalmente, y si, por el contrario, la incidencia pasa a 3° , el Alérion bajará al suelo. Así el piloto tendrá la posibilidad de dejar el suelo lentamente y acelerar su velocidad de ascensión como quiera.

Gracias a este dispositivo puede tomar el Alérion en la atmósfera una posición tal, que el componente de las fuerzas que representan el peso



En esta disposición el Alérion vuela verticalmente porque la fuerza sustentativa, F, es superior al peso, P.

del aparato y las que representan la cara sustentadora desarrollada por las hélices se descomponen en una fuerza vertical y una fuerza horizontal que lleva al avión hacia adelante igual que una hélice tractora.

Este método de traslación de los helicópteros no es nuevo; en efecto, en 1860, el vizconde G. de Ponton d'Amécourt, muy conocido por sus trabajos y sus pesquisas sobre aparatos de tracción vertical, «esperaba poder inclinar el eje general del aparato para obtener una propulsión cuya dirección sería la resultante de las dos fuerzas, a saber: la tracción oblicua de las hélices de ascensión y el peso. Si el aviador poseyese—añadía—la facultad de regular la doble intensidad de la fuerza de ascensión con la inclinación general, tendría evidentemente dos medios por uno de modificar constantemente la resultante, es decir, la línea de propulsión».

El Alérion puede ser el aeroplano del porvenir.

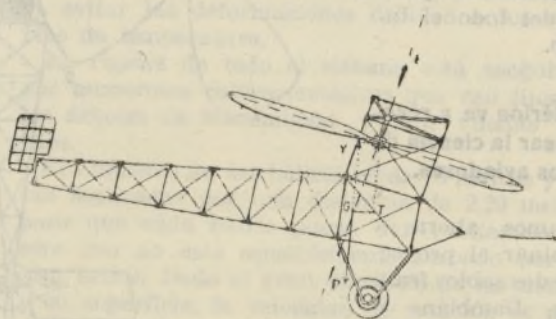
Queda, sin embargo, la objeción que presenta indudablemente a toda persona práctica que quie-

ra considerar el helicóptero no como un instrumento de experiencias, sino como un aparato volador destinado a los transportes. Y esta objeción es saber qué será del aparato y de los pasajeros en el caso de que faltara la fuerza motriz, bien por causa de un accidente material, bien por falta de combustible.

En el Alérion ha sido cuidadosamente estudiada esta cuestión, y, según parece, ha sido resuelta. El piloto podría, en este caso, utilizar los 40,2 metros de superficie para sostener el aparato en su caída y permitirle alcanzar el vuelo con una velocidad que no sería peligrosa ni para la resistencia del aparato ni para la vida de los pasajeros.

En el caso de que uno de los motores interrumpa su marcha, el aparato continúa su vuelo, pues ya hemos visto anteriormente que el motor que sufre la *panne* se desembraga automáticamente, y como las dos alas son solidarias, el motor, que continúa su marcha, las hace girar lo suficiente para sostener el avión y, en todos los casos, para permitirle ganar tierra.

En el caso, poco probable, de que se estropeen



En esta disposición el Alérion marcha en vuelo horizontal. La fuerza sustentativa, F, no es vertical y se descompone en dos: una, Y, que equilibra el peso, P, y otra, T, que determina la tracción horizontal.

los dos motores, el piloto usará la incidencia variable; hará pasar las palas de la incidencia positiva a la negativa, lo que permitirá que el sentido de la marcha no se cambie aunque sea contraria la fuerza del viento, y entonces el Alérion puede bajar como un aparato cualquiera en vuelo planeado, resbalando sobre su superficie y hasta podrá escoger el terreno donde aterrizar, puesto que en su parte trasera lleva dos planos horizontales que sirven para la estabilización y un timón vertical, lo mismo que los aeroplanos.

Estos datos, que tomamos de *La Nature*, nos hacen pensar en un porvenir próximo en que la aviación, dominada por completo, rompa toda clase de barreras y se convierta en el medio de locomoción más práctico, rápido y hasta seguro de que pueda disponer el hombre.



TRADICIONES TOLEDANAS

La bofetada de una estatua.

Corrían los luctuosos días de la invasión francesa. Toledo se veía cautiva de las tropas napoleónicas.

Blake, Venegas, Cuesta y demás *cabecillas* de estos odiosos españoles.

Y, en efecto, fué el capitán a su escondrijo y trajo las botellas, diciendo:

—Puesto que en algo alegre hemos de ocuparnos al consumirlas, os referiré la aventura amorosa que con las estatuas arrodilladas en ese sepulcro me ha ocurrido anoche, que me tiene preocupado.

—Algún sueño macabro. También vos os habéis contagiado con las estúpidas supersticiones de los españoles. ¿Qué? ¿Se os han presentado los espectros de esos muertos para llevaros al infierno?—replicó con gran hilaridad uno de los circustantes.

—Nada de eso, amigos míos. Anoche, al acostarme al pie de ese sarcófago, estaba desvelado, y a la luz del farol que hay allí cerca colgado, estuve fijándome en la hermosura de esa mujer arrodillada, ¡miradla qué bella y esbelta es!, y me parecía que se animaba, que su rostro se coloreaba, que el pecho se le levantaba como si respirara, que me miraba, que sonreía...; en fin, que tuve un impulso de levantarme para abrazarla y besarla..., pero me comprimí. Comprendía que era víctima de una ilusión, de un delirio; sin embargo, confieso que también me detuvo la mirada furibunda del marido, que parecía querer tragarme con los ojos.

Estrepitosas carcajadas interrumpieron la relación del capitán.

—No tomarlo a broma, no; ya os he dicho que toda la noche estuve con esa pesadilla, hasta que al ser de día me levanté y me puse a traducir, aunque con trabajo, el epitafio que tiene la lápida, y aquí en mi cartera lo he apuntado y resulta: que allí está sepultado un caballero llamado D. Pedro López de Ayala, conde de Fuensalida, mayordomo de Felipe II, que se distinguió en la batalla de San Quintín, y en otras contra los franceses. Y también yace su esposa doña Magdalena de Cárdenas, que fué anoche la dama de mis pensamientos.

—Entonces, nada más oportuno—dijo un teniente con sorna—que el capitán brinde por su dura y fría dama y le ofrezca una copa a su marido, que, como buen soldado, no la despreciará y tragará de mano de un francés.

—Bien pensado—replicaron todos—; vengan copas y a beber a la salud de la mujer de piedra y por la afrenta de su marido.

El Alcázar, los palacios, los conventos y las iglesias se habían convertido en cuarteles, y muchas de las últimas en cuadras para los caballos de los escuadrones.

Ocupaba uno de los regimientos de Caballería el convento del Carmen Calzado, y su iglesia de alojamiento a la oficialidad del mismo.

Era una noche fría y húmeda del invierno, con esa humedad pegajosa de las nieblas del Tajo, que invitan a huir de la intemperie y a guarecerse bajo techado.

Varios oficiales departían en franca y animada conversación en el presbiterio, al calor de una hoguera que los asistentes habían encendido con preciosos trozos de la sillería del coro y de los retablos de los altares, que todos iban saltando en astillas a los golpes de *civilizadora* hacha.

Comentaban los contertulios las peripecias de la campaña, execrando todas las cosas de España y de los españoles, cuando vino a interrumpirles la presencia de un joven capitán que regresaba de practicar el servicio de ronda.

—¡Hola, capitán!—dijeron todos a una—. ¿Qué hay por esas endiabladas callejuelas de este antipático pueblo?

—Mucho frío, una niebla muy densa y silencio y obscuridad por todas partes—contestó—, y un miedo en la gente, que los tenemos aterrados.

—Pues aquí os aguardábamos—dijo un camarada—para vaciar unas botellas de champagne que hemos encontrado ocultas debajo de vuestra montura, que habéis colocado al pie de aquel sepulcro—prorrumpieron en una burlona carcajada, que se transmitió a los demás.

—¡Ah! ¡Bigardos! Habéis dado con mi escondite. Pues es un regalo que me han hecho, procedente del saqueo que hicimos en Ocaña, y como es vino francés, nada más natural que lo consumamos los franceses ahora mismo.

—¡Bravo! No esperábamos menos de vuestra generosidad, y a beber por el triunfo de nuestras armas y por que pronto aniquilemos a Castaños, a

Y así haciendo y diciendo, empezaron a destapar botellas, entre risas y chanzonetas, todas alusivas a las visiones del capitán.

Fuéronse calentando los cerebros con las repetidas libaciones, y ya el capitán, ebrio y en el paroxismo del delirio, dirigiéndose a la estatua del conde, le dice:

—¡Oh, tú, vencedor de San Quintín! Ahora vas a aguantar el ultraje de que un capitán francés bese y abraze a tu mujer detrás de ti; pero en cambio quiero obsequiarte con el rico y espumoso vino que se cosecha en los fértiles campos de San Quintín. ¡Toma, traga!

Y le arrojó a la cara el contenido de una copa; subiéndose luego a un banco para profanar la estatua de doña Magdalena de Cárdenas.

Un grito horrible se oyó entonces, cayendo el insolente y sacrilego capitán al suelo sin sentido, y brotando abundante sangre por ojos, boca y narices.

Todos los oficiales, lívidos de estupor, quedaron inmóviles, hasta que ya algún tanto repuestos, acudieron en auxilio del lesionado y avisaron corriendo al médico del regimiento, que estaba no lejos.

Este certificó que el herido tenía fracturado el maxilar, un ojo saltado y varias muelas y dientes fuera de sus alvéolos, que debió ser producido por percusión, como de una tremenda pedrada o golpe de maza.

Los testigos entonces, a una, afirmaron que

habían visto a la estatua del conde volver la cabeza, levantar el brazo y darle una terrible bofetada al profanador.

Y se verificó lo que dijo el poeta:

«Hasta las tumbas se abrieron
gritando: ¡venganza y guerra!»

Al propagarse la noticia al día siguiente por toda la guarnición francesa, la ira y el furor creció entre la soldadesca desenfadada, poniendo fuego al convento y a la iglesia del Carmen Calzado, destrozando todas las lápidas y estatuas yacentes de las sepulturas, y... ¡cosa extraña! No se atrevieron con las orantes de ambos condes de Fuensalida y sus esposas, temerosos tal vez de que alguna de ellas soltara alguna otra bofetada marmórea.

Andando los años, y ya en ruinas el templo, la Comisión de monumentos históricos y artísticos dispuso la traslación de los dos panteones a la iglesia de San Pedro Mártir, donde actualmente se encuentran, que a la sazón era el Museo Arqueológico provincial.

Las esculturas son bastante apreciables, si bien tienen el defecto de que, habiendo sido labradas a principios del siglo XVII, tienen la misma indumentaria del XVI; siendo así que el un matrimonio fué bisabuelo del otro, y mediaron entre ambos la friolera de ciento cincuenta y cinco años

Manuel Castaños y Montijano.

SIEMPREVIVA

¡Un año más!... La vida
va pasando veloz,
arrastrando en su loco torbellino
un afán, una luz, una ilusión...

Cruzan raudas las horas; los anhelos
vuelan de ellas en pos,
y dejan, al huir, dentro del alma
la huella de un dolor.

Un dolor que sería perdurable
y ahogaría de pena al corazón,
si para cada flor que se marchita
no hubiera la esperanza de otra flor...

Pero esta nueva flor brota potente
sobre la que murió,
y vuelven la ventura y la alegría,
y torna la ilusión.

Y en aquel pobre corazón marchito,
que el dolor agostó,
se abre la siempreviva, como eterna
floración del amor.

Joaquín Bonet.

Una estancia en Petrogrado.

Un periodista francés, Alberto Londres, a quien azares de su profesión llevaron a Petrogrado, nos ofrece en cuatro episodios toda la horrible verdad de la vida en Petrogrado. Su relato estremece. ¿Es esta la libertad redentora que desearon los rusos? ¿Es posible que tal situación pueda ser considerada por nadie como un ideal a realizar en la vida de los pueblos?



¡Y decir que no es mas que un día cualquiera! Las nueve. Las nueve de la mañana, desde luego. El cielo está pálido, adormecido; un cielo que no ha abierto aún completamente los ojos. ¡Y con razón! A pesar de ser las nueve, no son mas que las cinco y media; porque aquí, con una desenfundada fantasía, han adelantado la hora tres horas y media. Nos hemos hospedado en el hotel de Inglaterra, que ya no es el hotel de Inglaterra, sino una Casa común de los Soviets.

¡Oh, vosotros! Vosotros a quienes contamos esta jornada varias veces extraña, conviene que entréis sin más retraso en la atmósfera de esta Rusia descarnada. No supongáis, por ejemplo, que, si os entran deseos de ello, no tenéis mas que abandonar el domicilio de vuestros padres y lanzaros sobre Petrogrado. Admitamos, dejando de lado las fronteras, que un serafín os coja bajo una de sus alas y graciosamente os deje en Petrogrado. ¿Qué se os ocurriría hacer en Petrogrado? "Iré al hotel, en primer lugar"—diréis. No hay hoteles, los hoteles están prohibidos. "Iré entonces a un restaurante o a una casa de huéspedes." No hay casas de huéspedes ni restaurantes; están prohibidos. «Pues iré a comprar pan a la panadería.» No se vende pan. Ya no hay panaderías. «Entonces, ¿qué me va a suceder?» Pues te sucederá que pasarás a ser, por lo menos, un esqueleto, ¡oh, viajero!; porque nadie, sábelo bien, tiene derecho a pisar tierra en Rusia sin haber sido previamente invitado. Para el invitado están tomadas todas las medidas. Queda admitido en el régimen común.

Y ahora que estás enterado, permíteme que me levante, porque, como ya sabes, a pesar de todo, son las nueve de la mañana.

Llaman a nuestra puerta y gritamos: "Adelante", y no entra nadie.

—¿Y bien? ¡Adelante!—insistimos.

La puerta se abre lentamente y entra un señor. Y dice:

—Aquí estoy, porque me ha hecho usted llamar dos veces.

—¿Cómo se llama usted?

Da su nombre.

—Perfectamente, siéntese. ¿Por qué no vino usted ayer? Tengo un encargo de parte de su amigo el señor X.

—No espero nada del señor X.—dijo el visitante, desentendiéndose.

—¡Está bien! Por lo menos, es usted muy amable. Cargo mis maletas por causa de usted, me lleno los bolsillos...

No es que mi visitante carezca de educación; una mirada sobre su actitud basta para cerciorarnos de ello; tiene miedo.

—Ya comprendo—dije—; es la segunda vez que me sucede lo mismo; me toma usted por un agente provocador. Aquí está la carta.

La lee. Era la letra de su amigo. Sonrió.

—¿Está usted tranquilo?

—Hace dos días, desde su llamada, no dormimos ni mi mujer ni yo. Esto no podía ser mas que un lazo, ¿sabe usted? ¿Quién era este misterioso personaje que llegaba de Francia? Esta es la razón por la que no he venido a la primera llamada. A la segunda me he aventurado, para terminar.

Le vi sacar una cerilla del bolsillo, arrodillarse delante de la chimenea y prender fuego a la carta. Y hacía esto naturalmente, mientras continuaba hablando, como si aquello fuese normal. Comprendió que le miraba con verdadero interés.

—¡Ah, sí! Perdóneme. Me olvidaba de que no está usted habituado a las costumbres de aquí. Siempre se hace así. Podrían registrarme al salir...

Tenía que darle una botella de coñac. Abrió su americana para guardarla. Su americana,

que podía pasar en el exterior, no era mas que andrajos en el interior.

—¿Mira usted también mis zapatos? Piso con la piel de los pies; pero como somos muchos en el mismo estado, no nos da vergüenza.

Después de abotonar su americana, preguntó:

—¿Ya no se ve la botella?

—Esto se acabará—decimos nosotros.

—Esperamos—respondió—que termine el invierno próximo por la muerte

La deliciosa pequeña espía.

Eran ya las once. Paseábamos. O mejor dicho, no... En Petrogrado no se pasea ya nadie; se deambulaba en medio de la angustia.

Deambulábamos, pues. Mirábamos la distribución de pan en las puertas; hambrientos tendiendo la mano a otros hambrientos. Esos hambrientos de segunda categoría tenían un saquito donde hundían lo que les daban. Los niños no daban nunca nada, y de nada les servía a los esqueletos de las puertas el tirarles por la manga: eran sordos. También los viejos eran sordos.

Los primeros no tenían aún abierto el corazón; los segundos lo tenían cerrado. Las que se dejaban convencer eran las señoras, las ex-señoras que, en los tiempos de una ex fortuna, se habían comprado aquellos ex abrigos que con sus elegancias cubrían su presente delgadez. Un "auto" se detuvo delante de nosotros. Era un acontecimiento, pues no hay más "autos" que los oficiales, y esos, tal vez cinco, en la capital de todas las Rusias. En el interior iba una joven al lado del "chauffeur", un funcionario del Soviet. Este funcionario, que ya era conocido nuestro, nos dijo:

—Le buscábamos.

—¿La señora también?—pregunté yo.

El respondió:

—Es precisamente la señora quien le busca.

La señora se inclinó por la portezuela y, gentilmente, dirigió a nuestra persona, descubierta, este pequeño discurso:

—Sí, señor; yo soy quien le busca. La señora Raditch (la señora Raditch es la comisaria de Petrogrado) me ha rogado que le lleve a pasear y que le enseñe lo que quiera usted ver; y como hace buen tiempo, será un paseo agradable. ¿Quiere usted?

Lo verdaderamente agradable era el rostro de aquella joven eslava. Un "auto", una linda mujer... ¡Qué más necesitas, viajero!

Ya instalado junto a nuestro agradable encuentro, empieza a andar el "auto".

—¿Quiere usted visitar una fábrica de cigarrillos?—me preguntó.

—¡Oh, no! La haría a usted estornudar.

—¿Quiere usted ver la Bolsa del Trabajo? ¿Un hospital?...

—¿Estamos acaso enfermos? ¿No sería mejor que fuésemos a pasear hacia las islas?

—¡Bien! Pero ir a las islas es pasearse; eso no es trabajar, y como soy comunista no puedo dedicarme exclusivamente a pasear.

—Es usted encantadora. ¿Qué edad tiene usted? (Como llevaba una alianza, comprenderán ustedes que esta pregunta podía hacerse en esta ocasión.)

—Tengo diez y nueve años.



Mientras el pueblo perece de hambre, el comisario bolcheviki se procura comodidades y pasea sus ocios en grata compañía.

Fuimos a las islas. Las islas están muertas, como todo lo demás; muertos también los violines que, mejor aun que los pájaros, cantaban bajo los árboles. Lo que no estaba muerto era el deseo que esta deliciosa espía de diez y nueve años (¿para cuándo la Liga de protección a la infancia?) tenía de interrogarme acerca de un punto. Hacía una hora que daba vueltas alrededor de ello. Dijo de primera intención:

—¿Conoce usted muchos rusos en París?

—Sí—respondí yo—; pero conozco seguramente más españoles.

Un momento después preguntó:

—¿Dónde pueden estar los antiguos ministros de Kerensky?

—Con el diablo. Sin duda están con el diablo, señora.

Volviendo a la carga, aseguró:

—Sabemos que Savinkoff está en París—y se detuvo.

—Señora—dije yo entonces—, va a ver usted si soy galante. Voy a decirle lo que desde hace tanto rato tiene usted deseo de preguntarme. Usted quiere preguntarme dónde está Lebedeff.

—Sí—dijo bruscamente la joven. Pero inmediatamente se llevó su manecita con un gesto inocente a la boca. ¡Demasiado tarde! Estaba encargada, ¡la pobre!, por el Soviet para

saber por mí dónde vivía Wladimir Lebedeff, terror de los bolchevikis, ministro de Kerensky y que sabían que era amigo mío.

—Pues bien, señora (¡qué encantadora estaba!). ¿Dónde está Lebedeff? Pues no lo sé.

La comida del nabab.

Si la Naturaleza tuviese mandamientos lo mismo que Dios y la Iglesia, el primero sería: «El hombre debe comer». Eran las cuatro cuando hacíamos nuestra entrada en el antiguo hotel de Inglaterra. Por bondad de Zinovieff, el más pequeño de los viajeros iba a recibir su comida. Era en el antiguo salón. Había una gran mesa en el centro y en ella un cubierto: el mío. Todo el antiguo personal (todo lo que no había muerto del antiguo personal), con objeto de presidir la reencarnación del hotel difunto,

los esclavos. El servicio continuaba entusiasta y silencioso. Uno de los cinco tenía dispuesta la continuación, que colocó con precaución delante de mí. Grande, como un paquete aplastado de veinte puros, era mi ración de pasta de carne. Fué devorada. Aquella era mi primera comida, y había terminado.

Los criados se alinearon entonces delante de un hermoso aparador. Yo creí que era para bailar, pero era para contemplarme: yo era la primera aparición de la vida de otro tiempo. Yo era el nabab descendiente de un país fabuloso en cuyo honor acababa de servirse el primer banquete de la República socialista federativa de los Soviets rusos.

La lección de «Internacional».

Es conveniente ser bien educado. Ser bien



Y la Guardia roja conduce entre bayonetas al infeliz obrero que no se somete dócilmente a las exigencias de los nuevos dictadores.

había resucitado por orden del Soviet. Me esperaban. Eran cinco. A mi entrada se levantaron emocionados. En la soledad de aquel lugar apenas tuve tiempo de dirigirles un saludo adecuado a las circunstancias; ellos, por su parte, ya se movían para servirme. El festín iba a empezar.

El mantel era almidonado, almidonado de hacía tres años. Desde la revolución, yo debía ser el primer pájaro raro que celebrase el divino servicio de la restauración del cuerpo humano en un mantel almidonado. Los platos eran de porcelana fina, y de plata los diversos instrumentos necesarios al asunto. No había vaso.

Rodeado por los otros cuatro, vigilando con amor los deseos que hubiesen podido ocurrírsele a mi tormentosa persona, el quinto me llevó la sopa, que fué devorada ante la admiración de

educado consiste en llevar a cabo actos de los que no se tiene la menor gana, como, por ejemplo, cuando estaríamos tan bien, tendidos, soñando en el Paraíso terrenal, tener que hacer una visita a la Casa del Pueblo. Eran las cinco. Los pobres salían de las sopas populares: la sopa recogida en antiguas latas de conserva y que se comían en medio de la calle. Las señoras que todo lo han perdido, excepto las maneras, llevaban la suya en tarros que, igual que en otros tiempos, tenían la tapa de oro. Galeotes de la nueva galera, van todos remando débilmente hacia el cementerio que les espera. Y nosotros íbamos hacia la Casa del Pueblo. Era un palacio. Después de deslizarnos entre los bustos colosales del Panteón rojo, de los Lenine, de los Marx, de los Engels, de los Lassalle, de los Trotsky, de los Jaurés, vimos una

sala más roja aun: era la sala de Fiestas. En el fondo, en el estrado, Chopin—un Chopin que en lugar de música hubiera hecho revolución—golpeaba febrilmente sobre un gigantesco piano de cola. A su alrededor, de pie, aullando con la boca completamente abierta, estaban: una vieja de cabellos cortos, sesenta años; un niño musulmán con la cabeza rapada, vestido con el amplio traje "kirkiss", catorce años; una joven de veinte años y muy linda, y dos jóvenes cuyo oficio debía ser vocear en el Neva. Era la lección de "Internacional". Chopin, profesor, sudaba con aquel trabajo; a la vieja revolucionaria no la servía de nada llevar el compás: el pequeño "kirkiss" no la seguía; en cuanto a la joven, sus dientes eran demasiado hermosos para masticar aquello: ¡In-ter-na-cio-na-a-al!...

Y el piano de cola brincaba bajo los golpes enérgicos del encolerizado maestro.

Una velada familiar.

Las nueve y media. Marchamos por Petrogrado, desierto. Tenemos el aspecto de un gato

riéndose. ¡Ah! ¡Estas rusas que se ríen del anuncio que les hace la muerte!

—Es a mí a quien más se le ven las costillas—dice una.

Las otras dos protestan

—Como nuestra hermana no ha tenido primero el tifus, no puede estar tan delgada como nosotras. Pero enseña tú, querida mamá, para que vea cómo estás más delgada aun. ¿No es verdad que es ella la más delgada?

El doctor nos ruega que echemos una mirada a su levita, que podría, con su amplitud, abrigar a toda la familia. Y dice sencillamente:

—¡Era la mía!

Nos sentamos a la mesa. La cena era en honor mío. Habían reunido para esta fiesta cuanta comida habían encontrado. ¡Imaginaos! ¡El primer francés que llegaba de Europa, después de dos años, y que les llevaba noticias! En aquella familia, cuyas comidas las presidía en otro tiempo un cocinero, servían definitivamente una sopa sola de arenques salados.

La hermana mayor habló.

—¿Sabe usted cuál fué mi mayor alegría



El bolchevikismo en Rusia mató a los ricos y hace morir de hambre al pueblo. Las caras y los trajes que nos ofrecen las presentes fotografías muestran el grado de miseria y desnudez a que se ha llegado en el antiguo imperio de los Zares.

rondando por la noche en una ciudad abandonada. Nos volvemos a menudo para estar seguros de que no nos siguen. Sabemos adónde vamos, y de tal forma lo sabemos, que sería inútil que el Soviet lo supiese tan bien como nosotros.

Damos la vuelta donde es necesario: en una esquina... Ni una sombra en el horizonte; desaparecemos bruscamente en un patio. Es inmundado como todos los demás patios de toda Rusia. Y por la escalera de servicio subimos y llamamos donde hay que llamar.

Nos están esperando y nos abren. Hay tres muchachas jóvenes, su madre y un doctor. ¡Curiosa reunión! Estas tres jóvenes quieren enseñarnos, en primer lugar, lo delgadas que están, y entreabren sus corpiños. Hacen esto

este invierno? Pues el no haber muerto. Durante mi tifus me atormentaba una sola idea: la molestia que mi cadáver iba a ocasionar a mi familia. Eran necesarios diez días para conseguir que se llevasen un cadáver de una casa; diez días y 10.000 rublos. Figúrese usted a mi madre y a mis hermanas con mis restos en esta única habitación que habitamos.

—Señor—dijo la segunda, que también había tenido el tifus—, mi hermana es mucho mejor que yo. Por mi parte no he tenido nunca, durante mi enfermedad, preocupaciones tan dignas. Es que yo soy muy egoísta. ¿No es verdad, querida mamá? Yo sólo tenía un pensamiento que me asustaba terriblemente, y es que me metiesen en un ataúd con otros muertos a quienes no conociese. Hacían grandes

ataúdes que servían para tres o cuatro personas.

—¡Callad!—decía la querida mamá—. Este señor no ha venido a pasar aquí la velada para que le contéis nuestras miserias. Y, sin embargo, todo eso es verdad.

Se sonrieron aquellas esclavas. La más joven, que era infernal, aseguraba que todo aquello carecía de importancia, que la única cosa que había que decirle a su hermano era que no tenía chocolate desde hacía tres años.

—Lo que habrá que decirle a nuestro hermano—era la mayor quien hablaba—es muy sencillo. Vamos a hacerle a usted un pequeño cálculo. Este invierno han muerto en Petrogrado 350.000 personas.

—375.000—rectificó la infernal pequeña.

—Quedan hoy 550.000 personas. Si han muerto 350.000 el invierno pasado, el próximo, con la debilidad que se acentúa cada día que

pasa, puede decirse, ¿no es cierto, doctor?, que morirán unas 500.000.

El doctor respondió:

—Sí; puede decirse.

—Usted rogará a nuestro hermano que proceda a una justa repartición de estas pérdidas. Si encuentra lógico que nosotros cinco nos encontremos entre los 75.000 sobrevivientes de la capital, ¡pues bien, viviremos!; si no, de los cinco, es necesario que cuente con tres muertos. ¿No es verdad, doctor?

—¡Vamos, hijas!—dijo la madre—. ¿No habéis terminado aún con vuestras historias? Yo espero que no le repetirá usted esto a mi hijo. ¡Y, sin embargo, es bien cierto, señor!—añadió.

—Bueno, querída mamá, tú cállate. ¡Ah, esta infernal jovencita! Te cuidaremos tan bien que morirás la última...

Esta es una velada familiar en el país bolcheviki.

Alberto Londres.

CASOS Y COSAS

EL SABLE MILAGROSO

La presente anécdota es conocidísima, y si la contamos ahora en este lugar es porque estamos aburridísimos, y en algo hemos de entretenernos. ¿No les parece a ustedes que debemos contarla? ¿Sí? ¡Andando, que se hace tarde!

De esta tal anécdota hizo un cuento saladisimo el popular y chispeante «Melitón González»; pero resulta que unos narradores de ella se la atribuyen a Napoleón, otros a Alejandro de Rusia, otros a Luis XIV de Francia y no falta quien se la cuelga a un coronel llamado D. Barsanufio Gutiérrez. Nosotros, que bebemos en buenas fuentes y hasta filtramos el agua, sabemos positivamente y de modo indubitable que la cosa le ocurrió al Rey de Prusia Federico I, el Grande. No les quepa a ustedes la menor, que en lo tocante a documentarnos y tal somos unas fieras, aunque nos esté mal el decirlo.

Este gran Rey entró una tarde disfrazado en una taberna y observó que uno de los soldados de su guardia, no sólo bebía como un descosido, sino que pagaba todo lo que bebía. Federico se encaró con él y pegaron la hebra de este modo:

—¡Bien se bebe, compadre!

—¡A ver qué vida!

—¡Y se paga!

—¡Claroco.

—Se conoce que en la mili os dan la mar de peras para vicios.

—¡Quíá! Nos tienen a dos velas; pero yo me las sé bandear. De cuando en cuando empeno la hoja de mi sable y me bebo su importe. Luego, poco a poco, voy ahorrando, la desempeño y ¡hasta otra!

Y el soldado, para corroborar lo que decía, tiró de charrasco y mostró a su interlocutor un pedazo de madera que, a modo de hoja, llevaba en la vaina.

Bueno, pues al otro día, Federico, acompañado de las del *beri*, se fué al cuartel de su guardia a pasar revista. Hizo salir de su fila a un soldado que había cometido una falta leve y, encarándose con el bebedor de la víspera, que formaba al lado, le dijo:

—Inmediatamente saca el sable y córtale a éste la cabeza de un tajo. ¡Yo lo mando!

El pobre diablo se vió negro, pues empezó a sudar tinta y betún y hasta salsa de calamar; pero súbitamente tuvo una idea, y, alzando los ojos al cielo, dijo con acento patético:

—¡Dios mío! Haced un milagro. ¡Convertir la hoja de mi sable en una tira de madera para no tener que quitar la vida a un compañero!

Y, ¡zás!, tiró del puño..., ¡y quedó hecho el milagro!

Lo cual, que el gran Federico le perdonó y hasta le rió la gracia.

F. R.



Después de la guerra.

Sobre las ruinas de las ciudades que destruyó la metralla,
la vida se reconstruye.

"Aquí estaba la ciudad de Ypres, una de las más bellas e históricas de Europa. Durante más de cuatro años, dos millones de soldados ingleses la defendieron. Más de 200.000 valientes hallaron su tumba en su defensa.

Sus piedras son sagradas. Es compromiso de honor respetar estos lugares. Sin mover una piedra deben ser conservadas estas ruinas".

Así reza un letrero clavado entre las ruinas de Ypres.

¿No habéis sentido manar en vuestro corazón la fuente del sentimiento, ante el horror que produce la enorme tragedia relatada en estas frases? ¿No lloraron vuestros ojos en homenaje a la muerta ciudad?

Jamás la humana pupila leyó más sentido epitafio, ni los más grandes magos de la prosa escribieron párrafo mas hermoso, inspirado en el más allá de la muerte...

Era Ypres una ciudad de ensueño, como Brujas, como otras ciudades inmoladas a la dura y cruel necesidad de la guerra; ciudades que más bien parecían construidas por milagro divino que por la mano del hombre.

La alineación de sus casas, de sus mercados, de im-

pecable armonía, debía una sensación de belleza indefinible.

Guardábase de ella el recuerdo que conservamos de por vida de aquella mujer, siempre de belleza soberana, que existe en la vida de todos los hombres...; figura de mujer que en horas de tribulación, cuando el alma se apoderaban todos los dolores, nos acogió en sus brazos, nos consoló regalándonos las mieles de sus labios, dándonos aliento para vivir y luchar... Y cuando la fuerza del destino, cuando las vicisitudes de la vida nos obligaron a la separación, siempre guardamos de ella en el corazón, grabado a fuego, el recuerdo de aquellas horas en que el placer y el dolor se fundían en un mismo crisol.

... Eso era Ypres...: mujer de belleza esplendorosa que caricias daba y amores recibía. Quedábase el viajero extasiado contemplando su hermosura..., y hoy, en alas de la muerte, ha desaparecido tanta maravilla...

¿Comprendéis la inmensa grandeza del sencillo epitafio?

Si buscáis la plaza, orgullo de la ciudad, veréis que ni el contorno existe. Algunas piedras, restos de edificios, quedan en pie como muñones sangrientos que interrogan al cielo la razón de tanta desventura...

La catedral de San Martín, gloria del arte, hundida está alrededor de su atrio, y acá y acullá, el agua estancada en los caminos sirve de espejo a las ruinas solitarias.

La luz del día da al viajero la sensación de hallarse ante la antigua Roma. Como ella, Ypres ha sufrido el tormento de ser quemada viva... Bajo sus cenizas duermen el sueño eterno 200.000 defensores.

... Y en la noche dormida, la luna envuelve en su blanco sudario al inmenso cementerio y sus rayos de plata besan con santa unción aquel letrero, aureola de gloria y martirio, clavado en las ruinas, que dice: "Aquí estaba Ypres... Sus ruinas son sagradas..."

*

Renacen las regiones devastadas. A Pontvert, pueblecito del Aisne, después del éxodo, veinte aldeanos regresan con su anciano pastor de almas al frente.

Nada hallarán de sus antiguos bienes; pero el suelo,



En el Aisne, los antiguos habitantes de Pontvert, se establecen en los abrigos de las trincheras mientras llega el momento de que sus casas sean reedificadas.

gos que, al pie de un ribazo, anteriormente sirvieron de alojamiento a los soldados; y el bondadoso padre de almas instala su capilla sobre un antiguo puesto de mando, que tiene una dependencia al aire libre y ahora se halla adornado todo con humildes plantas a guisa de jardín.

Mirados de esta manera, y en tiempo de paz, hay algunos de estos albergues que son verdaderamente encantadores; protegidos unos por una simple roca, escondidos otros a quince metros bajo tierra, traen a la memoria los tiempos prehistóricos. Los muebles se improvisan con leños redondos y planchas de madera, a las que el ingenio se es-



En medio de los escombros, el mercado de Liens vuelve a efectuar sus transacciones.

más querido por mártir, subsiste, y con él, los recuerdos.

Y todos, al pisar de nuevo aquellos lugares que tan suyos eran por ley de herencia desde tiempo inmemorial, se arrodillan y besan la arena como si fuera tierra de promisión, cuando más allá les espera el trabajo y la miseria...

A falta de mejor vivienda, alérganse en los abri-

fuerza en dar artística forma.

Eugenio M. Ovejún

NUESTROS PINTORES

PUMAROLA



En el «Salón de Otoño» recientemente inaugurado en el Palacio de Exposiciones del Retiro figuran dos lienzos, cuyas fotografías ilustran esta plana, debidos al mago pincel de Sebastián Pumarola. Militar de corazón, su alma de artista se ha fijado en la pintura militar, preñada de bellezas, que algunas veces se presenta trágica y espeluz-



nante, pero que siempre da una sensación de fuerza y vitalidad incomparables. De lleno metido en el campo de esa especialidad, no es extraño que Pumarola haya sentido peculiar predilección por el caballo, noble animal que es inseparable compañero en las andanzas guerreras, en las que toma una principalísima parte. Y de ahí ha nacido en el joven pintor una nueva especialización, con un estilo tan propio, que sin emular al eximio pintor francés Detaille, tiene con él cierta analogía.

Tan profundamente ha estudiado la anatomía del caballo, sus movimientos, algunos absurdos, pero reales, que la naturalidad en el dibujo se destaca pujante, dando una sensación de verismo extraordinaria, a la que no estamos acostumbrados en esta clase de asuntos.

Uno de los cuadros presentados en el Salón representa un húsar en servicio de descubierta. La actitud del jinete está cuidadosamente estudiada. El caballo parece que acaba de subir el repecho que ha de permitir al soldado atalayar el horizonte. Una sola figura basta para dar la sensación de un conjunto.

El otro cuadro es un momento difícil de un concurso hípico. El caballo acaba de vencer el obstáculo, y ya en el límite, vacila y vese el esfuerzo que hace para no perder su equilibrio.

No dudamos que el primer paso dado por Pumarola asentará su nombre, como pintor de caballos, entre los elegidos y bien pronto su opulenta y lozana paleta le llevará a las cumbres de la gloria.



EFEMÉRIDES

LA BATALLA DE LEPANTO

(Octubre de 1571.)

... La codicia del Emperador de Turquía, Selim II, motivó esta memorable epopeya. Pretendía éste anexionarse la hermosa isla de Chipre, y, no aviniéndose Venecia a cederla, quedó virtualmente planteada la guerra.

Venecia, en otro tiempo reina del Adriático, atravesaba por una bien triste situación. Pobre y esquilma, no contaba con fuerzas para hacer frente a su pujante enemigo, y en este doloroso trance colocada, acudió en demanda de auxilio a todos los Príncipes cristianos. Hallóle bien cumplido en el Sumo Pontífice y en Felipe II de España, pues el Rey católico se avino a satisfacer la mitad de los gastos de la expedición, quedando la otra mitad a satisfacer por partes iguales entre Roma y Venecia. Llegóse, pues, al pacto definitivo, no sin mil inconvenientes por parte de Venecia, que, siendo la necesitada, pretendía imponer condiciones, y la Santa Liga quedó formada, siendo nombrado generalísimo de las fuerzas de la Confederación D. Juan de Austria, hermano de Felipe II.

Hallábase D. Juan en Alcalá de Henares reposando de las fatigas de pasadas campañas, cuando recibió la noticia. Veintiséis años contaba a la sazón, y no sólo no vaciló en arrostrar la responsabilidad de tal empresa, sino que la aceptó con gran regocijo. Partió para Barcelona, donde se reunió con su lugarteniente Requeséns y demás jefes que a sus órdenes habían de asumir los mandos de la Armada. Embarcó el 1 de julio con rumbo a Palma de Mallorca para ulti-

mar algunos detalles, llegando el 26 a Génova, donde fué cariñosamente agasajado, partiendo el 5 de agosto para Nápoles.



D. Juan de Austria.

Apenas llegado, le fué anunciada la visita del cardenal Granvela, enviado del Papa, quien le hizo entrega del estandarte de la Santa Liga. Era éste de damasco azul con un crucifijo bordado en oro, al pie del cual, y enlazadas por una cadena, pendían las armas del Pontífice, de Felipe II y de Venecia, y como último eslabón de aquella santa cadena, las armas de D. Juan de Austria, paladín de aquella empresa. Recibió el valeroso capitán la sagrada insignia con lágrimas en los ojos, jurando vencer o perecer en la demanda, mientras su corazón, presagiando el futuro venturoso, palpitaba apresuradamente.

Partieron al siguiente día para Messina, donde le esperaban las galeras pontificias al mando de Colonna; las venecianas, cuyo jefe era Foscarini, llegando poco después con las suyas Andrea Doria y el marqués de Santa Cruz.

Inspeccionó el de Austria las fuerzas que había de mandar y no fué muy halagüeña su impresión, pues las naves venecia-

nas dejaban bastante que desear, tanto por su aparejo como por la indisciplina de su gente.

Por otra parte, las rivalidades entre los principales jefes eran incompatibles con el fin que se perseguía. Necesitó D. Juan de todo su talento diplomático para aunar las voluntades que tan dispersas se encontraban, hasta el punto de que en poco estuvo que Colonna y Doria peleasen.

Pudo, por fin, conseguir que todos se sujetaran a su única y exclusiva voluntad, jurándole obediencia, y emprendieron la marcha con gran entusiasmo.

Más de veinte días llevaban de navegación sin encontrar rastro del enemigo, cuando al fondear, el 5 de octubre en Cefalonia, supieron la triste nueva de la rendición de Famagusta y el horrible fin de sus defensores, así como que la escuadra turca hallábase en aguas de Lepanto.

Sirvióles de acicate la noticia. Quiso D. Juan salir a su encuentro seguidamente, cediendo al impulso de su juventud; pero antes, y como su hermano se lo tenía ordenado, reunió a los principalescaudillos para recabar su opinión. No fueron precisamente consejos lo que escuchó, sino que volvieron a salir a la superficie las rencillas que en el fondo de los corazones dormían; juzgaban unos de descabellada la empresa, ya que las fuerzas del turco eran inmensamente superiores, y a tanta violencia se llegó en la discusión, que el de Austria vióse precisado a cortarla de raíz, exclamando:

—Basta, señores; no es hora ya de discusión, sino de combatir—y dispuso que al amanecer se levantaran anclas.

El 7 de octubre, al doblar el golfo de Lepanto, una galera siciliana dió aviso de que el enemigo estaba a la vista. Izóse en la Capitana el estandarte de la Liga y se disparó un cañonazo. Distribuyéronse oportunamente las fuerzas. La vanguardia, compuesta de ciento cincuenta galeras, formaba un segmento de círculo. Detrás aparecían seis galeazas. En cada una de las dos alas o cuernos se hallaban 54 galeras, 10 fustas y cuatro galeazas. El centro, llamado «La Batalla», se componía de 61 galeras, 10 fustas y dos galeazas. A retaguardia, mandada por el marqués

de Santa Cruz, constituían la reserva 18 galeras y 10 fustas.

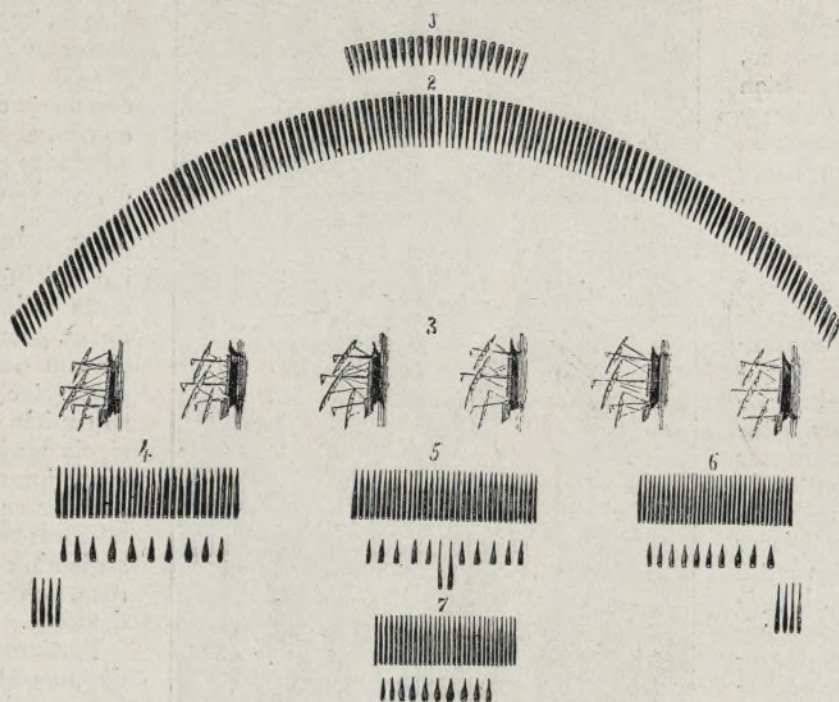
Embarcóse D. Juan en un esquife y recorrió la línea animando con su presencia a jefes y soldados.

Avanzaba la escuadra turca majestuosamente, dividida asimismo en tres cuerpos en forma de media luna, quedando frente a frente el estandarte turco de la enseña de la Liga.

Mediodía sería por filo, cuando los enemigos pusieron a tiro, y entonces se pudo apreciar por los cristianos que las fuerzas turcas eran infinitamente superiores.

Avanzaron los turcos a fuerza de remo; pero

recibieron tan expresivo saludo de las galeazas venecianas, que quedó descompuesto su orden de batalla, por cuya causa se adelantó el cuerno derecho turco de las demás naves, viniendo a las manos con las fuerzas cristianas del ala izquierda, que mandaba Barbarigo, que pereció en la lucha, haciéndose general la batalla. La base



Croquis de la batalla de Lepanto.—1 y 2. Armada turca.—3, 4, 6 y 7. Formación de la escuadra cristiana.—5. Flota al mando directo de D. Juan de Austria.

de la victoria estaba en el centro, y comprendiéndolo así, avanzaron los dos almirantes, el uno hacia el otro, siendo brutal el choque de entrambas galeras. Peleóse allí como en tierra firme.

Acompañaban a D. Juan 300 arcabuceros, gente diestra y valerosa... Por dos veces abordaron la real turca y por dos veces fueron rechazados. Peleábase rabiosamente... Rodaban los humanos seres, confundidos, destrozándose, peleando en el suelo de las embarcaciones, y a falta del arma perdida, atenazaban con las manos el cuello del adversario, defendiéndose incluso a bocados.

A D. Juan de Austria, herido, aunque levemente, veíasele en todas partes... Parecía el rayo de la guerra sembrando la muerte por doquier, y a su lado Alejandro Farnesio esforzabase en servir de escudo a tan preciosa vida... Dos horas

habían transcurrido de lucha; hallábanse las galeras atiborradas de cadáveres; convertidas en nuevo mar de sangre, engullían las olas vorazmente galera tras galera, y ni la más leve esperanza de triunfo se tenía... Pero a la tercer acometida avanzaron los españoles hasta el cuartel de popa, y un arcabuzazo dirigido certeramente dió en tierra con Ali Bajá, almirante turco. Fué colocada la cabeza del desventurado caudillo en una pica e izado el estandarte de la Liga en la real turca.

Cundió el terror en las naves turcas, quedando con esto aniquiladas las escuadras del centro, y ya sin enemigos por aquella parte, acudieron en auxilio de los que en los lados peleaban. Fué oportuno el socorro, pues Andrea Doria peleaba con fuerzas triplicadas.

Trabóse nueva y encarnizada batalla, quedando como prenda de victoria prisioneros los hijos de Ali Bajá. Corrieron después en auxilio de la Capitana de Malta, que, habiéndose desviado de la línea, fué asaltada por seis galeras turcas, y la presencia de las nuevas fuerzas infundió tal terror en el enemigo que apelaron a la fuga, dejando buen remanente de bajeles prisioneros...

Avanzó en aquellos momentos el marqués de Santa Cruz con las fuerzas de reserva y el resto de la escuadra turca fué puesta en completa dispersión o hecha prisionera...

La batalla había terminado...

Un grito de entusiasmo atronó el espacio... mientras las olas, enrojecidas por la sangre, tornaban a su cristalino ser...

Perdieron los turcos en aquel día, para ellos tan aciago, 25.000 hombres y 224 bajeles, de los que 130 quedaron en poder de los cristianos con

5.000 prisioneros... La escuadra cristiana perdió 15 bajeles y 8.000 hombres...

... Recibió el Papa la noticia por revelación divina el mismo día de la victoria...

La conoció Felipe II en el monasterio de El Escorial, estando en función de vísperas, el 31 de octubre, y dicen los cronistas de aquel tiempo que la recibió sin inmutarse...

En aquel mismo lugar fué depositado el níveo estandarte tomado a los turcos.

Siete años después, y también en el mes de octubre, murió en Flandes D. Juan de Austria a los treinta y tres años de edad...

Su cadáver, hecho cuatro partes y guardado en cuatro arquetas, fué trasladado a El Escorial, donde se unió nuevamente, vistiéndole con su armadura de guerra...

En el panteón de Infantes reposan sus restos... Si alguna vez le visitáis, fijad vuestra atención en la estatua yacente que sirve de cubierta a su sepulcro...

Honda emoción os invadirá al contemplar la inmortal figura del hijo bastardo del César, destinado por su padre a ser cruzado de Cristo y por Dios a ser actor principal de «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados...»; y es que hay algo de sobrenatural en su gloriosa vida y misteriosa muerte...

Dicen unos que murió de calenturas, otros que sucumbió a la justicia implacable de su hermano. Difuminóse el misterio y con él la verdad en el galope de los siglos...

Pero la figura de D. Juan de Austria, revestida de una aureola de martirio y de grandeza, llegó hasta nosotros y perdurará en la Historia mientras el mundo sea mundo.

E. M. O.

CARLOS V, PORQUERO

El celeberrimo y nunca bastante ponderado Carlos I de España y V de Alemania iba un cierto día, acompañado de unos cuantos cortesanos, a visitar el convento de los Dominicos de Viena.

Hala, hala caminaba la brillante comitiva; cuando en mitad del camino hubieron de tropezar con un labriego que conducía un cerdo—con perdón—, el cual—el cerdo, no el labriego—daba unos gruñidos tan desaforados, imposibles de resistir. El Emperador, que tenía un oído sumamente delicado, y muy perfecta la trompa de Eustaquio—y suya—, no pudiendo aguantar aquel ruido tan molesto, dijo al labriego:

—Amigo, ¿no eres capaz de hacer callar a ese cochino?

—Como no le clave el cuchillo salva la parte, no cierra el pico,

—No hay necesidad de eso. Cógelo por el rabo.

Hízolo así el rústico, y, efectivamente, el animalito se calló como un muerto. El porquero, asombrado, se encaró con el Emperador, al que ni remotamente había conocido, y le dijo con una encantadora ingenuidad:

—Compadre... ¡Cómo se conoce que has guardado más cerdos que yo!

Carlos sonrió y dijo:

—¡Y los guardo todavía!

Y como al decir esto, acaso distraídamente, espaciase su mirada por el grupo de cortesanos, no faltaron algunos que se dieron por aludidos y hubo más de dos y más de tres que gruñeron *sotto voce*... Con lo cual demostraron que era cierta la alusión... si la hubo.

Antón Trijueque.



ANÉCDOTAS CURIOSIDADES

Pocas personas sabrán que Bismarck, el gran canciller alemán, ha sido adorado como Dios por una tribu de indios fetichistas de la América del Sur.

La causa de semejante deificación no puede ser más curiosa. Un año que los indios vieron amenazadas sus cosechas por efecto de una pertinaz sequía, recurrieron a sus ídolos, los cuales, como es natural, no les resolvieron la situación. El jefe de la tribu, que había visto en casa de un labrador emigrado un retrato del Canciller de Hierro, recortado de un periódico alemán ilustrado, fué a pedirselo y el labrador se lo entregó. Entonces los indios condujeron el grabado en solemne procesión hasta el templo de sus ídolos, y por rara casualidad las nubes comenzaron a descargar agua sobre los agostados campos de los indios, quedando establecida la deidad del canciller alemán, al que los indios dieron y dan el nombre de Bimbarko.

La división de la hora en sesenta minutos y el minuto en sesenta segundos se debe a Cristóbal Huygens, célebre físico, geómetra y astrónomo holandés, a quien se debe también la construcción de relojes pequeños, pues fué el primero que aplicó el péndulo a los relojes y el muelle espiral, invención base de los relojes de bolsillo, y que, como es sabido, está formado por una lámina metálica arrollada en espiral y cerrada en un tambor, que es la que sirve de motor a la máquina.

A pesar de la horrible crueldad de las guerras modernas, es indudable que las bajas serían todavía mayores, si los soldados utilizaran únicamente armas blancas.

Hay una porción de datos que lo prueban. Basta recordar las sangrientas batallas que se libraban antiguamente. En el sitio de Acre, los cruzados tuvieron 100.000 bajas; en Bannockburn, la pérdida fué de 38.000 hombres de los 135.000 que entraron en batalla, y en Crecy, 31.000 de los 116.000 combatientes.

En las luchas con armas de fuego predomina la estrategia sobre la fuerza bruta.

Antiguamente los soldados tenían que luchar cuerpo a cuerpo, y a veces no se decidía la victoria hasta que uno de los bandos estaba completamente deshecho.

Diferentes veces ha sido una frase imprudente, lanzada por un Soberano, el motivo de una guerra. Cuéntase acerca de esto lo sucedido entre Guillermo I de Inglaterra y Felipe I de Francia, que eran enemigos irreconciliables. Cuando Guillermo entró en edad se puso demasiado grueso, y, deseando enflaquecer, se sometió a un riguroso plan higiénico que le obligó a guardar cama durante algún tiempo. Habiendo llegado esto a oídos de Felipe, dijo irónicamente: "El Rey de Inglaterra está de parto". Guillermo el Conquistador lo supo, y dijo enfurecido: "Sí, y cuando salga a misa haré que las velas ardan lo bastante para que alumbren toda la Francia". No bien estuvo en disposición de montar a caballo, entró en el territorio francés destruyendo y devastando cuanto encontraba por delante. Llegó hasta Nantes, incendiando la población inmediatamente; y pasando por una de las calles para ver los efectos del fuego, cayó una astilla encendida encima del caballo; comenzó éste a dar botes, arrojó a Guillermo el Conquistador con gran violencia, causándole tan fuerte golpe con el arzón de la silla, que el Monarca se vió obligado a marchar a Ruan, donde murió poco después.

CARLOS V.

Entre las veinticinco naciones principales del mundo, hay diez y siete en cuyo pabellón figura el color encarnado.

España, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Italia, Dinamarca, Bélgica, Suecia, Suiza, Turquía, Estados Unidos, Méjico, Chile, Portugal, Cuba y Venezuela.

Craso, que había constituido el primer triunvirato con César y Pompeyo, declaró la guerra a los indómitos Partos; éstos le derrotaron y le dieron muerte. Escribe Plutarco que, después de haberle muerto, echaron en su boca oro derretido, para que su cuerpo, privado de sangre, se empapara en oro, ya que la sed de riquezas había sido su pasión dominante.

EL MUCHACHO ESPÍA

por ALFONSO DAUDET

Llamábanle «niño Stenne». Era uno de estos muchachos parisienses pálidos, flacuchos y entecos; aparentaba unos diez años de edad, si bien tal vez había cumplido ya los quince; pero ¿quién averigua la de estos mocuosuelos? Su madre había muerto, y su padre, que fué mucho tiempo soldado de marina, era guarda de un jardín en el barrio del Temple. Los muchachos, las niñas, las ancianas pobres, las mujeres desocupadas, en una palabra, todas las paseantes y acompañantes de niños de París que se ponen a salvo de los carruajes metiéndose en los jardinitos de las plazas públicas, conocían al padre de Stenne y le querían muchísimo. Sabían que bajo aquellos bigotazos que tanto miedo daban a los perros y a los niños traviesos, se ocultaba una sonrisa de bonachón, tierna, casi maternal y que asomaría a sus labios en cuanto le preguntasen: ¿Qué tal, qué hace el niño? ¡Le quería tanto! Era tan feliz cuando al anochecer, concluida ya la clase, comparecía el muchacho y daban los dos juntos un paseo por las calles del jardín, parándose en cada banco para saludar y charlar un poco con los asiduos concurrentes.

Desgraciadamente el sitio todo lo cambió. El jardín de Stenne fué cerrado y convertido en depósito de petróleo, y el pobre hombre, obligado a una continua vigilancia, pasaba el tiempo en aquellos desiertos y destrozados islotes de flores y arbustos, solo, sin poder fumar ni ver a su querido hijo hasta ya muy tarde, cuando se retiraba a su casa. Por esto era tan curioso observar su bigote cuando le hablaban de los prusianos... A su hijo, no obstante, no le desagradaba la nueva vida.

¡Un sitio! ¡Qué cosa tan divertida para los pilluelos! No hay escuela, se cierran las clases, hay vacaciones todo el año y las calles están como el real de una feria...

El muchacho pasaba todo el día corriendo de una parte a otra. Veíasele delante de los batallones del barrio cuando iban a las fortificaciones, escogiendo siempre a los que tenían mejor banda de música; a decir verdad en esto estaba muy fuerte el chiquillo y podía explicar a cualquiera que la del 96 no valía gran cosa; pero que la del 55 era excelente. Otras veces se entretenía viendo hacer el ejercicio a los movilizados; además, todas estas cosas traían cola...

Con el cesto debajo del brazo, tomaba puesto en los grandes corros que se formaban en las oscuras mañanas de invierno a las puertas de las carnicerías y panaderías. Allí, con los pies metidos en agua, trabábase amistad y se hablaba de política, y como el chiquillo era hijo de M. Stenne, todos pedían su parecer. Pero lo más divertido eran las partidas de chito, aquel famoso juego de *galocha* puesto en moda durante el sitio por los movilizados bretones; así es que cuando el niño no estaba en las murallas ni en las panaderías, era seguro encontrarle en las partidas de *galocha* de la plaza del Cha-



teau d'Eau. Naturalmente, él no jugaba (se necesita demasiado dinero para jugar). Limitábase tan sólo a contemplar a los jugadores, ¡pero con qué gusto les miraba!

En particular uno, que llevaba blusa azul y que sólo apostaba piezas de cien sueldos, excitaba su admiración. ¡Cómo se oían sonar las monedas allá en el fondo de sus bolsillos!

Cierta día al coger una moneda que, rodando, había llegado hasta los pies del niño Stenne, el muchacho le dijo en voz baja.

—Te gusta el dinero, ¿verdad?... Pues si quieres te diré dónde hallarás mucho.

Terminada la partida lo llevó a un rincón de la plaza y le propuso que le acompañara a vender periódicos a los prusianos; pagaban 30 francos por cada viaje. De pronto Stenne rechazó indignado tal proposición, y hasta, a consecuencia de esto, estuvo tres días sin volver por allí. ¡Tres días terribles! No comía, no podía dormir; por la noche imaginábase ver montones de *galochas* formando una inmensa columna al pie de la cama y relucientes monedas que rodaban por el suelo. La emoción que esto le producía era extraordinaria; al cabo de cuatro días fué de nuevo al Chateau d'Eau, habló con el tentador y se dejó seducir...

Una mañana de mucha nieve, marcharon con un saco al hombro y los periódicos ocultos en las blusas; al rayar el alba llegaron a la puerta de Flandes. El movilizado tomó a Stenne por la mano, y acercándose al centinela, que era un bravo sedentario de nariz encarnada y aire bonachón, le dijo con voz humilde:

—Déjanos pasar, buen hombre... Nuestra madre

está enferma y el padre ha muerto. Yo voy con éste, mi hermano, a recoger en el campo algunas patatas.

Al pronunciar estas palabras, lloraba; Stenne, avergonzado, bajó la cabeza, y el centinela, después de mirarle por un momento, dió un vistazo por la blanca y desierta carretera.

—Pasad corriendo—les dijo—apartándose de aquel sitio.

Siguieron por el camino de Aubervilliers; el movilizado iba riéndose descaradamente de lo ocurrido.

El espectáculo que ante los ojos del niño Stenne aparecía, más tenía de sueño que de realidad. Fábricas convertidas en cuarteles; desiertas barricadas llenas de húmedos harapos; largas chimeneas vacías y descantilladas que, atravesando la espesa niebla, parecían remontarse al cielo; de vez en cuando algún centinela, algunos oficiales con el capuchón puesto y con los gemelos en los ojos mirando a lo lejos; pequeñas tiendas de campaña mojadas por la nieve derretida, delante de las cuales veíanse tristes y moribundas fogatas. El movilizado, que conocía los caminos, se apartaba de ellos para evitar el encuentro de cuerpos de guardia. Con todo, no se libraron de hallar una guardia avanzada de francotiradores. Los soldados estaban envueltos en sus capotes y acurrucados allá en el fondo de un foso lleno de agua a lo largo del ferrocarril de Soissons. El movilizado tuvo que repetir el embuste; pero esta vez no les dejaron pasar adelante, y mientras se lamentaba, salió de la casa del guardabarrera un sargento ya viejo, lleno de canas y muy arrugado, que se parecía al padre de Stenne, y les dijo:

—¡Vamos, rapazuelos, no lloréis! Ya os dejaremos recoger vuestras patatas; pero antes entrad y os calentéis un poco...; este pillín tiene cara de frío.

Pero ¡ay! no temblaba de frío el pobre Stenne, sino de miedo y de vergüenza... En el cuerpo de guardia vieron algunos soldados que, agachados alrededor de una pequeña y miserable hoguera, procuraban deshelar unas galletas clavadas en las puntas de las bayonetas. Dieron cabida en el corro a los muchachos, ofreciéndoles una copita y un poco de café. Mientras bebían apareció en el dintel de la puerta un oficial; llamó al sargento, hablóle muy bajito e inmediatamente desapareció.

—¡Chicos!—dijo luego el sargento entrando con aire satisfecho en el cuerpo de guardia—esta noche *tendremos tabaco*... Han sorprendido el santo y seña de los prusianos... ¡Nada, me parece que recuperaremos este maldito Bourget!

Esto produjo una explosión de bravos y de carcajadas; y en tanto los francotiradores blandían sus sables-bayonetas, bailaban y cantaban, aprovechando esta algazara, los muchachos se largaron sin ser vistos.

Al otro lado de las trincheras había una gran llanura, y en el fondo de ella un largo y blanco muro lleno de aspilleras hacia el cual se dirigieron, parándose a cada instante y fingiendo que recogían patatas.

—Volvámonos... No vayamos allí—repetía el niño.

Pero el otro, levantando las espaldas, avanzaba sin cesar; de pronto oyeron el ruido que hace un fusil cuando le arman.

—¡Echate!—dijo el movilizado echándose al suelo.

Dió entonces un silbido, que fué contestado por otro entre la nieve, y arrastrándose por el suelo avanzaron algunos pasos... Delante del muro y al nivel del terreno aparecieron unos bigotes amarillos, y sobre ellos una grasienta y ancha gorra militar. El movilizado dió un salto y se colocó al lado del prusiano.

—Es mi hermano—dijo entonces señalando a su compañero.

Como el niño Stenne era tan pequeño, el prusiano, que se rió mucho al verle, vióse obligado a tomarle en sus brazos para subir la brecha.

Al otro lado del muro había grandes terraplenes, árboles cortados, negros agujeros entre la nieve, y en cada agujero las mismas gorras de cuartel, los mismos bigotes amarillos que sonreían al ver pasar los dos muchachos.

En un extremo, una casita de jardinero fortificada por medio de troncos de árboles. En el fondo, gran número de soldados jugando a cartas y cociendo la sopa en vivísima llama ¡Qué buen olor despedían las coles y el tocino, y qué diferencia con el vivaque de los francotiradores! Arriba, oficiales que destapaban Champagne y tocaban el piano. Al entrar allí los parisienses fueron acogidos con hurras de alegría. Después de haber entregado los periódicos, diéronles de beber y les hicieron hablar. El movilizado divertía, con su cháchara de arrabal y palabrotas de granuja, a los oficiales que se presentaban con aire altanero y malicioso. Los prusianos se reían, celebraban y repetían con delicia aquellos dicharachos de París que salían de boca del grandullón.

El niño Stenne deseaba hablar, aunque sólo fuera para manifestar que no era un adoquín; pero algo de que no se daba cuenta le contenía. Delante de él, y algún tanto apartado, hallábase un prusiano de avanzada edad, algo más serio que sus compañeros, que leía o hacía como si leyese, porque sus ojos estaban fijos en el muchacho. Con su tierna mirada parecía echar en cara al niño Stenne lo que estaba haciendo, como si aquel hombre tuviese en su país un hijo de la edad de aquél y pensara para sus adentros:

—Antes preferiría la muerte, a ver a mi hijo en un oficio como este...

Desde aquel instante a Stenne le pareció que una mano extraño le oprimía el corazón y le impedía latir con desahogo. Para librarse de esta terrible angustia se echó a beber; pronto todo le parecía que daba vueltas a su alrededor. Oyó, entre grandes risas, que su camarada se burlaba de los guardias nacionales, de su modo de hacer el ejercicio, ya representando una alarma en el Marais, ya simulando un alerta de noche en las fortificaciones. Luego bajó la voz, los oficiales se acercaron y sus caras tomaron un aspecto muy grave. Estaba previniéndoles que iban a tener un ataque de los francotiradores...

Esta vez el niño Stenne, vuelto en sí, levantóse furioso y dijo:

—Esto no, camarada... no quiero.

Pero el otro, que no hacía más que reír, continuó.

Antes que hubiese concluido, todos los oficiales estaban de pie, y uno de ellos, enseñando la puerta a los muchachos:

—Andad al diablo—les dijo.

Y hablaron entre sí, en alemán.

El movilizado salió satisfecho con aire de gran señor, haciendo sonar el dinero que llevaba. Stenne le seguía con la cabeza baja, y cuando se halló cerca de aquel prusiano cuya mirada tanto le había mortificado, oyó que con voz muy triste le decía:

—¡No está bien esto, no está bien!

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Fuera ya de las trincheras, echaron a correr por el llano y regresaron muy pronto. Llevaban en un saco las patatas que los prusianos les habían dado, y con este embuste pasaron las avanzadas de francotiradores sin obstáculo ninguno. Allí se preparaban para el ataque de la noche. Nuevos refuerzos llegaban con el mayor sigilo, agrupándose detrás de las

bores que hacían el ejercicio a lo largo del canal. Por fin llegó a su casa, y satisfecho de que su padre no estuviese todavía en ella, subió a su cuarto para ocultar debajo de la almohada aquellas monedas que tanto le pesaban.

A eso de las ocho de la noche oyéronse cañonazos.

—Suenan en Aubervilliers... Ha empezado la lucha en el Bourget—dijo el buen padre.

El niño Stenne palideció y se fué a la cama pretextando estar muy cansado; pero al hallarse en ella no pudo pegar los ojos. Como los cañonazos no cesaban, el pobre Stenne se figuraba ver a los francotiradores que llegaban por la noche al campamento prusiano al objeto de dar una sorpresa y eran víctimas de una emboscada; veníale a la memoria aquel sargento que le sonrió, y veíale tendido en el suelo, al lado de muchos de sus compañeros... El precio de tanta sangre se escondía allí, debajo

de la almohada, y él, el hijo de un soldado, había sido el que... El llanto le ahogaba; oía a su padre que andaba de una parte a otra en el aposento contiguo y que en la plaza tocaban llamada; un batallón de movilizados se reunía para marchar; sin duda se daba una gran batalla; el desdichado Stenne no pudo ahogar un terrible sollozo.

—¿Qué tienes?—le

preguntó su padre, entrando en el aposento.

El niño, que ya no podía más, levantóse de la cama y se echó a los pies de su padre. Con los movimientos que hizo rodaron por el suelo las monedas escondidas.

—¿Qué es esto? ¿Has robado?—dijo temblando el anciano.

Entonces el niño refirió de un tirón que había estado en el campamento prusiano y lo que allí había hecho. A medida que hablaba le parecía que se le aligeraba el corazón y sentía que le aliviaba el acusarse a sí mismo... Su padre le escuchaba con aire terrible; cuando hubo concluido el relato, tapándose la cabeza con ambas manos, rompió el llanto:

—¡Padre! ¡Padre!...—murmuró el niño.

Rechazóle el viejo sin decir una palabra y recogió el dinero, diciendo:

—¿Está todo aquí?

El niño hizo un gesto afirmativo. Entonces tomó el fusil y la canana y se metió el dinero en el bolsillo.

—Está bien—dijo—voy a devolvérselo.

Y sin añadir una palabra, ni tan sólo volver la cabeza, bajó de su casa para mezclarse con los movilizados que salían aquella misma noche. Desde aquel día no se le ha vuelto a ver.

Alfonso Daudet.



murallas. El viejo sargento estaba, con aire satisfecho, ocupado en colocar los soldados. Cuando pasaron los muchachos saludóles con cariñosa sonrisa...

¡Oh, cuán horrible fué para el niño Stenne! Un instante tuvo ganas de gritar:

—No vayáis allí... os hemos vendido.

Pero el movilizado le había dicho:

—Si hablas, nos fusilan.

El miedo le detuvo y calló.

En la Courneuve, entraron en una casa abandonada con objeto de repartirse el dinero. La verdad nos obliga a hacer constar aquí, que el reparto se hizo con equidad. Al oír sonar el dinero debajo de las blusas y al pensar en las magníficas partidas de galocha que se preparaban, ya no halló el niño Stenne tan horrible su delito; pero cuando quedó solo, cuando pasadas las puertas le abandonó el movilizado, entonces los bolsillos le pesaban, y aquella mano, que le apretaba el corazón, apretaba de un modo horrible. París no era para él el París de siempre; las personas que pasaban por su lado le miraban indignadas, como si adivinaran de dónde venía. Parecía oír la palabra espía entre el ruido de los carruajes, entre el redoble de los tam-

EL ORGULLO DEL BARRIO

(CUENTO)

En las aromosas noches de mayo, Manolo se sentía feliz hablando a la reja con Dolorcillas, el orgullo del barrio albaycinero. Por nadie se hubiera cambiado con sus cuatro pesetas «seguras», y aquella Dolorcillas tan guapa y graciosa que en la reja se confundía entre las rosas blancas de las macetas que ponían en la ventana un marco delicioso.

Esta noche, más que nunca, Manolo sentía su alma henchida de cariño. Debían ser las tiernas frases de su amada «que le quería con toa su alma», y aquel perfume que de su cuerpo de reina se emanaba, mezclándose en el ambiente, que olía a nardos, a la gloria de los cármes del Albaycín, que estallaba en aromas y le enajenaban los sentidos, haciéndole sentirse feliz.

Se oían lejanas risas cantarinas; entremezcladas con las jocundas notas de un pasodoble torero, que ejecutaba un trío de laud, bandurria y guitarra en una fiesta del barrio, bañado en la quietud de la noche por la plata de la luna.

—¿Me querrás siempre, Dolorcillas?...
—¡Siempre, Manolo de mi alma!... Vete ya, que es «mu» tarde.

—Entonces, ¡adiós Dolorcillas!... Hasta mañana y no me «orvies», que no tengo más cariño en este mundo que el tuyo, «marresita»...

Al cerrar la ventana aquella noche, dos lágrimas titilaban en los hermosos ojos de Dolorcillas, el orgullo del barrio albaycinero.

*

...Han pasado tres años.

Manolo ha regresado de servir al Rey... Se han mustiado los rosales que enmarcaban la reja ya descuidada.

Dolorcillas olvidó al ausente, que allá por los campos africanos no temió a la muerte en los combates, teniendo siempre fe en la imagen deliciosa de su Dolorcillas y en la medalla de la Virgen de

las Angustias que aquélla le regalara el día de su marcha.

¿Quién diría que la que aquella mañana se quedó largo rato sin moverse del andén, fijos los ojos en el convoy que se alejaba rápido por la campiña, mientras las más sentidas lágrimas corrían por sus mejillas, había de cambiar de aquel modo?... Viviendo con un «señorito» de la capital, de aquellos que en el barrio organizaban «fiestas» de trío, se la encontró Manolo cuando regresó a su tierra querida, que ya no tenía para él más encantos que sus dolorosos recuerdos...

Manolo cruzaba ahora, vestido aún de militar, y llevando en su pecho unas cruces ganadas en la campaña, por la angosta calle... Como aquella noche de luna, cuántas tan deliciosas había él pasado en la reja, sin rosas ahora como si quisiera llevar más tristezas a su alma!... Así había sido su amor: primero lozano, hermoso; después, olvidado, se agostó como aquellas rosas blancas que engalanaran un día la poética reja...

¿Por qué no le había matado aquella bala que, piadosamente, le había respetado la vida rebotando en la medallita de la Virgen de las Angustias que le regalara un día su Dolorcillas?...

El sonido melancólico de la campana de la Vela, se desgranó sobre la capital y la Alhambra, mayestática llena de misterios. Y mientras Manolo, contemplaba, con lágrimas en los ojos, la reja que un día fué ermita de sus más fervientes devociones, se dejó oír en la serena noche, una copla preñada de sentimentalismo:

Te quise por qué veía

en tí un corazón muy grande,

¡no lo fué para querirme,

pero sí para matarme!

Rafael López Rienda.



EL TRIBUTO DE LAS PEQUEÑAS GUARNICIONES

CUENTO POR E. G. A.

Por aquellos tiempos, cuando salíamos del Alcazar toledano poseedores de las suspiradas estrellas, no existía, como ahora, tanto legislado para la provisión de destinos; así, habiéndose creído con derecho nuestro compañero H... a optar a Cuerpo residente en la capital donde tenía su familia, atendiendo a su brillante puesto de salida, sólo pudo obtener colocación en un pueblo de la provincia, tan abandonado de Dios, que el traslado había de hacerse previo testamento, introduciéndose doce mortales horas en aquel coche-correo típico y desven- cado.

Y al incorporarse, metido en la berlina del recio armatoste, entre orondo canónigo y el Sr. García,

amable viajan- te de importan- te casa comer- cial—buen ami- go de la tropa—, forzosamente inició con él una de esas amista- des que se crean sólidas en via- jes donde la vi- da se expone sin provecho y las incomodi- dades y sobre- saltos se repa- ren equitativa- mente.

Mientras la vetusta diligen- cia corría lle- vando por in- terminable ca- rretera en la soledad de la noche una vein- tena de vidas en somnolencia, el amigo García ejercitaba de pro- feta, capaz con sus sentencias de achicar el corazón a hombres de más valor que sus forzados compa- ñeros en tan estrecha cárcel.

—Va usted destinado a Z... Le conozco bastante; hago plaza en él todos los años; es bueno, santurrón, con unas ansias de murmurar que hace perder mu- cho tiempo a sus vecinos; ellos, tan pobres de es- píritu, que un tal Sánchez a quien conocerá usted en seguida, les embriaga con asombrosa facilidad; ellas, todas del rebaño... ¡Mucho cuidado, mi te- niente, que es pueblo amurallado con sólo una puerta; por ella, estando tiempo en la población, se sale casado o para el otro barrio! ¡Es muy difícil de escapar de otra manera!

Al despedirse insistió sobre sus recomendaciones de todo el viaje: «no se fie de palabras dulces; si le invitan a comer con interés—hembra por me- dio—, guárdese bien, que aún se habla ahí de bru-

jerías y filtros amorosos; ande siempre despacio, lo más despacio que pueda... ¡Adios... adios!...

Empezó para nuestro compañero la vida en el nuevo ambiente lleno de *encantos*, como en todas las pequeñas guarniciones; su llegada fué acogida con disimulada envidia por el elemento tratable masculino; por las chicas con verdadero entusiasmo; el militar gozaba su especial predilección pocos días después, y ya le informaban de las rentas de su padre, número de hermanos casados y solteros y de la triste historia de su tía Margarita, monja sin voca- ción; conoció al tradicional Sánchez, vaso pequeño de un llamado café con ron o caña y quedó asom- brado de su fuerza y constancia para poner en gro- tesco estado a

recios marine- ros; anduvo despacio, muy despacio y aun deseoso de fal- tar a sus debe- res, nunca pudo conseguir el lle- gar tarde a su obligación ni a ningún sitio; pe- queño pueblo, recorrerlo en todos sentidos, era cuestión de minutos.

...Una vez pe- netró en un co- mercio de la lo- calidad; de so- brá conocida su categoría, en aquel instante quedó paraliza- do el despacho: todas las prefe-

rencias ^{de} fueron concedidas a tan distinguido pa- rroquiano.

Expresó tímidamente sus deseos: un paraguas de seda, color inalterable, fuerte y arreglado de precio.

Y el dueño, tras de muchos aspavientos brindán- dolo protección, llevándole aparte y dándole unas palmadas cariñosas sobre sus hombros, le susurró al oído, mostrándole la mercancía solicitada...

—Para todo el mundo 60 reales; para usted, guár- deme el secreto, ¡ni una palabra más!... Llévase en 55 y mi enhorabuena...

Y, en efecto; sin usarlo casi, el paraguas se que- dó fijo e inalterable en un color ideal marrón; auto- máticamente se desarmaba y se llovía solo; ¡una estafa en fin! ¡ni una palabra más!...

Para pasar el rato, perdida la novedad de *verlas venir*, y de las charlas de Paco Reina, al ponerse en relaciones con una chica del rebaño de María, guapa, modosita, su correspondencia en el querer



le puso en gran aprieto; ¡vaya una pasión súbita! Hasta sus padres, dando la cuestión como cosa hecha, siguiendo táctica *ventajista*, le llenaban de agasajos y deferencias...

¿Cómo romper un compromiso al que cada vez se veía más ligado?

Y al recibir en fiesta señalada, por vez primera, solemne invitación para comer en casa de su amada, mudó de color; vino a su mente la profecía de su compañero de viaje y al excusarse, probando lo contrario, quedó muy mal, como un cohero, que dijo el complaciente padre...; pero salvando su fé de soltería.

...Por poco tiempo; que una gacetilla inserta en

el semanario «El Látigo», de aquella población, nos informaba años después, la marcha de nuestro compañero para su nuevo destino, acompañado de su distinguida *esposa* y pequeña hija...

¡Se cumplió su sinó! Que al fin salió del recinto amurallado, por su única puerta... pagando ese *tributo*...

...De las pequeñas guarniciones que le pronosticara el amable Sr. García...

Hugueno bgea

DE LA VIDA DE NAPOLEON

Anécdotas redactadas por el alférez Félix José Fernández de Castro.

Era a raíz del 9 de Thermidor. Un joven oficial de Artillería, endeble y demacrado por el hambre, vivía en París, retirado del servicio. Un día es presentado por un amigo en los salones de la Tallien, que al verle tan desastroso y aturrido en medio de aquella magnificencia de luz, de lujo y de mujeres, le miró como a un bicho raro.

Aquel hombre *tan poco decorativo en aquellos salones era Bonaparte*, que, repuesto de su impresión, en un rasgo de los suyos, se acerca a la Cabarrús y la dice, al mismo tiempo que la enseña los codos rotos de la misera casaca: *Ciudadana, el ciudadano Tallien es omnipotente. ¿No podríais conseguir me diese un poco de paño que me permitiera no avergonzarme entre vosotros?*

La audacia de aquel hombre fué su fortuna; cayó en gracia. No mucho después se presentaba con uniforme flamante en aquellos salones donde vió por vez primera a Josefina Beauharnais. Napoleón sintió cosquillas en el pecho... *El genio y la suerte del oficial hicieron lo demás.*

Este episodio, al parecer tan insignificante, no deja de ser de verdadera importancia histórica para demostrar cómo los pequeños principios pueden servir para grandes fines. De una obra buena de una mujer mala. ¡Qué efectos tan sorprendentes! Sin aquel trozo de paño, dado de pura limosna, ¿hubiera podido Bonaparte pisar aquellos dorados salones? ¿Cómo se hubiera hecho amigo de Barrás, entonces en el apogeo de su influjo? ¿Hubiera podido en plena calle desplegar las alas de su genio? Y, por último: ¿Dónde y cómo se hubiera introducido en la estima de Josefina, que fué la mujer que intrigó favores para el famosísimo vencedor de Tolón?

✱

Había regresado el ya entonces popular Bonaparte a París para tratar con el Directorio de obtener equipos y efectos para el ejército que operaba en Italia. El Directorio, ocupado en otros asuntos, apenas escuchó al joven general, que su-

plicaba vistiesen al ejército, que andaba hecho una lástima, con los uniformes destrozados por el mucho uso y por las peripecias propias de aquella campaña.

Salió furioso y con pocas esperanzas de ser atendido; su aburrimiento le hizo dirigirse a casa de la Tallien en ocasión de celebrarse un baile, y allí se encontró con su ya entonces carifiosa amiga Josefina Beauharnais.

Esta le invitó a bailar. Napoleón, a regañadientes, porque lo hacía bastante mal, por no desairarla, cumplió el deseo de la hermosa criolla lo mejor que pudo.

Cuando terminaron su baile, la pareja se encontró sola en un saloncillo inmediato y se sentaron juntos.

Josefina, que seguía con interés las proezas de Napoleón y que era bastante impresionable, halagada por los triunfos de su amigo y conocedora como mujer de que éste no la despreciaba, estaba esperando con impaciencia que el enamorado guerrero venciese su timidez y le declarase su cariño.

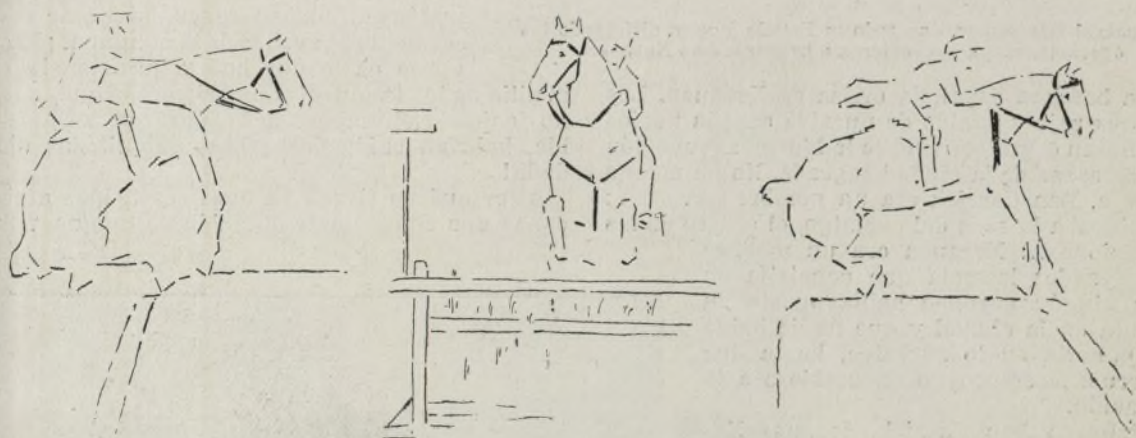
Napoleón, enfurruñado por su poco éxito con el Directorio, sólo pensaba en su ejército y permanecía callado. Josefina, que le observaba, le creía estar luchando con su cortedad, y le sonreía adorablemente, iniciadora como una promesa. De pronto, Bonaparte, en uno de sus rasgos tan característicos, cae de rodillas ante ella, y cuando Josefina se dispone a escuchar una declaración de amor, oye que le dice suplicante: *¡Señora, os lo suplico! ¡Pantalones para mis soldados! ¡Pedid a Barrás que vista a mis soldados!...*

La mirada de Josefina fué elocuente...

Este cómico rasgo nos demuestra el cariño que el general tuvo siempre al ejército a sus órdenes, cariño que fué uno de sus mayores aciertos y que explica el entusiasmo con que le seguían a todas partes aquellos viejos veteranos, que, según frase del Emperador: *Refunfuñaban; pero me seguían siempre.*

EL CONCURSO HÍPICO DE VALLADOLID

APUNTES POR F. G. MARCO



NUESTRO EJÉRCITO EN ÁFRICA

LA TOMA DE XEXAUEN



El general Berenguer, con todo su Estado Mayor, dirigiendo las operaciones que precedieron a la entrada en Xexauen.

La bandera española ondea en Xexauen. Los colores rojo y gualdo de nuestra enseña nacional flotan orgullosos sobre la blanca agrupación de las casas de la ciudad sagrada. No ha mucho tiempo, Ben Carriek era un nombre pavoroso: significaba la sede del enemigo, el centro de las agresiones... Xexauen era un nombre de leyenda; leyenda que consistía en que ningún europeo había puesto su planta en la ciudad y que nadie había de ponerla en lo sucesivo, hasta que Marruecos entero no sucumbiese a la invasión.

Primero Ben Carriek, después Xexauen, han sido nuestros. Y lo han sido decididamente, sin vacilaciones, en el momento deseado, a pesar de las resistencias obstinadas de los fanáticos, que aun no aceptan nuestra influencia civilizadora.

Esto quiere decir muchas cosas. Quiere decir que el alto mando opera acertada y firmemente; que las organizaciones indígenas son buenas; que nuestros soldados..., ¡pero qué hemos de decir de nuestros soldados!..., que son los mismos de siempre: los que dondequiera que han ido han escrito con su sangre páginas inmarcesibles para la Historia de España.

Y séanos permitido hablar de un asunto. Es para recordar que el Ejército de Africa merece mucho más de lo

que por él se hace. Merece más atención, merece más cuidado, merece "mucho más cariño", merece (aunque no las quiera) las debidas recompensas, merece más atención, dotándole de material de guerra moderno, del que aun carece. Y al efecto publicamos en esta página una curiosa fotografía. Está tomada en la posición de Ain-Chemya, en la zona francesa, durante las operaciones que en estos días se han llevado paralelamente a las nuestras, y que han dado por resultado la conquista de Uazzan. Vese en ella una sección de carros de asalto. Son los que han precedido a las tropas en la ocupación de la posición. Cuentan los franceses, que el enemigo, en su osadía, llegó hasta asaltar los carros, montándose encima de ellos y tratando de destruirlos con piedras.

Los ocupantes no sufrieron daño, y pudieron, con su fuego, preparar eficazmente el avance de la columna. ¡Júzguese de lo que habría pasado sin el auxilio de los tanques! ¡Las primeras columnas, no teniendo el amparo del caparazón formidable, habrían caído deshechas, aniquiladas sin duda!

¿Por qué no tienen ya nuestras tropas africanas una conveniente dotación de tanques? Si



Los franceses, en sus operaciones para la toma de Uazan, han dispuesto de tanques que facilitaban grandemente el avance de las columnas.

se venden, hay que comprarlos; si no se venden, hay que hacerlos, que ya no constituye secreto su construcción.

Decíamos antes que el Ejército de Africa "merece mucho más cariño". Es necesario que España piense que al otro lado del Estrecho tiene a sus hijos en diario sacrificio por el honor de la patria. Es necesario que sepa que hemos sido encargados de la pacificación de un territorio, y que debemos conocer y preocuparnos de los progresos de la empresa honrosa. ¡Xexauen! En otro tiempo de menos positivimos egoístas, la noticia de la toma de la ciudad sagrada hubiera llenado de júbilo el alma del pueblo; campanas y músicas hubieran festejado el acontecimiento hasta en la más pequeña aldea... Ahora, apenas si nadie ha tomado en cuenta el esfuerzo de nuestros soldados... ¡Apasiona más el triunfo de un torero!... ¡Tienen más atracciones los relatos espeluznantes de las hazañas de un criminal!...

Con sentimiento escribimos estas frases. Pero es la verdad indubitable. Hay que escribir y pronunciar muchas veces: ¡Xexauen!, ¡Xexauen!, ¡Xexauen! ¡Significa bizarrías y heroicidades, idealismos y gloria!

El Ejército de Africa merece se le otorguen adecuadas recompensas. El reglamento oportuno se estudió y reformó; si es malo, debe modificarse nuevamente. Cualquier cosa hay que hacer menos permitir que no lleven sobre el pecho la muestra de su valor los que diariamente ofrecen su vida por la patria y que conceda mejoras materiales para lo futuro a los que saben despreciarlas en el presente.



Ben Carrick, el lugar que antaño servía de concentración a las harcas rebeldes, es hoy centro de aprovisionamiento de nuestros soldados.

En heroicidades han rivalizado oficiales y soldados. No hemos de narrar aquí los casos distintos, porque nos expondríamos a omisiones lamentables. Pero la Prensa diaria ha comunicado hechos que parecen arrancados de los relatos legendarios. Un oficial de regulares, el teniente Varela, que entrando solo en un nido de enemigos, hiere y mata a los más y hace prisioneros a los que quedan... Un soldado de Artillería, el tolosano Altuna, que hallándose la posición de Mura Montahar en gravísimo peligro de ser tomada por el enemigo, que la asedia, se presenta voluntario para romper el cerco y consigue su objeto de avisar a las fuerzas salvadoras, que salvan la situación comprometida. En suma, relatos heroicos por todas partes, que resultan del entusiasmo de nuestros soldados en Africa, pero que no logran vencer la indiferencia del paisano peninsular...

En suma, acciones heroicas y hechos memorables que enaltecen a España; y esto es tanto más interesante cuanto que en este preciso momento el país vecino, que también lucha en Marruecos, tiene, porque así le conviene, la atención fija en nuestro modo de actuar.

Hay que reaccionar. Marruecos no es un país de riquezas; seguramente que no ha de proporcionarnos nunca grandes ventajas pecuniarias; pero no hay que olvidar que significa la afirmación de nuestra personalidad al otro lado del Estrecho y que el honor nacional nos impone en las costas que se oponen a las de nuestra Andalucía una vigilancia incompatible con el abandono de aquellos territorios.

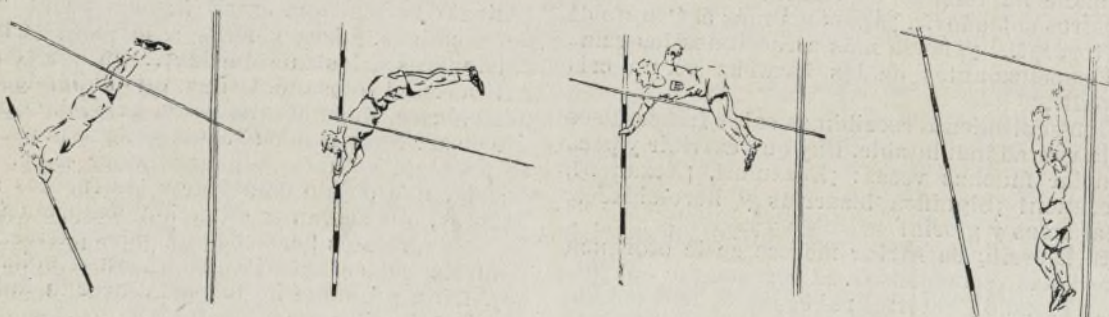


En el avance sobre Xexauen nuestras fuerzas constituyen sus puntos de apoyo sobre los poblados que antes alimentaban la harca.

EL SALTO DEL YANQUI FOSS



Entre los deportistas presentados en Amberes ha llamado justamente la atención el yanqui Foss, que ha batido el *record* del mundo en el salto con pértiga, salvando la altura de 4,09 metros. Para realizar esta proeza, Foss daba el salto en la forma que indican las presentes figuras, en las que se ve cómo el saltador gira en la pértiga para presentar la espalda a la barra y, flexionando fuertemente en el momento oportuno, franquea el obstáculo, haciendo un arco con el cuerpo y soltando la pértiga para terminar el salto.



El fusilamiento de la Constitución.

Pocas personas saben que la Constitución de 1812 ha sido en una ocasión fusilada por orden de las autoridades. He aquí cómo narra el suceso el *Diario militar, político, mercantil de la ciudad de Tarragona*, del jueves 26 de mayo de 1814:

«Ayer, de orden del muy ilustre señor gobernador de esta plaza (según parece lo era D. Timoteo Roch), se publicó con solemnidad y disposición marcial de ordenanza, el Real decreto de S. M. don Fernando VII (q. D. g.), de 4 de mayo de 1814. Acabada esta suntuosa y respetable ceremonia, el brillante regimiento de Ultonia y demás acompañamiento del bando real, pasaron a la plaza de la Fuente, donde estaba preparada una especie de columna fornida de mixtos incendiarios, en la que se veían algunos ejemplares de la Constitución española formada por las Cortes generales y extra-

ordinarias en 19 de marzo de 1812. Las tropas circuyeron este aparato, formando un cuadro con un cañón volante en cada uno de sus ángulos, asestado o dirigido así al patíbulo de la difunta Constitución. Un piquete que se aproximó a la columna disparó contra aquel libro, y al momento, como a explosión de relámpago, quedó ardiendo todo el aparato, y consumido por las llamas aquel Código que hace *pocos días* se llamaba sagrado. ¡Viva el Rey! ¡Viva el Rey! eran los acentos entusiasmados que sobresalían, durante esta escena de combustión, entre el ruido de las voraces llamas y la vibración concentrada de la música. Concluida esta función, se terminó el regocijo de este día con una salva de artillería, que hizo el real cuerpo de Artillería delante de su cuartel, un baile público a beneficio de la tropa e iluminación general.»



La moda, esa subyugante tirana, ha entrado en las casas y, revolucionando los muebles, ha revolucionado a los mueblistas. Ahora predica al furor de las telas de vistosos colorines con las que se construyen cortinas, almohadones y tapizan divanes. Los dibujos de estas telas llamativas consti-

multicolores son las novedades que traen las modas de Inglaterra y Francia para el mobiliario casero. Todo ello, con una disposición especial de las habitaciones, buscando gratos y plácidos rincones donde recogerse y soñar...

Respecto a trapos vuelven a aparecer los modelos de hechura sastre que buscan una severidad de líneas en concordancia con la seriedad de los tiempos que corremos. Y en los trajes sastre, así como en los vestidos de día y de noche, en las blusas, en las casacas y hasta en los *deshabillés* triunfa el terciopelo negro, que tanto favorece, haciendo resaltar la blancura de la tez.

Los descotes se abandonan un poco. Es lógico. El invierno se anuncia crudo y hay que preocuparse de cuidar las bellas gargantas. Así, pues, se llevarán muchos trajes con la chaqueta abotonada hasta arriba, con cuellos altos, muy altos. También se alargarán las mangas, por lo menos, hasta el codo, y volveremos a ver aquellas mangas huecas que el año 1830 hacían las delicias de nuestros bisabuelos. La moda todavía no ha dictado un patrón definitivo. Podéis, bellas lectoras, imaginar vuestros trajes, que serán admitidos siempre que busquéis en ellos las líneas severas y rectas, que son hoy la característica única que nos marca la moda.

Condesa Safy.



tuyen paisajes, escenas y flores en las que se vierten todos los colores del arco Iris. Y esta pintoresca vistosidad se acentúa y multiplica por los reflejos de las lunas biseladas que adornan las paredes.

Sí, mis queridas lectoras: espejos y figurillas



Los nuevos capitanes de Es- tado Mayor.

En el nuevo edificio donde se halla instalada la Escuela Superior de Guerra se ha verificado con toda solemnidad el acto de imposición de las fajas a los nuevos capitanes de Estado Mayor. Estos aparecen en la presente fotografía en grupo con el ministro de la Guerra y general subsecretario, que presidieron la ceremonia.



Escuelas prácticas.

El mes de octubre ha sido el elegido por los Cuerpos para



organizar las escuelas prácticas, que como final de su instrucción han realizado las distintas Armas. Su Majestad el Rey, que se interesa grande-

mente por cuanto se refiere a los Institutos armados, ha concurrido a gran número de los ejercicios realizados. En la fotografía vese a nuestro Monarca examinando el blindaje de un abrigo moderno, construido por los ingenieros en la organización de un sistema defensivo.

La Fiesta de la Raza.

El 12 de este mes se celebró en toda la Península la Fiesta de la Raza con distintos actos que pusieron de manifiesto el gran entusiasmo que esta fiesta, por lo que significa, despierta. Los estudiantes madrileños organizaron una manifestación que, partiendo de la

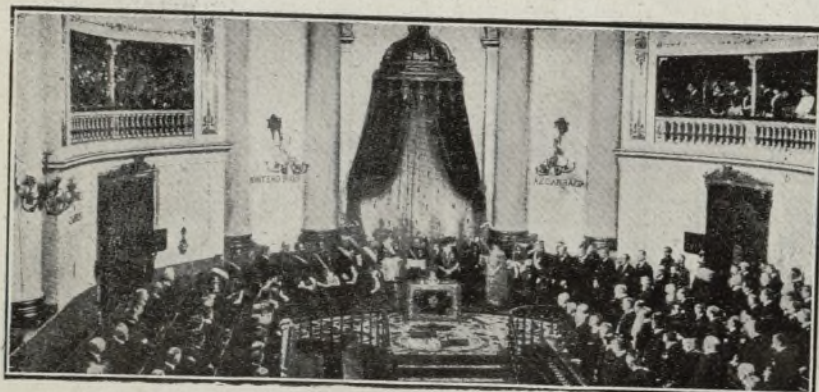
Universidad Central, llegó hasta el monumento a Colón, donde se pronunciaron discursos. La fotografía muestra el



momento en que las banderas de las Facultades son depositadas al pie del monumento levantado al inmortal genovés en nuestro paseo de la Castellana.

El Congreso Postal.

Elegido Madrid como lugar de reunión, actualmente se celebra en esta corte el VII Congreso Postal. La inauguración tuvo lugar en el Senado, y la ceremonia fué presidida por S. M. el Rey, de cuyo acto publicamos la fotografía.



El regimiento de las Ordenes Militares.

La bandera del nuevo regimiento de las Ordenes Militares ha sido regalada por el Ca-



pítulo de caballeros. La ceremonia de la entrega de la bandera se ha realizado con gran solemnidad en Estella, donde se halla de guarnición el regimiento, y ha sido presidida por S. M. el Rey y presenciada por los caballeros de las distintas Ordenes.

Méjico y España.

El nuevo presidente de la República de Méjico ha querido inaugurar su etapa presidencial enviando a España, como embajador extraordinario, que testimonie el afecto que aque-

lla nación nos profesa, al ingeniero y periodista D. Félix F. Palaviccini. Bien ha sabido desempeñar su comisión el ilustre enviado, e indudablemente se lleva a su patria la certeza de nuestro cariño sincero y fraternal.

El Sr. Palaviccini ha sido festejado con un banquete en el Palace, al final del que fué tomada la fotografía que acompaña a estas líneas, y por una recepción en la Academia de Jurisprudencia, organizada por la Asociación de la Prensa.

En la conferencia que pronunció en el Ateneo, el señor Palaviccini expuso los laudables propósitos que animan al Gobierno de Méjico con respecto a España. Según nos comunicó el ilustre ingeniero, el Gobierno mejicano actual respetará todos los compromisos contraídos por sus predecesores. Hará más: cuantos perjuicios hayan sufrido los españoles, como los demás extranjeros, serán indemnizados. Y respecto a la Deuda nacional, muy pronto se reanudará el pago de la renta. La tranquilidad iniciada abrirá una era de venturas para el pueblo mejicano, que por su posición geográfica es la avanzada del hispanoamericanismo.

Cree el embajador especial de Méjico que su patria y España deben saldar inmediatamente la cuenta que ante la Humanidad tienen contraída: la erección de un monumento a

Hernán-Cortés, que con Pizarro, Valdivia y Quesada constituyen una legión de capitanes que nada tienen que envidiar a Julio César.

Otras ideas expuso nuestro ilustre compañero el Sr. Palaviccini en pro de la confraternidad hispanomejicana que requieren atenciones solícitas en el terreno de la realidad.



La botadura del "Alfonso XIII".

La Compañía Trasatlántica ha botado al agua un hermoso barco, primero de la serie de gran tonelaje que ha de ser construida en España. El nuevo barco lleva el nombre de nuestro Soberano y es muestra de orgullo para la industria nacional. Su Majestad el Rey asistió a la botadura.





EL TUNEL DE MACKENSEN

Como recuerdo de la pasada guerra, quedan grabadas en la piedra las inscripciones que a la entrada del túnel muestra el grabado. El general alemán Mackensen ordenó abrir este túnel para asegurar las comunicaciones de sus tropas en el frente oriental, y para conmemorar el hecho hizo esculpir en la montaña la fecha del suceso.

Ocupado después el túnel por los franceses, éstos hicieron fijar la segunda inscripción, en la que se dice, con demasiada ironía, que la obra del general Mackensen les ha servido a ellos para completar su triunfo.



UN MILAGRO

Los que tenemos, aunque nos esté mal el decirlo, una chispa de erudición, sabemos que el gran Monarca francés Luis XIV tenía malas pulgas, y que para conseguir *quedarse* con él no se le podía *entrar por derecho*; cosa esta que suelen hacer nuestros matadores de ahora, más o menos fenómenos.

Pero vayamos al grano. Sucedió que en cierta ocasión se le ocurrió al Rey *Sol* pasar revista a sus guardias suizos en la llanura de Onille. Las tierras de aquella llanura pertenecían, en su mayoría, a modestos labradores, y excusado es decir cómo quedarían los terrenos que estaban sembrados, después de la irrupción de varios regimientos. ¡Ni rastro!

El dueño de una parcela, que hacía poco la había sembrado de guisantes, estaba inconsolable viendo aquello. No sólo se mesaba sus cabellos, sino que se los mesaba al primero que se le ponía por delante.

—Si le pido al Rey—pensaba—que me abone el daño que sus soldados me han hecho, es lo mismo que si hiciera

las diez de últimas, porque me mandará a hacer gárgaras y, además, ordenará que me aticen cincuenta lapos por reclamón... Meditemos.

Y después de cavilar siete minutos, aproximadamente, dióse una palmada en la reluciente calva, y comenzó a gritar como un energúmeno:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Gritó tanto que el Rey, que era curioso como un demonio, le preguntó, todo intrigado, qué milagro era aquel.

—¡Ah, señor!—respondió el aldeano—. He sembrado guisantes en mi tierra y han salido suizos, con uniforme y todo.

El Rey se echó a reír a mandíbula batiente, comprendiendo la indirecta, y en vez de fruncir el entrecejo ordenó que se le indemnizase al labrador, el cual demostró ser más diplomático que todos los marqueses de Lema habidos y por haber.

Antón Trijueque.

San Dinerito.

NOVELA POR LUIS ANTÓN DEL OLMET

(Continuación.)

Acarició la barbata de su esposa, y añadió:

—Tenemos cinco mil durillos de capital, todo el ahorro de mi pobre madre. ¿Qué es eso para nuestros hijos? Miseria. No es que yo quiera tirarlos por el balcón; pero atenerse a tan pequeña renta linda con lo idiota. Gastemos con tino, administremos con discreción, pero sin tacañería. Antes de un mes tendré 20.000 duros, y en menos de un año, 125.000. Y lo que vendrá. La cuestión es iniciarse. Da Estereira me habló ayer de mulos.

—¿De mulos?

CAPÍTULO QUINTO

En el que se plantea el colosal negocio de los mulos.

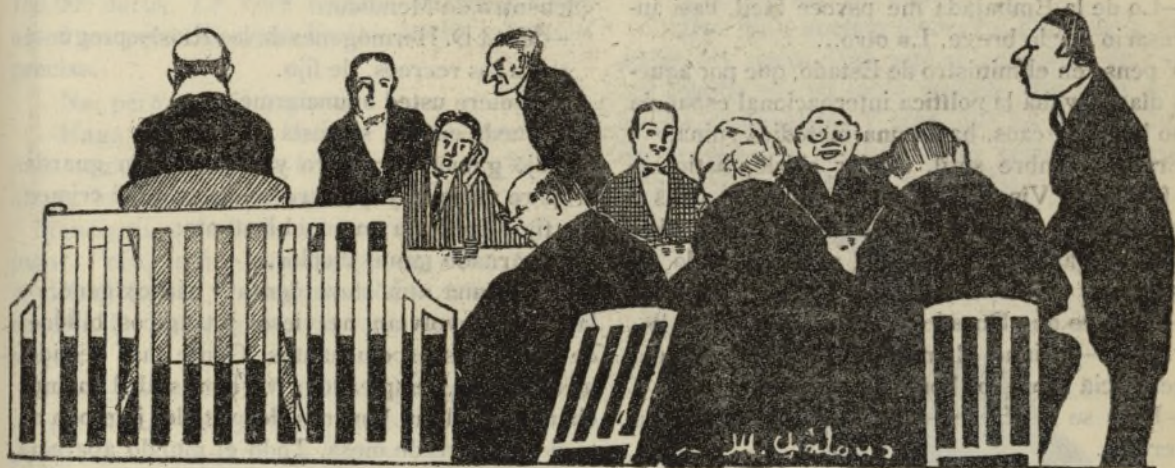
—Mientras viene mister Birt—le había dicho Da Estereira—vayamos a los mulos. Tengo mulos. 5.000, 10.000, 15.000.

—¿Usted mismo? ¿Los tiene usted mismo?

—¡Hombre...!

Se atusó Da Estereira sus largos mostachos portugueses, y dijo:

—Cuando agarre usted el permiso le presen-



—Mejor que el carbón. Ya se han hecho ricos con los mulos más de cien sagaces. ¿No comprendes que Francia los necesita para su Ejército y que los paga admirablemente? Carbón y mulos, chica. Nada, este es otro mundo. ¡Avante!

Y la pobrecita fué cediendo, cediendo. Y mientras regresaba de Londres mister Birt se mudaron a una casa de calefacción, tomaron doncella, trajearon a los chicos embelleciéndolos, ella accedió, no sin obstinada resistencia, a dejarse vestir por un rizado sastre de señoras, y él se puso a usar para diario las botas bicolor y a no privarse del coche, del habano, de la cena en Botín, de la platea, con los amigachos, para oír a la Raquel.

taré al señor que los posee. Son dos gestiones las precisas. Esto es más arduo que lo del carbón, pero más rápido. En ocho días puede estar listo el asunto.

Y llegó al detalle.

Se necesitaba que el embajador francés le pidiera al ministro de Estado español un permiso para exportar mulos a su país.

Comprenderá usted lo sencillo que eso resulta—añadió Da Estereira—. ¿Qué más desean los franceses sino mulos? Usted, aliadófilo militante, puede solicitar eso en la Embajada sin la menor dificultad, haciendo encima un servicio a la causa francesa. Después...

Da Estereira se atusó la guía derecha del bigote, la izquierda luego, y añadió:

—Después, al ministro. El ministro de Estado, ante la petición del embajador, lleva el asunto

a Consejo. Altas conveniencias diplomáticas, reciprocidades necesarias, historias... Queda acordado. El ministro lo ordena así al director de Aduanas. Y empieza a pasar mulos por Irún que es una bendición. Mi amigo está dispuesto a dar 20 duros por cabeza. En 15.000, son 300.000 duros. Buen margencito, ¿eh...?

A Mendicuti le pareció demasiado aquello.

—¿Hay precedentes?

—¿Precedentes? La voráGINE, amigo Mendicuti. Ya se han pasado a Francia quizá 500 mulos. Y caballos, y cerdos, y bueyes.

Citó.

—Se han hecho millonarios varios ministros y no pocos periodistas. Anda un acaparador por ahí, llamado Ruiz de la Cos, que lleva, cínicamente, una cabecita de mulo por alfiler de corbata.

Mendicuti empezó a planear el asunto en la imaginación suya, excitable:

—Lo de la Embajada me parece fácil, casi innecesario por lo breve. Lo otro...

Y pensó en el ministro de Estado, que por aquellos días llevaba la política internacional española si no hacia el caos, hacia una metódica ruina.

Era un hombre sutil, orador chirle, boticario sin farmacia. Vino a Madrid con un trapo atrás y otro adelante; se había casado con una mujer bellísima y gastadora, rayo de sol engarzado en platino:

—Yo creo que Dorado no entra en esto sin llevar parte—inclinó Romualdo, que tenía alguna experiencia sobre los hombres públicos.

—Pues se le ofrece—afirmó rotundamente Da Estereira.

—¡Carape! Sí que debe ser sencillo eso de acercarse a un ministro y soltarle de pronto: ¿Quiere usted 150.000 duros por facilitarme el paso de unos mulos a Hendaya?

Da Estereira convino en que no era fácil realmente.

Muy estragado estaba, al parecer, el paladar ministerial. ¡Se decían tales cosas! Aunque, en resumidas cuentas, hacían bien. Los pobrecitos ministros, después de todo, sienten sus necesidades, sus estímulos, sus apremios. Son hombres. Tienen señora, niñas casaderas. Sí, pero era fuerte lanzarle a Dorado ese escopetazo.

—Busque usted una fórmula—inclinó.

Mendicuti, con su repentización meridional, vio súbito al hombre aprovechable.

—Ya está—dijo—. Aceptado el negocio. Hablaré a una persona.

Y pensó en D. Hermógenes de los Ríos, ex gobernador civil de Logroño en tiempos de Sagasta, que llevaba con un emotivo optimismo picoteante su larga cesantía, y que era pariente del excelentísimo Sr. D. Juan Dorado por lazos de maridajes y ensambladuras.

Don Hermógenes, que se tuteaba con Dorado y que ya había sido partícipe con él de otros asuntos, era la persona indicada. ¿Sería hora de verle? ¿Estaría, como siempre, en el Círculo siguiendo su rachita de negros?

Da Estereira—exclamó—, espéreme en «El Lobo Gris». Voy a pasarme por el Centro Astorgano a ver si está mi hombre.

Y dejando a Da Estereira en la calle, se acercó a la de Peligros y subió al Centro Astorgano.

Estaba encima de un café y era una ficción de Casino que explotaba autorización de juego lograda por un ex senador de la solidaridad catalana.

Dos criados fúnebres, pero solícitos, salieron al encuentro de Mendicuti:

—¿Está D. Hermógenes de los Ríos?—preguntó.

—En los recreos, de fijo.

—¿Quiere usted anunciarme?

—Puede entrar, si gusta.

Dejó gabán, sombrero y bastón a un guardarropero anciano y penetró en la sala del crimen. Un timbero decía en aquel instante:

Encarnado gana, y color.

Había una atmósfera densa y sin oxígeno, en la que se revolvían, nerviosos y trágicos, billones de microbios espeluznantes. Gente mal vestida, menstrales, empleados, vividores del hampa charolada, algún burgués despistado, jugaban en torno de la verde mesa. Todo el mundo aparecía serio, con rostro de sufrimiento íntimo, borrachos de aquella morfina espiritual, presos del vicio, confiando el pan de mañana a la volubilidad de una sota francesa.

Mendicuti, cuya miopía no le consentía ver en aquella atmósfera, recorrió el óvalo de la mesa verde buscando a de los Ríos. Al fondo, un codo apoyado sobre el tapete, las mejillas rojas, estaba D. Hermógenes, absorto. ¡Era estúpido! ¿Por qué había de quebrar, en el quinto golpe, un tisatur que no podía fallar sin peligro de la lógica?

—¡Es imbécil!—le dijo a Mendicuti como si reanudaran una charla interrumpida—. A tres, dos. ¡Canallesco! ¡Juego! ¡Juego!

Y echó una placa sobre el acotado de «contra».

—Encarnado gana, y color—dijo el echador de los naipes con una serenidad que debió helar la sangre de D. Hermógenes.

—No juegue más—le reconvino Mendicuti—. Quiero decirle algo muy interesante.

Se fueron a un rincón y charlaron:

—¿Qué tal está usted con el ministro?

—¿Qué ministro?

—Su pariente.

Don Hermógenes vaciló un momento:

—Según. Si es para rogarle algo, mal. Si es para ofrecerle...

—A eso vengo. Tengo un negocio enorme. Exportación de mulos a Francia. Hay 300.000 duros de margen. Se le pueden dar 150.000 a Dorado. Nos quedan otros tantos, de los que le daría 50.000.

Don Hermógenes aceptó vivamente.

—No estamos muy a bien—añadió—. Sobre todo desde que se casó con Rosaura. Cuando hizo el negocio de la remolacha siendo ministro de Fomento, compró automóvil y renunció a sus parientes sin fortuna. Pero Juan no pierde así como así 150.000 duros. Le veré mañana mismo. ¿Tiene usted ya promesa de la Embajada? Es condición precisa.

—No, pero lo creo seguro.

—Haga esa gestión. Yo haré la mía. Nos veremos aquí, a las seis de la tarde. ¿Convenidos? Y ahora, hagamos una «vaquita».

Mendicuti se resistió débilmente. Era absurdo jugar. Pero, en fin, para probar fortuna, ya que iniciaban juntos un negocio... Y le entregó diez duros a D. Hermógenes, cuya mitad arriesgó a negro.

Vino el negro. Entre dudas y quiebras llegaron a reunir cuarenta y cinco duros, que Mendicuti deseó retirar. Pero de los Ríos se opuso:

—Estoy metido con ochenta «moscovitas». Tengo que manumitirlos.

Y puso veinte «moscovitas» a color, y se perdieron. Hubo que sacar otro verdolago, que también se lo llevó la raqueta.

—No, D. Hermógenes—terminó Romualdo ante una nueva insinuación—; me quedé sin dinero. Mañana probaremos otra vez. Hoy dejaríamos aquí la pelleja.

Al día siguiente, bien tempranito, fué Mendicuti a la Embajada gala. No pudo ver al embajador, pero habló con el primer secretario. Lo hicieron en español, pues aunque Mendicuti poseía la lengua de Anatole France y hasta había traducido a Verlaine, siendo mozo, monsieur Conquereur dominaba el español. Solamente la erre se le mostraba hostil.

Monsieur Conquereur era uno de esos franceses que definen a la raza. Alto, efusivo, con sus gran-

des mostachos borgoñones, se hacía simpático a primera vista, penetrando alma adentro.

—Se está abusando mucho de los mulos—razonó—. ¡Son tantas las peticiones que se nos hacen! En fin, póg seg usted reformista y escritog aliadófilo se lo digé a mi jefe. Venga póg aquí pasado mañana.

De tarde, reincidió Romualdo en el Astorgano para ver a D. Hermógenes. Llegó pletórico de alegría, amando a Francia, y deseando la emigración en masa de todo el ganado mular.

—Estuve y me prometieron hacerlo. Gente amable—espetó.

—Pues entonces—rió de los Ríos—es cosa ultimada.

—¿Le habló usted a Dorado?

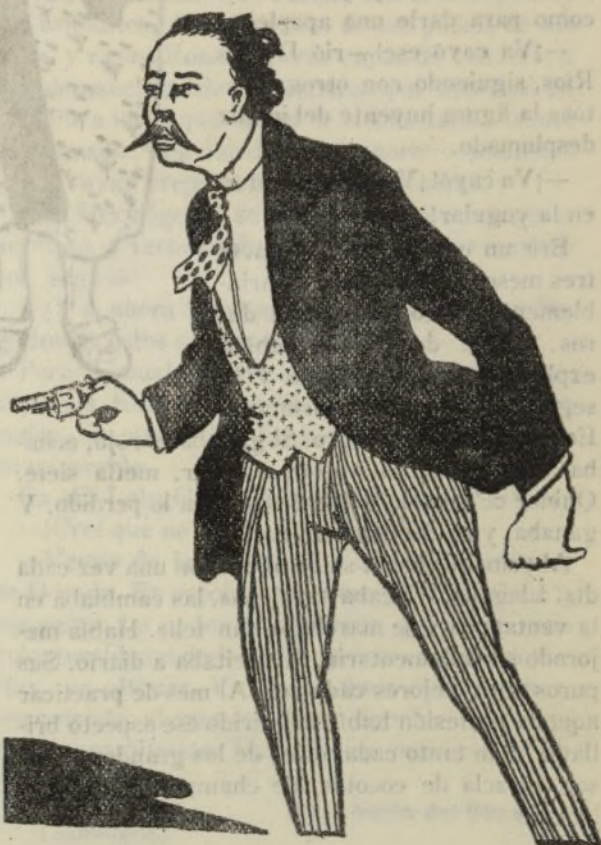
—Naturalmente.

—¿Prometiéndole los 150.000 duros?

—Claro está.

—Y aceptó así, ¿de plano...?

—¡Qué iba a aceptar de curvo! Dijo que sí, pero exige dos cosas. Una, que el embajador de Francia solicite eso en «nota verbal». Ese es el terminacho diplomático. Y otra, que los 150.000 duros se depositen a nombre de su yerno, Alcibíades Góngora, en el Banco de Crédito.



—Pero eso, ¿no ahora?

—Antes de presentar el asunto a Consejo. Para garantía de los amigos y consocios de usted, hemos buscado una fórmula. Ese dinero no lo podrá retirar Alcibiades sin que firme también el cheque cualquiera de los capitalistas. Como ve usted, la cosa va derecha. Que Dorado se rodee de seguridades me parece buen indicio. Señal de que vió y codició.

Hizo una pausa D. Hermógenes, y dijo:

—Bien..., vayamos a la «vaquita».

—Sólo arriesgo veinte duros, ¿eh? No tengo más.

—Serán bastantes.

Y cogiendo el azulago que Romualdo le ofrecía, y sin ayuntarlo a otro, pues D. Hermógenes debía estar sin blanca, lo hizo cambiar y lo perdió, lenta y sabiamente, comentando:

—Es ilógico. Dice mi cartón que debería ganar el «color». Vea usted. Cerciórese.

Pero la indignación del viejecito simpático y bondadoso tuvo rápida tregua. Un hombre se había levantado iracundo y había salido del salón rojo y convulso, como para darle una apoplejía.

—¡Ya cayó ese!—rió De los Ríos, siguiendo con otros «puntos» la figura huyente del infeliz desplumado.

—¡Ya cayó! ¡Ya se la hincaron en la yugular!

Era un caso aquel tío. Hacía tres meses que ganaba, invariablemente, cinco duros, diez duros, veinte duros. Le habían explicado una martingala y la seguía con frialdad marmórea. Echaba un duro a negro. Si ganaba el rojo, echaba tres duros. Si volvía a fallar, metía siete. Quince de un solo golpe desquitaba lo perdido. Y ganaba, y se iba como un zorro.

Al principio hacía su combinación una vez cada día. Llegaba, trincaba sus fichas, las cambiaba en la ventanuca y se marchaba tan feliz. Había mejorado su indumentaria. Se afeitaba a diario. Sus puros eran mejores cada vez. Al mes de practicar aquella profesión había adquirido ese aspecto brillante y un tanto cadavérico de los grandes viciosos, mezcla de cocotas, de champaña y de opulencia.

Echenique, el jefe de los timberos, hombre pálido, cansado, experto, le había dicho a D. Hermógenes, a quien distinguía con su amistad:

—Ya caerá ese desgraciado.

Pero, no... No caía. Es más, seguro de la martingala, ya no se conformaba con percibir su renta diariamente. Ahora la cobraba varias veces en la jornada timberil. Salía con sus cinco «moscos», los gastaba en cualquier frivolidad, volvía y afanaba otros cinco «machacantes». En su boca había siempre una sonrisa, y en su ademán un reto.

—Le aseguro a usted que caerá—aseveraba Echenique.

Había expectación por asistir a la caída. Los perdidosos, que eran legión, deseaban también verle palmadito como un sér normal. En el fondo les irritaba tanta suerte. Que se dejaran allí los pelos hombres avezados y marchosos, y que aquel zamacuco se hartase de retar a la suerte era una monstruosidad.

—¡Ha caído al fin!—exclamó de nuevo D. Hermógenes, iniciando a Mendicuti en aquella singular aventura.

Marró. Marró aquel día con desventura interminable.

Jugaba a negro. Perdió un pase, dos, tres, cuatro, cinco. En el sexto golpe debía meter treinta y cinco duros. Lo hizo sin vacilar, sonriente, dueño de la fortuna. Metió después setenta. Los perdió. Luego, un billete enorme, el billete definitivo, el de mil pesetas.

Algunos «puntos» dejaron de jugar. Cundía una atención infi-

nita. Perdió también. Y levantó entonces su cabeza sudorosa y atónita, como un buey consciente que presintiera el sacrificio próximo. Le temblaban las aletas nasales. Había en sus ojos una llama de ira, de odio infinito, de consternación trágica. Era el macho a quien se le rebela su hembra siempre humilde; el artista del que huye la inspiración; el caudillo a quien miran con desprecio rugidor sus huestes; el Monarca ante cuyo pavor se alzan los fríos palos del patíbulo.

Sacó tres billetes de mil pesetas y los echó a negro. Echenique, pálido, inmutable, rehusó:

—Caballero, el máximo son tres mil pesetas por



paño. En el suyo se juegan cien duros. Sólo puede jugar dos mil quinientas. Dispense, caballero, pero es reglamentario.

—Van las dos mil quinientas—replicó el jugador con la voz alterada.

El echador sacó un diez, un mono, otro mono, un as.

Estaba salvado el loco aquél. Tenía el mejor punto. Ganaría. Luego, con rapidez de rayo, el timbero cantó:

—Empate a uno.

—¡Qué bestialidad!—gritó el hombre aquél, convulso y atónito—. ¡Es para suicidarse!

Había perdido la mitad de su fortuna. Lo dejó todo y vino la contraria, inexorable. Se alzó entonces y fué al teléfono. Al cabo de un cuarto de hora le trajeron un ejército de reserva. Y ciego, demente, en un rato siniestro de tortura bárbara, se quedó implume, vomitando sus ganancias, sus ahorros, acaso todo su capital y el de sus hijos.

Y salió entre la risa morbosa de todos. Luego:

—¡Vuelve! ¡Vuelve!—exclamó D. Hermógenes absorto, viéndole regresar al salón.

En efecto. Avanzaba como un espectro, macedado, violáceo el semblante. En sus ojos se leía un designio terrible y hondamente furibundo. Se puso cerca de las fichas, y cuando iban a echarse las cartas, gritó:

—¡Juego! Van treinta mil pesetas a color.

—No puede ser—replicó Echenique alterado, barruntando la hecatombe.

—Entonces, venga.

Sacó un revólver, y con la mano izquierda se apoderó de las fichas más grandes. Algunos circunstancias huyeron despavoridos, arrollando las sillas. Echenique, lívido e impertérrito, dejó hacer. El hombre, arma en mano, atravesó el salón como una sombra. Echenique siguió inalterable como si nada hubiera sucedido, temeroso de llegar al escándalo y tuviera que intervenir la policía.

—Hagan juego—dijo con voz segura.

Un disparo conmovió a la sala. Entró un taurero raudo y ciegamente:

—¿Qué ocurre? ¿Se ha suicidado?—preguntó Echenique saltando en su butaca.

—Sí. Tiró las fichas robadas y se saltó los sesos.

Cuando salían De los Ríos y Mendicuti, dijo D. Hermógenes:

—Sí... Cerrarán los garitos durante un mes... Luego... Estas chirlatas son un arma política. Bueno, a otra cosa. Dorado está en el asunto. El asunto se hará. Se hará, Mendicuti. Y ya era

ocasión. El idiota del pistoletazo hubiera sido mi precursor, Mendicuti.

CAPITULO SEXTO

El negocio de los mulos aparece más complejo de lo que pudiera imaginarse.

Monsieur Conquereur dijo que sí, que se pediría el permiso como «nota verbal». De esto hacía Dorado cuestión de gabinete. Era su tapujo. Dig-namente no podía llegar ante el Consejo de ministros solicitando una excepción en las tarifas aduaneras si ello no lo justificase una gestión diplomática, bufa como punta de lanza.

Con la promesa de monsieur Conquereur, habló Mendicuti a D. Hermógenes, que se había trasladado al Casino Vasco-Navarro-Montañés, donde se toleraba el juego merced a la influencia de un policía que era sobrino del presidente del Senado.

—He vuelto a entrevistarme con Juan—dijo el señor De los Ríos—, y lo advierto rijoso de esas pesetillas. Rosaura se ha enterado ya, y es la que más prisa tiene. Como al fin ha sido invitada a comer en Palacio, está dispuesta a imponerse con un lujo estruendoso y apocalíptico. Se sabe más guapa que las Grandes y desea apagar el ruido de las murmuraciones que suscita con el estrépito de sus brillantes, de sus perlas, de sus pieles, de sus sedas y rasos. Rosaura sería capaz de venderle a los alemanes la isla de Menorca por aplastar en un baile a las duquesas que le son hostiles. Asunto solucionado. Vea usted a esos señores capitalistas y que vayan preparando la pasta mineral.

Don Hermógenes se rascó la barba en un gesto nervioso, y recordando antiguos negocios frustrados, sugirió:

—¿Y si ahora resultase que no hay mulos? Petardos de estos son los del día.

Pero Romualdo, cuyo pensamiento se fué derecho a Da Estereira, afirmó la existencia de los mulos. De otro modo, Da Estereira hubiera sido un miserable.

En «El Lobo Gris» Da Estereira le aguardaba.

—¡Creí que no llegaba usted nunca!

—Vengo de la Embajada y de ver al pariente de Dorado. Es preciso que veamos hoy mismo a esa gente. La mujer del ministro, que tiene unas voluptuosidades de joyería, aprieta como un dolor. Hay que ultimar. Yo vengo, fiado en su palabra, removiendo al mundo. Sería horrible un plante ahora, una dilación. Habría para reñir con usted.

Luis Antón del Olmet.

(Continuad.)

SECCIÓN DE ENCARGOS

ARMAS Y LETRAS, en su afán de proporcionar a los suscriptores toda clase de ventajas, organiza desde este número la «Sección de encargos», que ha de ser de gran utilidad para los que residen en provincias.

ARMAS Y LETRAS se constituye desde hoy como agente representante en Madrid de sus suscriptores, encargándose de elegirles, comprarles y remitirles, sin comisión alguna, cuantos objetos o géneros necesiten.

El envío se efectuará en paquetes por ferrocarril o correo contra reembolso, cuyo gasto será cargado al suscriptor.

A la expedición acompañará la factura justificante de la Casa vendedora y un catálogo de precios, si existe.

Los que antes de verificar su compra quieran conocer detalles del género que deseen adquirir deberán enviar sello para la contestación.

Para la mayor facilidad en la organización, la «Sección de encargos» queda dividida en los grupos siguientes:

Primer grupo.—Material y objetos de escritorio.

Comprende impresos, cartas timbradas, lápices, plumas, gomas, etc. Archiveros, ficheros, clasificadores y toda clase de objetos que tengan relación con las oficinas y despachos.

Segundo grupo.—Libros.

Comprende todas las obras científicas y literarias que existan en el mercado.

Tercer grupo.—Documentos.

Comprende certificados de última voluntad, antecedentes penales, del registro, partidas de nacimiento, casamiento, etc.

Cuarto grupo.—Camisería y objetos de equipo.

Comprende camisas, cuellos, puños, corbatas, guantes, bastones y paraguas.

Quinto grupo.—Sombrerería y zapatería.

Comprende sombreros de todas clases, gorras, roses, chacots, zapatos y botas.

Sexto grupo.—Especialidades farmacéuticas.

Anuncios por palabras.

Tarifa de anuncios en esta sección, incluido el impuesto del Timbre. De una a 15 palabras, 2,50 pesetas; por cada palabra más 15 céntimos.

SAHOL.—Es la mejor medicación para curar sabañones. De venta en las principales farmacias.

CAMISERÍA DE MODA.—Luis de Val. Camisas, corbatas, guantes, bastones, paraguas. Barquillo, 8 triplicado, Madrid.

IMPRESOS artísticos, económicos, de todas clases. Publicación de obras y revistas. Le interesan presupuestos de la imprenta B. Izaguirre, Madrid, Churrua, 17.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario: Miguel Simón. Servicio esme-

rado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación de 10 por 100.

PARA pasar un rato distraído nada más a propósito. Cervetería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventruído; hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSRO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

AGERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de pren-

das a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38, Madrid.

LA EXPOSICIÓN.—Fábrica de camisas, corbatas, cuellos y puños. Telesforo G. Ramos. Príncipe, 19, Madrid.

CLEMENTE Y GARCÍA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34, Madrid.

GORRAS y efectos militares.—Isidro Sánchez. Alcázar, 6, Toledo. Gorra azul bordada, 16 pesetas; con emblema metal, 14 pesetas. Envíos a provincias.

Sección de consultas.

J. D. L.—Toledo.—Su trabajo está bien; pero no encaja en el marco de la Revista. Envíe otra cosa y se la publicaremos con mucho gusto.

A. G. E.—Betanzos.—Hemos escrito a usted una carta en la que le hablábamos de sus trabajos. Sentimos no la haya recibido. En el número de septiembre se ha publicado uno. Le devolvemos los otros, según nos pide. No le pasamos cargo por ello. Apreciamos mucho sus artículos; pero usted mismo comprenderá que esos no encajan en el marco de la Revista.

J. B.—Alicante.—Sus versos son muy bellos. Publicaremos con mucho gusto lo que nos envíe; pero no nos atrevemos a asegurarle nada respecto a fechas de inserción por las dificultades de ajuste.

A. V. R.—Ronda.—Habrà usted recibido nuestra carta. Tenía usted duplicada la ficha por equivocación, motivada por un cambio de destino. Queda todo arreglado, y si le parece, se aplica ese trimestre al último del año, del que no recibirá usted cargos.

S. D.—Lloret del Mar.—Le hemos remitido los ejemplares que indicaba y que, por error, se retrasaron en el envío. Los suponemos en su poder. Muy bien las «Aventuras». Si siguen, el año que viene les pondremos dibujos.

A. G. G.—Segovia.—Se le ha enviado el número que pedía. Suponemos lo habrá recibido.

J. M. R.—Cádiz.—Su consulta no ha podido ser evacuada a la hora de cerrar este número. Recibirá usted por carta la contestación a sus preguntas si ya no la ha recibido a estas fechas.

J. F.—Puerto de Lumbreras.—Contestamos a sus preguntas. Primera: Todavía se hallan suspendidas en España las garantías. Segunda: Por consiguiente, no hace falta mandamiento para el registro de las casas. Tercera: No tienen los estancos firmado compromiso que facilite el registro de los domicilios particulares.

F. S.—Ferrol.—Evacuada su consulta. Hace usted el número 4 para ir a Cádiz.

J. S. T.—El tiempo de arresto no se computa para el tiempo de permanencia forzosa, porque es privación de libertad y no se puede prestar servicio. La papeleta pidiendo destino para la Península se cursa al cumplir el tiempo de permanencia. Después puede hacerse nueva cada seis meses.

P. M. M.—Lérida.—El tiempo que, como habilitado, estuvo en la Península no se le cuenta como servido en Africa. Ahora, si usted fué con el batallón expedicionario y volvió repatriado con él, se le considera como si hubiera cumplido.

C. C.—Santander.—No importa que sea usted encargado del banderín de enganche. Dispondrán su destino cuando le corresponda por falta de subalternos, sin tener en cuenta lo que alega.

B. S. D.—Melilla.—No hay vacantes donde usted desea; por eso no ha sido destinado. Quizá ocurra alguna este mes.

J. M. T.—Larache.—Sus dos meses de licencia por enfermo le retrasan su ascenso, pues tiene usted que pasar precisamente 36 revistas en situación de activo.

A. G. Melilla.—El tiempo servido en Africa como voluntario sirve para cumplir su compromiso, tanto en su empleo como en el siguiente. No pueden, pues, destinarle en turno forzoso hasta que no le toque nuevamente, por haber repetido todos los más modernos que usted el plazo de permanencia forzosa.

A. G. R.—Segovia.—No se le puede decir el número que hace, pues no ha entrado en el segundo tercio y, por consiguiente, el número varía todos los días. Quizá entre en ese segundo tercio el mes que viene. En la actualidad, hay voluntarios para todas partes menos para Larache.

A. A.—Medina del Campo.—Se le ha concedido la cruz y la placa. La primera con antigüedad de 15 de junio de 1904 y la segunda con la de 3 de mayo de 1917. No se le deduce tiempo por las notas. Uno de estos días se publicará la resolución en el «Diario Oficial». La consulta segunda no cabe en esta sección por no ser suscriptor el interesado.



PARA PASAR EL RATO

DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

CHARADAS

Junto a un *segunda-tercia* perdí yo el *prima*, y al fondo de aquel *todo* fuíme en seguida.

*

Mi *segunda* es una nota; *cuarta-prima*, un roedor; *segunda-cuarto*, un teatro; *dos-una*, lo que yo doy; *tercia-dos* es alumbrado que empleo en mi habitación; mi *tercera* es consonante; en vagones leo yo la palabra *prima-cuarta*, y mi *todo* es población.

CRUZ GEOGRÁFICA

Por Andrés y Jorge Fedensieu.

	0	
	0	
	0	
.	0	.
	0	
	0	
	0	
.	0	.
.	0	.
.	0	.

Sustituir los puntos y ceros por letras que expresen en las líneas horizontales de puntos y en la vertical de estrellas provincias españolas.

CUADRO DE PUNTOS

0
.	0	.	.	.
.	.	0	.	.
.	.	.	0	.
.	.	.	.	0

Sustituir los puntos y ceros por letras de modo que se lea horizontalmente:

- 1.º Nombre de mujer.
- 2.º Flor.
- 3.º Guerrero.
- 4.º Apellido de un inventor.
- 5.º Apellido de un dibujante.

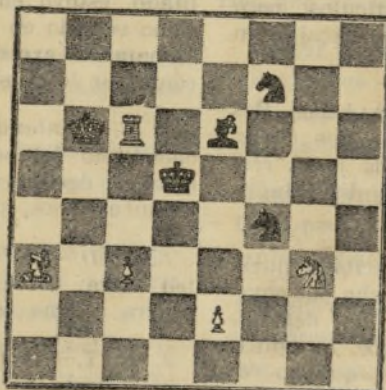
En la línea diagonal formada por los ceros, el mismo nombre que en la primera línea.

ACERTIJO CHARADÍSTICO

Algo que gusta al goloso, lo que hace el que quiere riña

y un sitio muy elevado, son tres cosas de dos sílabas; pero que sólo resultan ser tres sílabas distintas, que son las que dan el *todo*, que es un lienzo o una vasija.

PROBLEMA DE AJEDREZ



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

CASOS Y COSAS

En defensa propia.

Aquel año fué de los peores que se habían conocido; sembraron los labradores con la esperanza de que lloviese; pero fué tan seco, que los ríos más caudalosos de Aragón apenas llevaban agua; nacieron las semillas, pero los hielos las quemaron. Cuando mayor era la miseria en un pueblo inmediato a Graus, llegó el pregonero anunciando a voz en grito el haber llegado al lugar el recaudador de contribuciones.

Oír el pregón y cargar el tío Martín con más de treinta balas fué la misma cosa.

—Contribuciones a mí, que no tengo pan que dar a mis hijos—pensó—; primero me hacen pedazos que soltar una cuaderña.

Al atardecer se presentó el recaudador en su casa, y mostrándole el recibo, le dijo:

—Aquí le traigo a usted éste para que lo pague.

—¡Pagar yo que no tengo qué comer! ¿Y por qué?

—Es el recibo del trimestre.

—Como si fuera del año; pa mí es igual.

—No hay más remedio que pa-

garlo, y si no lo hace usted, le embargo en seguida el burro y lo mejor que encuentre en casa.

—Y los siete críos, la mujer y la suegra.

—Con esos se queda usted, pues alhajas con dientes nadie las quiere.

—Está bien.

Sin más discusiones cogió el tío Martín el trabuco, se lo echó a la cara y, ¡zas!, de las treinta balas, veintiocho hicieron blanco en el recaudador, que en el portal de la casa cayó boca arriba y en situación de darle sepultura en el acto.

Acudió la Guardia civil, y amarrado codo con codo se le llevó a la cabecera del partido judicial.

Allí le preguntó el juez:

—¿Por qué ha matado usted al recaudador?

—Porque tenía que defenderme de su ataque, y he obrado en defensa propia.

—¿Qué arma le sacó a usted?

—¿Fué de fuego o blanca?

—El recibo de la contribución.

¿Le parece a V. S. poco?

*

Un baturro muy sordo va a una tienda a comprar una falda para su suegra.

Le saca el dueño varias piezas, hasta que el baturro escoge una, y dice:

—Esta me gusta: es mu maja. ¿Cuánto pide usted por ella?

—Trece reales—responde el tendero.

—¿Treinta reales? Le doy a usted veinticinco.

El dueño, que adivina la sordera de su parroquiano, se apresura a contestar:

—Buen hombre, no he dicho treinta, sino trece reales.

—¿Trece reales?—responde entonces el baturro—. Le doy a usted diez.

Soluciones a los pasatiempos del número anterior.

A los jeroglíficos.

- 1.º A-can-tila-do.
- 2.º A-docena-do.
- 3.º Malicia.
- 4.º Ce-ni-ciento.
- 5.º A-cuartel-a-dos.
- 6.º Mira-mar.

RESUMEN DE LEGISLACION

Mes de septiembre de 1920.

El número que precede a cada disposición es el del *Diario Oficial* en que aparece inserta la Real orden.

Armamento.

201.—Se dispone que cuando el armamento fijado de dotación a los Cuerpos no sea suficiente para dotar a todo el personal puedan éstos sacar de los Parques de Artillería el necesario al efecto.

201.—Se dispone que el fondo de armamento se constituya a partir del año económico actual que empezó en 1 de abril.

Armas.

211.—Se determina la forma de quedar intervenidas las fábricas particulares de armas para evitar las ventas indebidas, y se fijan las atribuciones de la Guardia civil respecto a fiscalización de ventas y expedición de guías.

220.—Se determina la forma en que deben expedirse las guías para armas no reglamentarias en poder de jefes y oficiales del Ejército.

Clases de tropa.

200.—Se dispone que a los efectos del tiempo de empleo exigido a los suboficiales para ser declarados aptos para el ascenso sea de abono el que hayan servido dichos suboficiales en el hoy extinguido empleo de brigadas.

Comisiones científicas.

195.—Se constituye una Comisión científica para estudiar sobre el terreno los medios de evitar el paludismo que en forma endémica existe en África.

Destinos.

205.—Se determina que los que tengan que incorporarse a destinos que no sean de unidades armadas no lo efectúen hasta la presentación en éstas de sus respectivos relevos.

Enterramientos.

200.—Se dispone que cuando los individuos y clases de Marina e Infantería de Marina en activo servicio fallezcan en hospitales militares de localidades donde no haya cementerio especial de Marina, sean enterrados en el del Ejército, si lo hubiera, quedando autorizado en reciprocidad el Ejército para utilizar en análogos casos los pertenecientes a la Marina.

Fuerzas indígenas.

201.—Se dispone que el personal de tropa destinado a las fuerzas indígenas lo sea en el concepto de agregado por el tiempo preciso para comprobar su aptitud, y que, mientras tanto, figuren en los extractos de los Cuerpos a que pertenecen como causantes y sin haberlo.

Gratificaciones.

201.—Se dispone que cuando algún oficial preste servicio en las Mias por ausencia o enfermedad de los destinados en ellas se le abone por día la gratificación de Mía señalada a los de su categoría.

203.—Se fijan en 150, 250 y 300 pesetas, respectivamente, las gratificaciones mensuales que deben percibir los tenientes, capitanes y jefes destinados a las Mias de Policía Indígena.

Guardia civil y Carabineros.

200.—Se crea en los Institutos de Carabineros y Guardia civil la categoría de suboficial equivalente y con iguales insignias a la de la misma denominación en las otras Armas y Cuerpos del Ejército, determinando que en cada comandancia, tercio y compañía exista un suboficial como auxiliar del mando.

Hojas de movilización.

201.—Se dispone que las tienen por objeto el viaje de concepción de los reclutas a las cabeceras de las Cajas; se conserven durante un año y luego sean inutilizadas.

Marruecos.

196.—Se determina que mientras sea general el alto comisario de España en Marruecos tenga el mando en jefe de todas las fuerzas que constituyen el Ejército de España en África.

Organización.

204.—Se dispone la organización del primer regimiento de Artillería pesada, y se fija su residencia en Ciudad Real.

210.—Se determina la nueva organización del Cuerpo de Aviación militar y del de Ferrocarriles y etapas.

Socorros mutuos.

210.—Se crea una nueva Mía de Policía Indígena para prestar servicio en Taterst. Se denominará «Mía de contacto número 14».

209.—Se autoriza la constitución de una Sociedad de Socorros Mutuos para las clases de segunda categoría y asimiladas del Arma de Infantería.

Sueldos.

209.—Se determinan los nuevos sueldos que en lo sucesivo han de percibir los maestros armeros ajustadores, carpinteros, silleros, guarnicioneros, herradores, basteros, forjadores y escribientes temporeros.

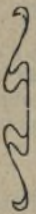
Sustitutos.

214.—Se autoriza a las Cajas de recintas para que admitan en todo tiempo cuantos sustitutos con destino a África se presenten en las mismas.

Tercio de extranjeros.

195.—Se organiza el tercio de extranjeros, determinando los capítulos del presupuesto donde han de cargarse los gastos de su constitución.

199.—Se determinan las reglas a que ha de ajustarse la organización del tercio, y se fijan las instrucciones referentes a la retribución de sus elementos y los haberes que disfrutarán los jefes, oficiales y soldados.



Servicios de la Compañía Transatlántica.

LÍNEA DE CUBA-MÉJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LÍNEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LÍNEA DE NEW-YORK, CUBA-MÉJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para New-York Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LÍNEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LÍNEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de África. Regreso de Fernando Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA

FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea.)

3

MAGNÍFICAS POS-
TALES O CARNETS
UNA PESETA

COMPañIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES

REINA, 29 Y 31 — TELÉFONO M. 1.444

Admón. de Loterías, núm. 16.-PLAZA DE SANTA CRUZ, 2.
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, Ultramar y
Extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados
de su importe.

SASTRERÍA DE SEÑORA Y CABALLERO

ANTONIO LÓPEZ & REBULLIDA

MAYOR, 25, ENTRESUELO

JOYERÍA

HISPANO-BELGA

MONTERA, 22

Joyas artísticas y econó-
micas. Relojería garan-
tizada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONÓMICOS

NO DEJE USTED DE
VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. — Pelayo, 70 (próximo a
Fernando VI).

MATERIAL ELECTRICO

Lámparas filamento metal de todas marcas.

A. PAJARES — JARDINES, 7 y 9

CONSTRUCCIONES EN ZINC, PLOMO, PALASTRO
Y CHAPA GALVANIZADA

HILARIO PUERTA GARCÍA. — Primera casa en envases para aceite.

Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378.

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA
CÍVICO-MILITAR.—La mejor y más conveniente.

R. FERNÁNDEZ ROJO GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. — Precintos de varias clases.

Teléfono M. 415.—FUENTES, NÚM. 7.—MADRID

DOYCO

(S. A.)

REPRESNTACIO-
NES NACIONALES

Y EXTRANJERAS

— PUENCARRAL, 119

LA OCASION

COMPRA Y VENDE Motocicletas, bici-
cletas, accesorios,
gramófonos y discos.

TRANSPORTES

SERVICIO POR CAMIONES DE TOLEDO
— A MADRID Y VICEVERSA —

Domicilios: { En TOLEDO: Parador de San José.
En MADRID: Calle de la Bolsa, 3

CERERÍA Y PERFUMERÍA

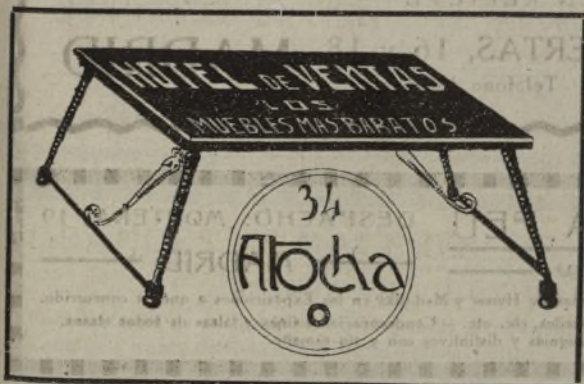
MANUEL CAMPOS — Bárbara de Braganza, 10.
PRODUCTOS EXTRANJEROS Y DEL PAÍS

RECLUTAS DE CUOTA

ESCUELA CÍVICO-MILITAR

(AUTORIZADA
OFICIALMENTE)

MAYOR, 86.—MADRID



ARTÍSTICAS TAPAS

para la encuadernación del primer tomo de

ARMAS Y LETRAS PRECIO: 3,50
PESETAS

Se mandan por correo certificadas contra envío de 3,80 pe-
setas por Giro postal.

A los señores suscriptores que así lo indiquen, se les pasa-
rá cargo del importe por la Caja Central.

BOLETIN PARA PEDIR LAS TAPAS

D.

que vive en _____, calle de _____,
_____ desea adquirir las tapas
para encuadernar el primer tomo de ARMAS Y LE-
TRAS, a cuyo fin envía (1) por Giro postal la canti-
dad de 3,80 ptas.

(Firma.)

(1) Si el cargo ha de pasarse por la Caja Central indíquese así.

Córtese este Boletín y envíese en sobre
abierto, con franqueo de 2 céntimos.

BORISOL

ANTISÉPTICO Y
DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca,
garganta, oídos y de los órganos génito-uritarios,

FARMACIA TORRES MUÑOZ, — San Marcos, 11. — MADRID

LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECANICOS

Argumosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIJÓN - SAN JUAN (Avilés) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte. — Pino de tea. — Pino de Balsain. — Pino del país. — Maderas finas.

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3.ª Sección de la Escuela Central de Tiro.

VENTA de muebles y cuadros antiguos y modernos, bronce, porcelanas y objetos.

COMPRA a altos precios todo lo que se venda.

== VICENTE BAYÓN ==

(Que fué de la casa Veguillas.)

NO CONFUNDIRSE

Peligros, 7.-Entrada por Jardines, 40.-Tel.º 4.676-M.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. — Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. — Planos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M - 4.205. - MADRID

Escopetas. — Artículos para caza y viaje. — Objetos para regalos. — Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. — Pañuelos de Manila y mantillas de encaje.



EL LENTE DE ORO

ÓPTICA FINA

ARENAL, 14 - MADRID

GEMELOS PRISMÁTICOS ZEISS - GOERZ Y OTRAS

MARCAS :: GEMELOS DE CARTERA PARA TEATRO

ERNESTO GIMENEZ

(Antes GONZALEZ Y GIMENEZ).

ALMACÉN DE PAPEL
Y OBJETOS DE ESCRITORIO POR MAYOR

TALLERES DE IMPRENTA, ENCUADERNACIÓN Y LITOGRAFIA

TIMBRADOS EN RELIEVE

ESPECIALIDAD EN LIBROS RAYADOS

:: :: Y FABRICA DE SOBRES :: ::

HUERTAS, 16 y 18

Teléfono 1.074

MADRID

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido. Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. — Condecoraciones finas y falsas de todas clases. — Medallas para premios y exposiciones. — Insignias y distintivos con y sin esmalte.

AGUAS MINERALES NATURALES

VALDEZARZA

EL MEJOR PURGANTE DEL MUNDO, reconocido por las ciencias médicas por su especial mineralización y no producir irritación «ninguna». Cura segura de las enfermedades de la piel y escrofulismo. Léase el folleto médico con el análisis. ¡¡VERDAD!!!

Las más agradables de tomar, sin producir náuseas, como otras aguas.

Venta en las principales farmacias, y en el depósito: ARENAL, 26. — F. SANTOS

ACADEMIA "PINO" Exclusiva para el ingreso en el — Montera, 35 - MADRID — CUERPO DE TELÉGRAFOS

Resultados de las oposiciones últimas: { Ejercicio previo: Presentados, 80; aprobados, 65.
 { Oposición: Presentados, 56; Ingresados, 51.

Profesores: D. RAIMUNDO DEL PINO,
Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Gobernación.

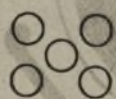
D. JOSÉ RODRÍGUEZ,
Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Guerra.

D. ANTONIO REYES,
Doctor en Ciencias Físico-Químicas, profesor auxiliar de las asignaturas en la Universidad Central.

D. ISIDORO HERNANDO,
Oficial poliglota del Cuerpo en la Dirección general.

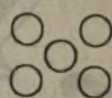
D. MANUEL MAYO,
Oficial del Cuerpo en el Gabinete Central

D. ARTURO GONZÁLEZ,
Delineante.



ROCA

FOTOGRAFO
 TETUÁN, 20



PAPELERÍA :: IMPRENTA
 DE

Felipe Martín Crespo.

Mayor, 47.-MADRID

Teléfono 211-M.

MEMBRES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS
 :: ARMAS Y CUERPOS DEL EJÉRCITO ::

EL ARCA DE NOÉ

CORREDERA BAJA, 39. - MADRID

PAPELERIA - IMPRENTA
 OBJETOS DE ESCRITORIO

Completo surtido para suministro de oficinas.
 Recomendamos esta casa como la más económica en precios.

GRAN FÁBRICA DE OBJETOS DE MIMBRE Y BEJUCO

DE
 PLÁCIDO PÉREZ

San Marcos, 1. - (Esquina a Hortaleza.) - MADRID

:: BUTACAS, BAULES Y MALETAS PARA VIAJE ::

CUNAS MOISÉS Y GARITAS
 PARA PLAZAS Y JARDINES

ESPECIALIDAD EN SILLERÍAS DE BEJUCO ESMAL-
 :: TADO Y DE MEDULA ::

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL

(CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18. - MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército. — SE PAGAN —
 Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España. ALTOS PRECIOS

AUÑON

ESPADERO DE LA REAL CASA

La antigua espadería de la calle Fuencarral, 33,
 :: se ha trasladado a su sucursal ::

CALLE MAYOR, 68

ALBERTO ROMERO

SASTRE

ESPEJO, 6, BAJO

HECHURA Y FORROS DE TRAJES
 DESDE 60 PESETAS

FÁBRICA DE MUEBLES DE JUNCO Y MADERA

MANUEL AZCUE

Azpeitia



Exposición
y
Depósito

Plaz 28'00
franco estación Madrid
(sin embalaje)

en la
sucursal

Plaz 22'00
franco estación Madrid
(sin embalaje)

Fernando VI, n.º 1.
(esquina Hortalaza)

MADRID

CONSTRUCCIÓN DE SILUETAS Y BLANCOS DE BEJUCO
PROVEEDOR DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO.



AUTOPIANOS



AUTOPIANOS

CASA AMERICANA TODO BARATISIMO

Máquinas de escribir de todas marcas, cintas, papel carbón, copias, reparaciones, presu-
puestos gratis. Traducciones, novedades en objetos de escritorio en general. Auto-
pianos y rollos de 88 y 65 notas.

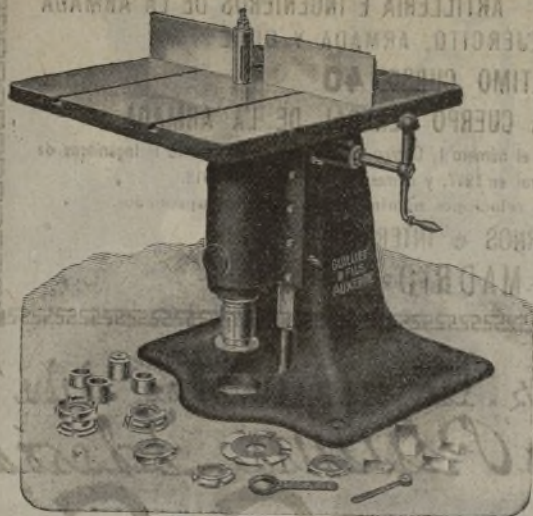
CARRETAS, 5, pral.

Teléfono 22-90.

CASAS:

HORTALEZA, 39, y PÉREZ GALDÓS, 9. Teléfono 40-77.

SIERRAS Y MAQUINAS-HERRAMIENTAS PARA TRABAJAR LA MADERA



PARA TALLERES DE CARPINTERÍA, EBANISTERÍA, CONSTRUCCIÓN DE CARRUAJES, VAGONES, ETC. FABRICACIÓN DE PARQUET Y DE TODO LO RELACIONADO CON LA INDUSTRIA DE MADERA

GUILLIET FILS & CÍA.

CONSTRUCTORES MECÁNICOS

DEPÓSITO DE MÁQUINAS Y ACCESORIOS

PARA ESPAÑA

23, Fernando VI, 23; teléfono M-3.147.

MADRID

PÍDANSE CATÁLOGOS Y PRESUPUESTOS

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038.

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CENIDORES.—CHARRERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIKANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Fábrica de Carrocerías, Side-Cars y Rear-Cars para industrias.

CHASIS PARA MOTOCICLETAS de todas las marcas.

TEODORO UBEDA, FUENCARRAL, 164 Madrid. Teléfono J-952.

(antes 147).

OFRECEMOS GRANDES OCASIONES

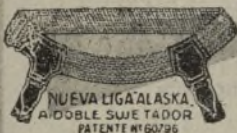
En alhajas finas garantizadas, lindos modelos en pendientes, pulseras, sortijas, alfileres, dijes, medallas, bolsos-plata. Gran exposición de relojes de oro de ley, ricas repeticiones y relojes de pulsera siempre de los últimos modelos y buenas marcas, pianos, escopetas, armas, máquinas de escribir, máquinas fotográficas, gramófonos, paraguas, impermeables, antigüedades, abanicos, objetos varios e infinidad de artículos propios para regalos.

Compramos, vendemos y cambiamos todo.

Casa exclusivamente en artículos de ocasión.

CASA SERNA

Hortaleza, 9. Tel. 5.351-M.



RECOMENDAMOS usar los TIRANTES y LIGAS ALASKA por ser lo más cómodo y práctico conocido.

PÍDANSE EN TODAS LAS CAMISERÍAS

AUTO-RHULLY, S. A. Agencia: CASTELLÓ, 24.

Motocicletas Harley Davidson.

ACADEMIA TORRES

CARRERAS MILITARES, CUERPO GENERAL,
ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA
COMPETENTE PROFESORADO DEL EJÉRCITO, ARMADA Y CIVIL

NÚMERO DE APROBADOS ÚLTIMO CURSO, 40

NÚMEROS 1, 2 Y 3 ÚLTIMA CONVOCATORIA CUERPO GENERAL DE LA ARMADA

Esta Academia ha obtenido en seis años de fundación, entre sus aprobados, el número 1, Cuerpo general, en 1916; número 1 Ingenieros de la Armada en 1917 (previo); números 1 y 2, Cuerpo general, en 1917, y número 1, Infantería, en 1918.

Para detalles pidanse reglamentos, en donde figuran las relaciones nominales de todos los aprobados.

EXTERNOS * MEDIO EXTERNOS * INTERNOS

PIAMONTE, 7. - MADRID

*En campaña, en guardias, en maniobras debe V.
llevar siempre consigo una Pluma Ideal
Waterman*

Conocida en el mundo entero. Es la mejor.

Precio del modelo "Safety": 28,75 ptas.

Pidiéndola por conducto de "Armas y Letras", la CASA CRESPO la facilita a los jefes y oficiales del Ejército, para pagar en seis plazos mensuales, sin aumento de precio. Devolución en los ocho días al no convenir.



EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS
Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. Atocha, 49.

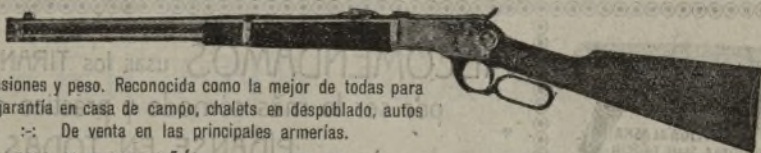
CASA MUY BIEN SURTIDA
PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

Carabina de doce tiros "TIGRE"

Gran precisión, seguridad absoluta, perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para "Somatenes", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalets en despoblado, autos de turismo, caza mayor, etc., etc. De venta en las principales armerías.

:: Al por mayor: GARATE ANITUA Y COMPAÑIA :: EIBAR ::



PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas, Bicycletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

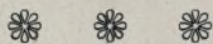
Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías.)



SIDERURGICA COMERCIAL

(S A)

Cables y telegramas: SIDERURCO



IMPORTACIÓN Y VENTA DE

Planchas de acero para construcciones navales, calderería, arcos de caudales y blindajes.

Planchas magnéticas para motores, dinamos, etc. Planchas de cobre, latón y alpaca.

Tubos de acero y cobre con y sin soldadura, estirados en caliente y en frío, por recubrimiento, a solapa, etc.

Tubos de cobre, hierro y latón para aplicaciones generales.

Tubos forjados de hierro para altas conducciones de agua.

Cables de acero, alambres y cintas de acero.

Lingotes de hierro y acero para fundir, forjar o laminar.

Aceros para herramientas de mano y mecánicas.

Aceros en barras y tochos para toda clase de construcciones mecánicas.

Rieles para ferrocarriles y tranvías.

Paseo de Gracia, 99. - Teléfono G. 1.644. - BARCELONA

Calle de Recoletos, 6. - Teléfono S. 1.300. - MADRID

SUCURSALES Y REPRESENTACIONES

TOLEDO - CÁDIZ - SEVILLA - HUELVA - BILBAO - SANTANDER - CÓRDOBA - VALENCIA - TERUEL

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



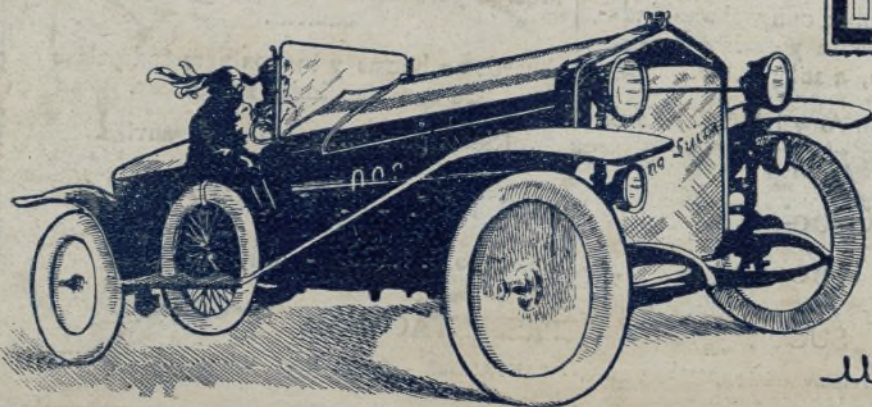
ACCESORIOS PARA AUTOMÓVILES, AEROPLANOS Y GLOBOS

:: :: Proveedores de la aeronáutica militar de España. :: ::

Motores "Napier" para aviación. Cables de goma. Tensores. Tubos de acero. Cuerdas de piano. Cables de alta. Cojinetes de bolas. Hélices. Neumáticos. Ruedas metálicas. Telas para globos. Trajes eléctricos para aviadores. Tornillería de acero.
* * * * * Aceites y grasas "Oleosol", etc., etc. * * * * *

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Chéreau

TALLERES TIF DE EL IMPARCIAL - DUQUE DE ALBA, 4